



# La biblioteca del capitán Nemo

Per Olov Enquist

Traducción de Martin Lexell y Mónica Corral Frías



Lectulandia

El mismo día, en la misma sala de hospital, dos mujeres de la misma aldea dieron a luz a un niño. Seis años más tarde se descubrió que hubo una confusión..., un intercambio.

A partir de este hecho, Per Olov Enquist, para quien cada hombre lleva consigo la carga de un «gemelo» desaparecido, escribe una novela que condensa la esencia de la literatura nórdica. Una voz enigmática, cargada de preguntas y recuerdos, fundamentalmente lírica y repetitiva como los sentimientos, intenta, con la ayuda del capitán Nemo como guía benefactor, saber quién es, encontrar el sentido de su vida.

La biblioteca del capitán Nemo es una de las mejores novelas de este escritor, propuesto en numerosas ocasiones para el premio Nobel de Literatura, y, con ella, comenzaron su enorme éxito y su reconocimiento internacional.

**Lectulandia**

Per Olov Enquist

# **La biblioteca del capitán Nemo**

ePub r1.0

SoporAeternus 10.05.16

Título original: *Kapten Nemos bibliotek*  
Per Olov Enquist, 1991  
Traducción: Martin Lexell & Mónica Corral Frías  
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: SoporAeternus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO

*(Las cinco últimas propuestas)*

# I

Ahora, dentro de poco, mi Benefactor, el capitán Nemo, me va a ordenar abrir los depósitos de agua para que la embarcación, con la biblioteca dentro, se hunda en el mar.

He repasado la biblioteca, pero no todo. Antes, albergaba sueños secretos de que iba a ser posible sumarlo todo, atar todos los cabos, de forma que todo pudiera explicarse, que todo quedara cerrado. Para poder decir al final: así fue, eso fue lo que pasó, esta es toda la historia.

Pero no debería pensar así, pues eso iría en contra de todo lo que sé. Sin embargo, ir en contra es una buena manera de no rendirse. Si siempre hiciéramos lo que debemos, nos rendiríamos.

No creo que haya nada malo en tener miedo, y decir constantemente *ahora, dentro de poco*. Peor es cuando todo ha acabado, y no queda más remedio que decir *entonces, nunca*. Entonces también es demasiado tarde para sentir miedo.

Josefina Marklund solo me visitó en una ocasión durante los años en los que permanecí retenido, cuando guardé silencio sobre lo que realmente había sucedido, los cuatro años y dos meses en los que no tuve nada que decir, aunque podía haberlo dicho todo. Aunque se permanezca callado, se puede empezar a sumar las cosas, a atar los cabos. El caso es que vino a verme. Tres meses más tarde estaba muerta, y la casa verde se vendió.

Resultó un poco monótono. La mayoría del tiempo habló ella sola. Mencionó a Eeva-Lisa y dijo que había alumbrado muchas esperanzas cuando llegó. Había esperado que, bueno, que Eeva-Lisa, aunque era una niña, pudiera ser como una madre para ella. Aunque evidentemente la madre era ella. Más o menos eso fue lo que me dijo, pero no con esas palabras. Y al final todo terminó en catástrofe. Luego no fue capaz de pronunciar ni una sola palabra más.

Ni una palabra sobre sus esperanzas de haber podido cuidar del niño muerto. Hay que ver. Hay que ver.

Si no eres capaz de hablar, todo se convierte en *entonces, nunca*. Y ahí te quedas, llorando.

Cuando se disponía a marcharse advertí que pensaba acariciarme la mejilla, o algo así, pero al final debió de pensar que era innecesario.

Si piensas en todo lo que nunca llegaba a hacerse porque era innecesario... De ella también debería haber cuidado.

## II

Severidad y lágrimas. Severidad y lágrimas.

Yo fui el primero a quien se lo inculcaron. Luego a Johannes, y luego a Eeva-Lisa. Josefina inculcó en todos nosotros que Dios era el padre castigador, no «parecido al» padre castigador, no, y el mensaje consistía en que precisamente así eran también los padres terrenales. Puesto que estaban ausentes y muertos, constituyendo pese a todo una especie de amenaza, precisamente por su ausencia, Josefina nos enseñaba que en eso consistía la naturaleza de un padre. La de todos los padres. Dios era el padre definitivo. Castigador.

Existía, no obstante, esperanza. La esperanza la encarnaba el Hijo del Hombre. Él no resultaba tan malo, casi taimado, como Dios. El Hijo del Hombre era amable y querido por todos y tenía una llaga en el costado, de la que manaban sangre y agua, y donde los miserables podían refugiarse como en una cueva, ocultos del enemigo.

Esa idea general también dominaba en el pueblo. «La herida manaba sangre y agua.» Todas las oraciones concluían con las palabras «Por la sangre, amén».

Jesucristo ejercía de intercesor ante el Dios castigador. Me llevó toda mi infancia aprender que el Hijo del Hombre, por lo general, no tenía tiempo. O muy raramente. En cualquier caso, no estuvo los últimos dieciséis días, con Eeva-Lisa y conmigo, en la cueva de los gatos muertos.

A Johannes, como recompensa, le dieron una hermana de acogida, como una especie de regalo de reconciliación, para él pero no para mí.

Eso era lo raro. Él seguramente creía que se haría merecedor de un regalo tan bonito. Pero lo máspreciado no hace falta merecerlo. Los guapos, habilidosos y simpáticos se hacían merecedores de lo máspreciado, pero los otros podían recibirlo aun así, sin haberlo merecido en absoluto.

Fue el Benefactor, el capitán Nemo, quien me condujo al *Nautilus*, a Johannes, y a la biblioteca.

No cabe duda de que Johannes mintió todo el tiempo. Supongo que él también tenía miedo. Pero aprendí más de sus mentiras que de sus verdades. Las verdades siempre carecían de interés. En cambio, cuando mentía se movía muy muy cerca. Las mentiras me las entregaba como una especie de disculpa. Una súplica de perdón. Como si fuera posible pedirse perdón a uno mismo.

Aunque sí, debe de ser posible. Quizá sea eso lo que hacemos todo el tiempo.

Cuando él miente, por lo general intenta ocultar algo importante. Esa es la regla.

Si uno no tiene nombre, es Nadie. Eso también es una especie de liberación.

El último texto que escribió Johannes, antes de morir en el banco-cama de la cocina en el *Nautilus*, con el plato de *finka* a medio comer, con la cocina sin recoger y las botas de lana tiradas en el zaguán, constituía un intento de reconstrucción de la

expulsión de Eeva-Lisa. Existen varias versiones. Como reconstrucción no es gran cosa, más bien se trata de un conjuro.

«De cómo la alejaron de mí.» Tomo nota de la leve solemnidad que desprende el tono.

Josefina Marklund, a la que llama, como en un conjuro constante, «mi madre», aunque sabía que en realidad se trataba de la mía, se había hallado en lo alto de la escalera, la que conducía a la planta de arriba, dirigiéndose furiosa hacia abajo, hacia Eeva-Lisa. Hacia «abajo», como un Dios castigador. Johannes probablemente quería dar esa impresión. Y él mismo también se encontraba allí, al pie de la escalera, presenciándolo todo.

Siempre se esmera con los detalles referidos a la ubicación. La escalera, las casetas, las habitaciones, el escaramujo, la fuente. Casi hasta el último clavo. Cuando habla de personas miente siempre. En cambio, los clavos, los radiadores y los animales los describe con gran afán de verdad.

En fin, es un comienzo.

La escalera aparece a menudo. Y el dormitorio con la escalera de incendios, que mi padre montó cuando se construyó la casa, y el serbal, que era un árbol de la felicidad, en el que había nieve y pájaros en invierno. Y el ático donde Eeva-Lisa instalaba su cama en verano.

El ático estaba desordenado, lleno de cachivaches, y al fondo había un trastero con viejos periódicos. Sobre todo, el *Norra Västerbotten*, o el *Norran*, como lo llamamos, el periódico del norte de Västerbotten, con números atrasados de varios años. Cuando el papel se acababa en el retrete se bajaban más periódicos de allí. Con el *Norran* también se podían envolver cosas, y transportarlas envueltas. Peces, por ejemplo, o algo parecido que hubiera que tirar al lago.

El pan de azúcar también se guardaba allí. Encima de una hoja de papel de horno, y al lado las tenacillas.

Las cosas de las que menos seguro estaba las ha anotado en un registro, con número y todo. Quizá eso lo tranquilizaba.

La madre de Eeva-Lisa se apellidaba por tanto, según lo que él afirma en sus notas, Backman. «Nació en Nyland, se formó como concertista de piano en Berlín durante el período de entreguerras y puede que por sus venas corriera sangre valona o cingara. No obstante, llevó una vida dudosa y al final fue hallada por las autoridades policiales del lugar cuando, gravemente enferma de Parkinson, había sido devorada por las ratas en Misiones, en el norte de Argentina.»

Esa es su versión.

Describe la muerte de la señora Backman como un incidente muy lejano. Incapaz de moverse, devorada por las ratas. «Y entonces se iluminó finalmente la primera estrella en su mejilla.»

Es posible. Pero así es como un traidor embauca, cuando no quiere desvelar que

algo sucede muy cerca, no en tierras tan lejanas como Misiones en el norte de Argentina.

Escribe a menudo sobre el pan de azúcar.

Josefina les había llamado a la cocina, a Eeva-Lisa y a él, y se habían arrodillado delante del banco-cama, uno a cada lado de Eeva-Lisa. Se iba a celebrar una misa castigadora ante el Dios lleno de amor.

Por ella, que había pecado.

Se trataba de algo insignificante, escribe, un pequeño robo, veinticinco céntimos, quizá. Pero había que rezar para que este contagio del pecado no se transmitiera al adorado hijo, recuperado y readmitido en el hogar, y, a diferencia de mí, no expulsado. Josefina oraría al unísono, o sea, al unísono consigo misma, para que el contagio del pecado no se transmitiera a Johannes, y que no le arrastrara a ese negro y vertiginoso agujero del pecado que era la oscuridad más profunda de los mares.

Al hablar de ese exorcismo se permite gran profusión de detalles.

Después habían entonado un salmo de Los cantos de Sion. Eeva-Lisa, que era la pecadora, también cantó, pero por lo demás guardó silencio. Por la sangre, amén.

Más tarde esa misma noche, Johannes entró a verla en el ático.

Estaban en verano. Al otro lado de la ventana se extendía la cuesta con los álamos temblones. Eran gigantescos, crecían como la mala hierba, temblaban como si por debajo de la tierra un volcán descansara pesadamente en su sueño: eso también era lo natural, comprendimos de niños. Los volcanes siempre dormían. Los álamos, no obstante, sabían que los volcanes existían, poseían un oído más agudo que los humanos. Más bien como el de los gatos.

Había entrado a verla en el ático, susurrando su nombre. Ella no contestó. Él se sentó en el borde de la cama. Ella lo observaba fijamente con sus ojos oscuros. Como si con esa mirada quisiera provocar una respuesta, o pedirle algo, pero los ojos también se mostraban cautos. «Como si yo hubiera sido un enviado de Josefina, la mujer que la odiaba tanto, y a la que Eeva-Lisa llamaba madre, pero que era su enemiga mortal.»

Eso escribe. De esa manera todos sus textos en la biblioteca del *Nautilus* son conjuros misericordiosos. Pero yo ya no me dejo engañar.

Sus ojos oscuros, su pelo oscuro, las uñas mordidas. Sé que él la amaba.

Eeva-Lisa respiraba imperceptiblemente, pero callaba. Entonces, él extendió la mano, le tendió el trozo de azúcar. Ella no se movió, no lo aceptó. Con la mano extendida, él esperó.

Fuera, en la noche veraniega, las hojas del álamo se estremecían suavemente, no a modo de advertencia, sino inquietas. Pero él solo escribe sobre los ojos de Eeva-Lisa.

Sabía cuál era la cuestión. Extendió la mano. Ella apartó la cabeza casi de manera inapreciable. Él le acercó aún más el trozo de azúcar, lo sostuvo muy muy cerca de su boca. Sus labios estaban secos, un poco mordidos, y ella respiraba silenciosamente.

Muy cerca de sus labios, casi rozándolos, él sostenía el trozo de azúcar.

Al final, advirtió cómo sus labios se separaban, despacio, no mucho pero lo suficiente como para poder verlo: y con la punta de su lengua ella rozó la blanca y fragmentada superficie del trocito de azúcar.

«Solo hay tres tipos de personas: los verdugos, las víctimas y los traidores. Los verdugos y las víctimas resultan muy fáciles de entender. Con los traidores todo es más complicado. A veces creo que a todo ser humano se le debería obligar a convertirse, al menos una vez en la vida, en un traidor. Entonces se entendería mejor a los más miserables. Aquellos que lo tienen más difícil. Pues al haber sido uno de ellos, se sabe mejor lo que es un ser humano, y entonces se está en condiciones de defenderlos.»

### III

Seis meses después de que nació Johannes y yo, papá murió, o sea, el que era padre de al menos uno de nosotros.

Pensaban que se debió al apéndice. Pero fue por culpa de otra cosa, una enfermedad hereditaria que casi únicamente existía entre los pueblos del norte de Norrland: la porfiria. Era hereditaria, generaciones unidas por raíces mortales. Ya que se trataba de una enfermedad tan poco común, solía echársele la culpa al apéndice, y se procedía a recetar la medicación correspondiente, o a operarlo, lo cual casi siempre acarrea un resultado fatal, al tratarse de porfiria.

Fue él quien construyó la casa verde, y quien montó la escalera de incendios.

Uno de nosotros, Johannes o yo, porta la huella de esa letal enfermedad en su cuerpo. La deseábamos los dos. Era la herencia de la muerte, para que pudiéramos vivir. Hay muchos que ignoran la identidad de su padre. Pero una madre que no sabe si su hijo es suyo... eso sí que es inusual.

Y las cosas fueron un tanto inusuales también para Johannes y para mí.

Así de extraño puede ser cuando te intercambian. Te lo quitan todo, salvo la esperanza de haber heredado al menos una enfermedad, la pequeña huella de la muerte en vida, que nos permitiría sobrevivir. La herencia, la más modesta de todas, la pequeña enfermedad rara, aquello que te mantiene entero, aunque la vida haya intentado desunirte.

Debo tener cuidado y pensármelo bien. Porque desde que volví a encontrar a Johannes en la nave submarina también se ha tratado de mi propia vida.

El incidente de la escalera tuvo lugar en diciembre de 1944. Resulta que lo sé, con exactitud. Fue entonces cuando Eeva-Lisa le fue arrebatada.

La iban a echar.

Todo lo que no duele está documentado, desde la forma de la escalera hasta la colocación del cubo del pis. Y cómo gritaba hacia abajo, hacia Eeva-Lisa, que la iba a echar.

Pero no el motivo. Es incomprensible que él no se dé cuenta de que Josefina Marklund es presa del miedo, un miedo terrible, espantoso. Es increíble que se pueda estar tan ciego, y no ver ese rostro, arrugado como una pasa, contraído por el terror.

Se nota que el propio tono, cuando la calumnia, no es el adecuado.

Ahora, dentro de poco.

Sentir miedo no tiene nada de raro. Todo el mundo lo siente. Entonces uno se dice *ahora, dentro de poco*, y espera en secreto que una vez sea demasiado tarde.

He viajado lejos después de lo que sucedió en aquella ocasión con Eeva-Lisa, y de los dieciséis días que compartí con ella en la cueva de los gatos muertos. Y han pasado muchos años, me he hecho bastante daño, y también se lo he hecho a otros.

Durante mucho tiempo pensar en Johannes, en Eeva-Lisa y en mí era como avivar un afilado y ardiente punto de dolor, el grano de arena en el ojo, y me llevó casi toda una vida entender que era ese punto de dolor lo que me decía que estaba vivo. Y que, pese a todo, debía de ser una especie de ser humano.

Deshacerse del dolor supondría que este habría sido en vano. Entonces simplemente habría dolido.

Me envía señales por medio de sus pequeños y descuidados papelitos de la biblioteca. Los encontré por todas partes en el *Nautilus*.

Los he ido recogiendo.

«Desvela mi cara con tu aliento.»

«Hay que sentir gratitud hacia los benefactores de uno, si no no queda más que vergüenza, y culpa.»

Vergüenza, y culpa.

Pero al fin y al cabo yo sé que él la amaba. Y cuando era demasiado tarde, la primera estrella ya se había iluminado en su mejilla y para él solo restaba encerrarse de por vida en la biblioteca del capitán Nemo para reconstruir los conjuros.

Descubrimos la cueva de los gatos muertos el mismo día que matamos las crías de pájaro. Ocurrió el año anterior al intercambio, mientras Johannes aún era mi mejor amigo.

Habíamos encontrado un nido en el bosque, junto al sendero que conducía a la cima del monte Bensberget. El nido se hallaba a la derecha según subíamos. Adentrándonos unos cincuenta metros más descubrimos la cueva con los gatos muertos.

Los gatos, en mi infancia, se comportaban como elefantes: se retiraban cuando se aproximaba la muerte. De los elefantes lo sabíamos todo, mantenían su muerte apartada del mundo, se la ocultaban a la vida. Eso pasaba también con los gatos en nuestra tierra. La muerte, de esta manera, era dos cosas opuestas que no armonizaban la una con la otra, o que decían lo mismo pero de diferentes maneras. Por un lado, resultaba preciso fotografiar a los muertos en el ataúd. Las fotografías mortuorias eran importantes. Luego había que enmarcarlas y colocarlas encima de la cómoda en el pequeño cuarto que había junto a la cocina. Después uno podía compararse con los muertos, por ejemplo con su padre, y casi quedarse de piedra al imaginarse de pronto que la fotografía lo representaba a uno mismo. Pero así todo también se restituía y corregía, y uno formaba parte del cadáver. Por otro, la muerte debía ser como un elefante que agonizaba. Uno se retiraba de la vida para morir, aunque seguía viviendo, pero apartado.

Había mucha gente que vivía así.

El nido estaba muy cerca de la cima de la montaña, donde se ubicaba la torre de caza. Los huevos se acababan de romper, las crías vivían y no paraban de abrir sus

bocas. Pedían comida todo el tiempo, pero no teníamos nada. Nos parecían, sin embargo, bonitas, y queríamos taparlas con hojas, casi como si estas fuesen una piel de oveja, para la noche, para protegerlas del frío.

Resultaban un poco pegajosas al tocarlas.

Dos días después regresamos. Las hojas seguían donde las habíamos dejado, sin tocar. Las quitamos. Las crías yacían muertas. No habían entendido que éramos benefactores. El ser humano desprendía una suerte de olor letal, y habían sido abandonadas.

No podíamos hacer nada. Habíamos asesinado a los polluelos. Les habíamos manchado con el olor humano de la muerte.

Recuerdo que estábamos indignados. La madre pájaro simplemente los había abandonado. Ocurrió el año anterior al intercambio, mientras Johannes seguía siendo mi mejor amigo y aún no se había mudado a la casa verde.

Ese mismo día descubrimos la cueva de los gatos muertos.

## IV

De niño, yo no tenía ni un solo libro, pero, tras el intercambio, a Johannes le dieron doce, y me regaló uno de ellos. Se trataba de *La isla misteriosa*.

Durante toda nuestra infancia aprendimos a interpretar pistas, y a comunicarnos con señales. *La isla misteriosa* era una de ellas. Solo había que interpretarla. Me llevó casi toda una vida, pero al final conseguí hacerlo.

Lo importante era el campamento de muerte del Benefactor. El Benefactor, que se hacía pasar por el capitán Nemo, tenía su último campamento en el interior del volcán Franklin. Disponía de tiempo para los colonos en la isla, los medio ciegos, los derrotados, los que casi no creían que eran seres humanos. El Hijo del Hombre constituía un modelo, pero nunca tenía tiempo. En el Benefactor se podía confiar.

Todo habría sido muy fácil, si yo lo hubiera comprendido desde el principio. Johannes me esperaba en la biblioteca del *Nautilus*. El capitán Nemo me guiaría. Y allí por fin podría sumar las cosas, abrir los depósitos de agua, y partir a remo.

La historia habla de Johannes y de Eeva-Lisa y de mí y de Alfiled y de mamá en la casa verde. Pero no fue hasta que me encontré de nuevo con Johannes en la biblioteca del capitán Nemo cuando la comprendí.

Aconteció de la siguiente manera.

La isla Franklin se hallaba cerca de la costa de Nyland.

El capitán Nemo había dejado las indicaciones. Solo debía seguir el fino cable metálico mientras entraba por el túnel medio derruido que conducía al cráter del volcán.

Estaba escrito en el libro. Era sencillo.

El fino cable desaparecía en el agua. Junto a la roca amarré la barca, que golpeaba contra la montaña en el mar, como el pico de un pájaro, pero aunque me hubiera quedado allí para siempre ni siquiera un solo segundo de la eternidad habría transcurrido. Así era la condición humana ante Dios: Dios significaba la eternidad aterradora, pero la misión del ser humano consistía en aniquilar la montaña de la eternidad con su pico de pájaro, para poder alcanzar al Benefactor. De niño, así lo había entendido yo.

Algo duro y gigantesco que era Dios, y que se hacía llamar la eternidad. Y algo pequeño y tenaz que era el ser humano, con un pico de pájaro, y que una vez aniquilaría a Dios, la montaña negra en el mar. Resultaba increíble, casi imposible. Pero había que intentarlo. Y no sorprendía que un miserable ser humano necesitara la ayuda y la guía de un benefactor en esa desesperanzadora lucha contra Dios.

La marea alta cubría la entrada del túnel. Tuve que esperar. La marea bajaría, y la entrada al túnel quedaría libre.

Me hallaba sentado bajo el saliente de una roca. Caía lluvia, una tormenta apareció y desapareció, se hizo el silencio, y vi cómo el agua empezaba a bajar. Me dije que pronto iba a obtener una explicación de todo. No se puede explicar el amor. Pero si se puede aniquilar esa montaña en el mar que es Dios, y eso te convierte en ser humano, entonces, ¿por qué no se podría explicar el amor?

Volví a montar en la barca, y remando me encaminé hacia el interior del cráter del volcán.

La cueva se ensanchaba poco a poco. Al final pude verla en su totalidad.

La bóveda se alzaba hasta una altura de unos treinta metros. Se trataba de una cueva gigantesca, una enorme catedral subterránea con un techo que resplandecía en azul y blanco, intercalado con suaves tonos rojos y blancos; se elevaba en un enorme arco sobre el lago que cubría el suelo de la cueva: como penetrar en el interior de un ser humano.

En el vientre del hombre, allí era donde me encontraba. Como si me hallara en lo más profundo de mí mismo: contemplaba desde dentro el secreto más sencillo del misterio, donde siempre había estado, pero donde nunca te esperarías que estuviera.

El techo de la cueva parecía sostenido por pilares, decenas o quizá centenares de pilares casi idénticos, engendrados por la propia naturaleza: quizá incluso en el momento mismo de la creación terrenal. Me gustaba imaginarme que la tierra se hubiera creado con un solo gesto de la mano, de súbito, como en un acto de amor.

Esos pilares de basalto hundían sus pies en la superficie lisa e inmóvil, sumergidos en un agua negra y mercurial; sí, así me parecía esta agua, como mercurio negro y reluciente, que se negaba a mezclarse con el mar en torno a la isla, pues había elegido permanecer quieta, y no dejarse afectar por las tormentas de la vida. Todo estaba muy tranquilo aquí dentro. Así quería este brazo de mercurio que fuera su quietud.

Un brazo de agua negra se elevaba por el interior del volcán, un enorme brazo negro que se alzaba aquí, en el centro de la vida.

En el centro de la vida.

Dejé que la barca avanzara deslizándose lentamente, hasta que se detuvo. Y allí, en el centro, vi la nave.

La cubierta de la embarcación irradiaba luz, eran dos fuentes de luz, quizá dos focos. Al principio los haces luminosos se veían muy unidos y concentrados, e intensos, pero luego se iban extendiendo. La luz rebotaba contra las paredes de la cueva convirtiendo las formaciones rocosas en cristales; los reflejos eran innumerables, pero dejaban el techo en la oscuridad. El agua mercurio negro. Allí flotaba yo tranquilamente, con la nave a unos cien metros de distancia. Y los reflejos de la luz, las estrellas allí arriba, a unos treinta metros.

Me recordaba a las noches invernales de mi infancia. La época en la que la aurora boreal aún ardía. Antes de que nos la arrebataran, mientras las estrellas aún se

mostraban finas y calientes y deslumbrantes. Podía quedarme parado en la nieve y alzar la vista hacia las señales luminosas allí arriba: se trataba de un mundo poblado por los agujeros negros de las estrellas, y los hilos que se sujetaban a ellas. Johannes había dicho, antes de convertirse en traidor, que eso era el arpa celestial. La música la podíamos oír durante las noches de invierno cuando hacía mucho frío, entonces se oía un canto en ese misterioso mundo que habíamos creado para nosotros: lleno de estrellas e hilos y música y señales secretas. Todo servía para indicar los caminos secretos que conducían al interior de la cueva Franklin, donde nuestro benefactor aún se escondía pero donde acabaría por enseñarnos el camino, que haría que todo encajara, para que todo tuviera sentido, para que todo finalmente tuviera sentido. El mundo que nos había sido confiado era un mundo de señales misteriosas, en el que no se abandonaba a nadie.

Y ahora sabía que él estaba aquí. Bajo las estrellas artificiales configuradas por los focos. Hasta aquí se había retirado. Hasta aquí me había atraído, como un día prometió que haría.

Las dos fuentes luminosas se hallaban a una distancia de un cable. Empecé a remar.

Di la vuelta para contemplar la nave, que ahora veía con gran nitidez.

En medio de la cueva del volcán, sostenido por el negro y gigantesco brazo mercurial, flotaba un objeto muy largo, fusiforme. Medía aproximadamente noventa metros de largo, y sobresalía unos tres o cuatro metros de la superficie del agua. No podía determinar con seguridad las características físicas de la embarcación, pero el material no era madera, más bien algún tipo de metal, aluminio o acero negro.

Mi barca se aproximaba a la nave, deslizándose lentamente. La reconocí muy bien. Se trataba de una embarcación submarina, y se parecía con tanta exactitud a las ilustraciones del libro que me había dado Johannes que debía de ser precisamente esta la que yo había visto, y con la que Johannes había soñado.

Me acerqué al lado izquierdo del navío. Todo estaba preparado en la forma correcta. El costado era de metal negro. Amarré la barca, y subí trepando. En medio de la cubierta había una escotilla abierta, a la espera.

Inicié el descenso al interior del submarino.

Al principio él no tenía ni un solo libro. Luego empezó a leer los que había en la caja de los Sehlstedt, donde estaban los libros de la Biblioteca del Lazo Azul. Cuando se dieron cuenta de que la lectura le gustaba le regalaron el primero. Luego recibió, hasta el incidente en el leñero con Eeva-Lisa, un total de doce libros.

O sea, el hecho de que me diera uno de los doce —*La isla misteriosa* de Julio Verne— no fue ninguna casualidad. Podría haberme regalado *El misterio de la cueva* (sobre aventuras en el País Vasco con el juego de pelota y con una cueva que era más profunda que la de los gatos) o *Kim* de Kipling, que leí tantas veces que al final no lo

entendía, solo sabía que, si esperaba lo suficiente, yo también en algún momento me sumergiría en el río de la sabiduría. O *Trescientos cuentos para niños* de Mia Hallsby. Este incluía la historia que hablaba de la gigantesca montaña negra en el mar, hasta la que llegaba volando un pájaro una vez cada mil años para afilar su pico. Y cuando la montaña, que medía diez kilómetros de largo, diez de ancho y diez de alto, se hubiera desgastado por completo, entonces un segundo de la eternidad habría transcurrido. Trataba del sueño de la lucha del ser humano contra Dios. Pero resultaba escalofriante.

Algunas noches no podía dormir, puesto que esa inmensa eternidad me llenaba de terror. Sí, quizá fuera en realidad esa biblioteca suya tan pequeña, compuesta por doce libros, lo que formaba mi mundo. Quizá los cuentos, las imágenes y las visiones terroríficas se establecieran ya allí para luego persistir inalteradas. Pero durante mucho tiempo estuve seguro de cómo iba a terminar: me llevarían a la biblioteca definitiva, donde los mitos serían reemplazados por la claridad, la angustia por la explicación, y donde todo al final llegaría a tener sentido.

Al principio había estado mucho tiempo pensando en darme *Robinson Crusoe*, me contó después, el libro en el que llevaba muchos años trabajando («trabajando» era su palabra favorita cuando algo ocupaba su imaginación) y donde le vi copiar, innumerables veces, las interminables listas de objetos salvados del naufragio; copiar y ampliar, como si esas listas («cuatro escopetas de chispa, un barril de pólvora, ocho libras de carne de cabra seca, cinco hachas, cinco hachuelas») hubiesen sido conjuros, rituales tranquilizadores, y objetos que él, al igual que el solitario de la isla, podía rescatar y llevar a la seguridad de su cueva, y así sentirse protegido del mundo.

Pero fue otro el libro que me regaló.

Al final me dio *La isla misteriosa*, donde había marcado el final, el momento del descubrimiento del Benefactor en su biblioteca, encerrado en la nave.

Fue por eso que lo encontré.

Dicho sea entre paréntesis: no es verdad que yo en algún momento amara a Eeva-Lisa.

No es verdad. En tal caso, se trataría de un amor muy extraño. Y ante un amor así, evidentemente, has de sentir vergüenza, y culpa.

Descendí por el hueco, y cerré la escotilla con cuidado tras de mí, como si hubiese querido prepararme para zarpar, aunque sabía que más me valía no hacerlo.

Debajo de la escalera, se extendía un pasillo largo y estrecho que estaba iluminado con luz eléctrica. Al fondo había una puerta. Me acerqué a ella. La abrí.

Me encontré en una sala inmensa. Un museo, tan enorme e inabarcable que, ni siquiera cuando era niño, hablaba como un niño y tenía los sueños de un niño, podría haberme imaginado algo así. Este museo parecía reunir todos los tesoros del reino mineral. Pero también albergaba algunos de los tesoros del barco naufragado, los que

habían sido anotados en las listas de objetos salvados. Había registrado todos los objetos en sus listas, aquellos que había copiado y aquellos que había ampliado; y tal había sido su minuciosidad al anotar que ahora todo podía encontrarse en este su último museo.

Y es que conocía a Johannes muy bien. Aquí en el museo finalmente había conseguido reunirlo todo, en el mundo real: los barriles de pólvora, la carne de reno seca, los barriles de sal, la melaza, las escopetas de chispa, las cinco hachuelas. Todo como tenía que ser. Todo expuesto en este museo.

Me quedé contemplando los familiares objetos detenidamente y sin asombrarme. Atravesé la sala hasta la pared donde colgaban las hachas. Se me vino a la mente la palabra «tentativo», y pasé el dedo tentativamente por el filo de una. Pensé durante un instante en la cueva de los gatos muertos, y se dibujó una sonrisa tentativa, aunque triste, en mis labios.

Abrí la puerta, y entré. Y allí estaba la biblioteca.

Se hallaba acostado en un diván durmiendo, y no me había oído venir. Reconocí el diván. Se trataba del banco-cama de la cocina.

El capitán Nemo me había guiado bien. Era Johannes a quien acababa de encontrar.

Me acerqué. Estaba acostado en su biblioteca durmiendo, y llevaba mucho tiempo esperándome. Dormía levemente, como un pájaro, con los labios ligeramente separados, un sueño ligero, silencioso, infantil. Parecía sonreír, y cada respiración era como la de un pájaro. Me vino a la memoria el día en el que yo intentaba volver a casa después de que hubiéramos sido intercambiados y vi a Johannes: lo habían encerrado en el zaguán. Se encontraba al otro lado del cristal y no se le permitía hablar conmigo, y rascaba el cristal con su uña como si hubiera querido grabar una marca invisible en él. Y a mí me había parecido que era como un pájaro al otro lado de la ventana, un pájaro que tocaba el cristal con las puntas de sus alas: porque tan silenciosas habían sido sus vehementes respiraciones, y tan difuso su llanto, que yo solo podía percibir el ruido de su uña contra el cristal, como las puntas de las alas de un pájaro contra la ventana que lo excluía de esa libertad que, comprendí de repente, era yo.

Ahora dormía. Tenía un aspecto entrañable. Nunca me había esperado que este traidor pudiera tener un aspecto tan entrañable. Pero cómo había envejecido. Tanto como yo. ¿Entonces, qué edad tenía yo?

—Johannes —dije en voz baja—. Johannes, soy yo. Ya estoy aquí.

Su respiración cambió de carácter: salió de su ensoñación, abrió los ojos.

Cómo había envejecido. Nos observamos en silencio. No dijo nada. Repetí una vez más:

—¿Johannes?

Creí que a lo mejor no me había oído la primera vez. Pero supongo que sí.

Era viejo ahora. Tenía un aspecto bastante entrañable. Lo rodeaba su biblioteca. Ya no eran doce libros, como aquella vez cuando me dio uno de ellos. Ahora se trataba de centenares, quizá de miles. Enseguida supe que él los había escrito todos. Se había encerrado en su biblioteca, tal y como había prometido cuando éramos jóvenes.

Y se volvió y mostró una sonrisa amable y dijo:

—Pero bueno, ¿eres tú? Si has veni'o a casa a verme.

La nave era un submarino. Se llamaba *Nautilus*.

Así lo habíamos planificado juntos.

En aquel entonces habíamos tenido un sueño de que todo al final se parecería al último descenso del capitán Nemo. Él iba a morir abrazado por el cráter del volcán. Las compuertas del submarino serían abiertas con lentitud y solemnidad por mí y acto seguido abandonaría la embarcación, como último visitante. Los depósitos de agua se llenarían. Y se iniciaría el hundimiento. Solo la biblioteca persistiría, herméticamente sellada y en la que todas las puertas permanecerían cerradas, la biblioteca con todo lo perdido, con los informes finales y los alegatos. Y, con los focos todavía encendidos, el submarino cuyo nombre era *Nautilus* se hundiría despacio en el agua que llenaba el cráter del volcán. Y allí, aun después de que el último haz de luz procedente de los focos hubiese desaparecido, él seguiría viviendo, en las profundidades de la misericordiosa oscuridad. Allí, su ataúd, el fantástico submarino, lo abrazaría. Estaría muerto pero seguiría viviendo, sin aire y sin alimentos y sin dolor, por los siglos de los siglos.

Así nos lo habíamos imaginado, así lo habíamos planificado: poder vivir sin dolor, para siempre, en lo más profundo de la biblioteca del capitán Nemo.

No era necesario que intercambiáramos palabra alguna, de modo que guardamos silencio.

Una hora más tarde volvió a quedarse dormido. Comprendí que estaba enfermo, y que pronto moriría.

Llegó la mañana.

Me di cuenta, aunque no porque se filtrara luz por las ventanas redondas. Pues ninguna luz podía penetrar hasta la cueva. No, observé su reloj, el que una vez colgaba en la cocina, y que su padre había comprado antes de morir. Tenía una manecilla que se movía muy lentamente, por lo que una vuelta no indicaba doce horas, sino veinticuatro. O sea, el mediodía, las doce, se hallaba en la parte inferior de la esfera, y la mañana, en ángulo recto, en la parte derecha.

Contemplé el reloj sin sorpresa, puesto que ya lo había visto de niño.

A eso de las ocho de la mañana, entré en la habitación interior.

Me encontré con una cocina cuyos fogones eran una cocina económica empotrada con gran habilidad y rodeada por placas de mármol ingeniosamente ornamentadas de

un probable origen indio. Se trataba de una cocina económica de buena calidad, provista de arandelas que se quitaban con ayuda de un atizador. Al lado había un caldero de cobre, con agua, para mantener la humedad en un nivel adecuado. Se podía vaciar con la ayuda de un pequeño grifo situado en la parte delantera.

La cocina se alimentaba con leña. El fuego se había apagado.

Sobre los fogones se veía una sartén. Llena hasta la mitad de comida. Me acerqué y eché un vistazo. Resultaba familiar. Se trataba de *finka*. La *finka* era pan fino y seco sin levadura, de una consistencia bastante sólida, se cortaba en pequeños trozos de aproximadamente una pulgada, luego se freía en mantequilla añadiendo más o menos un cuarto de litro de leche. Siempre le había gustado mucho la *finka*, que solía tomar con un poco de arenque, pero también solo con una pizca de mantequilla.

Cogí la sartén, y serví los restos de la *finka* en un plato hondo. Luego me la comí, sin calentarla. En cualquier caso, estaba igual de buena. La acompañé con un vaso de cerveza dulce.

Luego volví.

Recuerdo que a los dos nos encantaba la *finka*.

Ahora dormía más profundamente.

Le toqué la frente con la mano, estaba sudorosa. Se removía inquieto en sueños, pero sin llegar a despertarse.

Recorrí la biblioteca con la mirada. Aquí me iba a quedar un tiempo, lo sabía.

En el suelo se hallaba el último texto en el que había trabajado. Lo leí. Solo eran unas pocas líneas.

«Aún veo la casa delante de mí, con su escalera de entrada bastante alta, que daba al camino que iba hasta el taller de cepillado de madera. Hacia abajo, más allá de los prados se extendía un arroyo, por encima del cual había una pequeña pasarela. Junto a ella se hallaba un muelle. Yo tenía, si mal no recuerdo, en torno a tres o cuatro años. Me encontraba tumbado boca abajo en el muelle removiendo con un palo el fango donde estaban las sanguijuelas negras, y me acuerdo de que entonces por primera vez adquirí conciencia de mi propia vida. Recuerdo nítidamente cómo de pronto levanté la mirada, secándome los dedos, avergonzado y pensando: Si alguien te viera aquí... entonces... entonces sería una vergüenza para ti. Así estaba a menudo, tumbado en mi muelle, mirando el agua, viendo las sanguijuelas negras, que quizá eran de caballo, acercarse nadando con largos y serpenteantes movimientos, darse la vuelta, y volver a sumergirse en el fango. No entendía lo que buscaban en el fondo cenagoso del arroyo, suponía que lo que pretendían con sus largas vueltas nadando era que alguien las lavara. Y para ayudarlas en la medida de mis posibilidades levantaba esas sanguijuelas, que más tarde aprendí eran, efectivamente, de caballo, del lodo donde se aferraban enroscadas a su negro lecho fangoso, las levantaba y las depositaba en el muelle. Luego limpiaba a estos seres del arroyo con tanto cuidado y tanto amor que al

final se volvían completamente... limpios.»

Al parecer ahí ha hecho una pausa, y ha borrado las últimas líneas, como pensándose mejor, para luego centrarse en un incidente muy diferente, que a todas luces tuvo lugar en otra ocasión mucho más tarde.

Este pasaje, que describe el incidente en la escalera, reza, en su totalidad, así:

«De camino al ático, mi madre nos detuvo.

Eeva-Lisa había subido una decena de peldaños, quizá un poco menos, y yo por mi parte estaba abajo del todo, ni siquiera había puesto aún el pie en el primer escalón. En ese preciso instante mi madre empezó a hablar, por lo que nos quedamos parados los tres en el mismo sitio, y no nos movimos ni siquiera después.

Podía ver el rostro de mi madre con toda claridad. Había salido del dormitorio con expresión severa, casi ausente, que luego a medida que hablaba, o más bien gritaba, con voz cada vez más alta, fue cambiando lenta e inexplicablemente. Era como si una ola de furia acumulada durante mucho tiempo desgarrara sus facciones, casi deshumanizando su rostro, de tal modo que sus rasgos, normalmente tan rígidos y regulares (y en ciertos casos tan suaves y casi hermosos), se contrajeron, como presos de un calambre incontrolable, casi de dolor.

Empezó a decir palabras que yo al principio entendía pero que después no quise entender. El sentido que uno podía discernir de las palabras, la larga retahíla de acusaciones justas y acertadas que en parte ya había oído antes, y entendido, se tornaban en acusaciones que yo no comprendía, y solo permanecía la expresión de una ira inmensa. U odio. Sí, de súbito advertí, para mi gran espanto, que era odio lo que ella sentía, pero no ese odio normal que resultaba comprensible, sino algo diferente. Y gritaba presa del odio y de la ira que Eeva-Lisa se marchara, para siempre, que todo había sido un error y que ahora ya no la quería ver nunca más en esa casa.

Fue en ese instante, lo admito, cuando me puse a gritar.»

A continuación, tachado aunque fácilmente legible, pone:

«Escribo *admito*, ya que recuerdo perfectamente la vergüenza que sentí por haber gritado. Y admito *con vergüenza*, ya que justo en ese preciso instante, en la cara de mi madre, descubrí algo que nunca seré capaz de olvidar: la enorme soledad que había en su rostro, y el miedo.

Nunca podría haberme imaginado que tuviera miedo. Ella nunca jamás había sentido miedo. Y mientras yo gritaba de pura desesperación y terror, comprendí de forma cada vez más clara —y eso pondría punto final a una fase de mi vida y me arrojaría a otra— que en ese momento tanto Eeva-Lisa como mi madre me serían arrebatadas, de la misma manera que todo me fue arrebatado el día que fui intercambiado, y que Eeva-Lisa y mi madre me abandonarían, como una concha

vacía, y nada nunca podría restituírmelas. Y más tarde llegaría a comprender que ese era el punto en mi vida que se iba a repetir una y otra vez, el instante del abandono y de la privación.

Ella lo había espetado hacia abajo, a Eeva-Lisa y a mí. Entonces me puse a gritar. Y de repente Josefina se dio cuenta de que ella también, desde ese momento, iba a quedarse muy sola.

Nunca, nunca conseguiría librarme de ese instante. Por mucho que viviera sabría siempre que fue entonces cuando la muerte me visitó, la manecilla del reloj apuntaba al 24, pero se había parado. Así fue como Eeva-Lisa me abandonó y también cómo mi madre al final resultó abandonada. Vi su rostro cuando se volvió hacia mí. Después he pensado: Qué extraño, que un Dios poderoso y castigador pueda sentir terror ante el abandono.

Aunque en esa ocasión pensé sobre todo en Eeva-Lisa. Debería haber pensado en mi madre. Su cara quedó como el nido de pájaro; como cuando se levantan las hojas que cubren un nido y se encuentran las crías muertas, abandonadas a una muerte repentina y a la soledad.

Eso fue lo que pasó cuando ellas me fueron arrebatadas».

Debía de haber leído durante muchas horas. Me quedé dormido, en una cama en la habitación que había junto a la biblioteca del *Nautilus*.

A diferencia de la habitación del museo y la biblioteca, esta estaba muy desordenada, prácticamente sin amueblar. Reconocí en un rincón el trastero con su puerta medio enclavada, donde se guardaban los viejos diarios, los números atrasados del periódico local *Norra Västerbotten*.

Me encontraba acostado sobre una desgastada piel de oveja con la que también me tapaba. Se me ocurrió que era la misma que cubría a la abuela cuando murió, pero rechacé la idea, ya que esa piel difícilmente podría hallarse aquí, en el interior del submarino *Nautilus*: pues dicha piel se le había dado a Nicanor Markström de Oppstoppet.

Entré en la biblioteca.

El reloj de la pared, cuya esfera mostraba veinticuatro horas, no doce, parecía haber dado alguna que otra vuelta, pero ya no podía saber si era mañana o tarde. Daba igual. Esa exactitud, a la que antes solía aspirar, me había convertido en prisionero del tiempo. Ahora era libre, ahora solo la biblioteca y Johannes me aprisionaban.

De esta manera, había acabado cautivo de mí mismo.

Me acerqué a él. Tenía los ojos cerrados. Su frente estaba mojada, gemía débilmente, y comprendí que sufría dolores en su sueño.

La boca entreabierta. Una de las manos se movía como sacudida por calambres. Intenté aflojar sus dedos, para que no se hiciera daño, pero parecía tener mucha fuerza todavía.

Estaba enfermo, y sufría. Comprendí que no tardaría en morir.

En los mensajes que me escribía hablaba a menudo de los puntos de dolor. Lo que sentía ahora eran los puntos de dolor físico, con los que se podía vivir o morir, pero sin llegar a experimentar el dolor de verdad. Los puntos de dolor interior los había catalogado en la biblioteca. Aquí, en su biblioteca, que dentro de poco se sumergiría en el interior del volcán.

Busqué una manta y lo tapé. Poco a poco sus movimientos se fueron calmando para al final cesar por completo, como si el dolor le hubiese dejado por un tiempo. La mano cayó, el calambre se aflojó.

En realidad debería haber empezado mi trabajo con la biblioteca, pero me costaba decidirme. Me quedé sentado observándolo.

Johannes no tardaría en morir. Finalmente.

Debí de quedarme dormido en mi silla.

Me desperté, leí unas horas. Él empezó a quejarse de nuevo. Intenté darle agua, pero no quiso beber.

Siempre había sido un niño muy bonito. Esa era la palabra que se empleaba al hablar de él cuando era pequeño. Pero cómo había envejecido.

Creo que me reconoció. Había llegado incluso a preguntarme si era yo. Si había venido a casa a verlo.

Y entonces supongo que debo de ser yo quien ha regresado a casa.

Me acordé del reloj solar en el suelo de la cueva de los gatos muertos.

El capitán Nemo se había encargado del reloj de la cocina de la casa verde, y ahora lo guardaba aquí, en el submarino.

El reloj de la pared se movía, no, el reloj no, sino las manecillas, de modo que supongo que el tiempo pasaba. Cada vez que las manecillas apuntaban hacia arriba, era por la noche. Entonces, el reloj imitaba un momento que ya había existido, veinticuatro horas antes; pero que igual podría ser ahora. El reloj no disponía de memoria, no podía recordar las veinticuatro horas, solo el segundo del ahora.

En realidad, ese breve segundo de la eternidad no valía nada. No tenía memoria. Pero yo sí, y Johannes, y nuestra biblioteca.

A veces podía percibir un leve temblor recorriendo el casco del *Nautilus*, como si el volcán, allá en las profundidades, se hubiese dado la vuelta en sueños, para volver a dormirse.

Me pregunto si los volcanes pueden sentir dolor en su sueño, el momento antes de despertarse para morir.

«La cueva de los gatos muertos», había escrito en el margen de una de las

páginas.

Como una pequeña oración dirigida a mí.

V

Ahora, dentro de poco.

# I. LOS INTRUSOS EN LA CASA VERDE

## 1. *La llegada de los colonos*

Eeva-Lisa, hermana mayor,  
a las once un niño bastardo tuvo.  
Miedo de mamá, del pez, de Dios y  
del dolor de Cristo en su alma hubo.

En la oscuridad subía a la caseta.  
Avergonzada, se apartaba.  
Cerrojo echado, llave no había.  
Dolía y sin el puente al cielo se hallaba.

Yo tenía derecho a vivir en la casa verde debido a una equivocación que se cometió en el hospital de Bureå en septiembre de 1934, el día en el que Johannes y yo nacimos.

Más tarde se corrigió el error. Por medio de un procedimiento judicial correcto, fui restituido y se me denegó el derecho a vivir en la casa verde. Derecho que, en cambio, se le otorgó a Johannes Marklund.

Luego le asignaron a Eeva-Lisa, para que ella me sustituyera. A causa de la traición que infligió Johannes, ella le fue arrebatada, y así me la arrebataron a mí también. Johannes, por tanto, primero recuperó el derecho a la casa verde, después se convirtió en traidor, perdió a Eeva-Lisa y también el derecho a la casa. Tres años más tarde, la casa desapareció pasto de las llamas. Esa es, en resumen, toda la historia.

«El latido de la muerte», me escribió Johannes en un trozo de papel.

Al principio pensé que hablaba de una inminente muerte física. Pero se refería a otra cosa muy diferente, al menos eso es lo que creo ahora. Quería decir: que yo debería entender que no hay nada irremediable, ni siquiera la muerte, y que era posible resucitar también en esta vida terrenal, como Eeva-Lisa, gracias a no seguir viviendo más, como muerto.

Me desperté a las 3.45, con el sueño de la cueva de los gatos muertos todavía muy vivo. Sin querer me pasé el dedo por la cara, rozando la piel de la mejilla.

Había estado muy cerca de la respuesta.

Allí fuera sobre el agua pendía una extraña bruma matinal: la oscuridad se había levantado, pero aún quedaba suspendida una capa gris, no blanca, sino con una especie de resplandor de la oscuridad; flotaba tal vez a unos diez metros de la superficie del agua, que permanecía perfectamente lisa e inmóvil, como el mercurio. Los pájaros dormían, refugiados en sus sueños. Yo podía imaginarme que me hallaba en una playa final, y delante de mí no había nada.

Una frontera final. Y los pájaros, refugiados en sus sueños.

De pronto un movimiento: un pájaro levantaba el vuelo. No oía nada, solo vi cómo batía las puntas de las alas contra la superficie, se liberaba y alzaba el vuelo en diagonal: ocurrió repentinamente, y tan leve, tan ingrátido. Vi cómo levantaba el vuelo y se elevaba hacia el techo gris de la niebla, y se desvaneció. Y yo no había oído nada.

Así seguramente murió ella. No como el ruido de caracoles cuando se quiebran bajo mis pies. Sino de un modo ligero, como cuando un pájaro alza el vuelo, se eleva y de pronto desaparece. Y se sabe con absoluta certeza que atravesará de nuevo la niebla, en descenso hacia el agua, y que regresará, de una manera u otra, pero con total certeza.

Ya el segundo día, mientras desayunaban, se le dijo a Eeva-Lisa que debería llamar mamá a Josefina.

Obedeció enseguida. Entonces ya hacía más de un año que me habían desterrado de la casa.

Durante mucho tiempo creí que no había más que una sola línea de verdad en esa balada que él escondía en la biblioteca, pero que yo encontré: «Miedo de mamá, del pez».

El pez era fácil de entender, para mí. ¿Pero mamá?

En su alegato hablaba mucho de las casetas. Muy poco de mamá. Las casetas las cambiaba de sitio para asustarme, pero las describía con gran detalle para calmarme.

Estoy tranquilo. Pero la tranquilidad por sí sola raramente sirve de algo.

Sin embargo: era muy típico de él intentar acercarse a mí por medio de los versos.

Seguramente pretendía cambiar mi disposición hacia él. Y eso que los versos, o sea, los poemas, constituían un pecado, casi un pecado mortal. Era pecaminoso escribirlos, a no ser que se trataran de salmos. Por lo tanto, se podía hablar de casi cualquier cosa en unos versos. De ahí que fueran necesarios, aunque bastante inútiles. Además, no hacía falta atribuirles ningún tipo de verdad.

El mito del cuaderno lo repite sin cesar. Esto es: que papá había tenido un cuaderno en el que anotaba versos. O sea, poesía. Supuestamente los escribía por las noches, tras regresar a casa del bosque. O el domingo, lo cual resultaba menos creíble, en cualquier caso más pecaminoso. Dedicarse a los versos un domingo debía ser un pecado doble, menos en Viernes Santo, cuando era un pecado mortal.

Josefina le dijo que había quemado el cuaderno. Quería evitar que el hombre tuviera que presentarlo ante el Creador el día del Juicio Final.

Pero lo que no sabían ni ella ni Johannes era que una noche, en la cueva de los gatos muertos, había venido a verme el capitán Nemo —a mí y a Eeva-Lisa— para darme el cuaderno con los versos.

Luego volveré a hablar de la restitución. Pero primero quiero contar cómo Eeva-Lisa llegó a casa de mi mejor amigo Johannes, el conquistador victorioso, querido por todos, el que más tarde la traicionaría.

Hubo problemas con Johannes después de la restitución el 4 de diciembre de 1940.

Se mostraba un poco nervioso desde que la policía lo había llevado a su nueva casa, y a mí me habían sacado de allí. Por otra parte, estaba en buenas manos. Pero aun así, explicó Josefina, andaba un poco inquieto. Nadie se preguntaba si tal vez era ella quien se ponía nerviosa. Era Johannes. Incluso el pastor se compadecía de él. Por eso se decidió que le iban a dar una hermana de acogida. Uno podría haberse

imaginado un hermano de acogida —yo, por ejemplo—, pero la justicia debía seguir su curso y Sven Hedman, quien había perdido a Johannes tras la sentencia del tribunal y se había tenido que contentar conmigo, callaba y se entristecía si alguien proponía semejante idea. Y la hermana de acogida arribó.

Lo cuento sin ninguna amargura.

A la hora de la llegada, Johannes estaba sentado en el vano de la ventana en la cocina, donde yo solía sentarme, mirando al jardín. Era septiembre de 1941. Los abedules aún conservaban algunas hojas amarillas, pero por la noche había nevado y parecía que la nieve ahora descansara sobre ellas, rozándolas levemente, como el beso de la muerte. Se trataba de ese momento muy breve, perfectamente normal, que siempre dolía un poco: cuando el otoño había alcanzado su fase más bella, y más intimidatoria. Al día siguiente la nieve ya no estaría, y cuando la nieve desaparecía, las hojas también. Pero ese día en concreto, los colores y las hojas y la nieve se hallaban unidos; la muerte y las hojas amarillas y la nieve.

En realidad solo duró unas pocas horas. No mucho tiempo, un segundo de una vida, casi. Pero mientras todo lo anterior, lo bello, y todo lo venidero, lo blanco, pasaba al olvido, esto resultaba fácil de recordar, para siempre.

Eeva-Lisa vino desde el autobús, que se había parado para dejarla. El conductor, era Marklin, detuvo el vehículo para que pudiera bajar. Y acto seguido ella echó a andar hacia la casa verde.

Llevaba una maleta.

Disponer de maleta propia no era algo baladí. Los del pueblo tenían mochila, lo normal; por lo que se sabía la única que poseía una maleta era la esposa del párroco, que vivía en Bureå, una mujer a quien todos consideraban una cursi, un lastre del que el pobre párroco en realidad debería deshacerse. Nadie había visto la maleta de la señora del párroco, pero eso era lo que se contaba.

Esa era la idea que se tenía de las maletas. Eeva-Lisa llegó con una, pero luego, varios años más tarde, cuando aquello ya había ocurrido, nadie se molestó en mencionarlo siquiera. Todos estaban de acuerdo en que chismorrear sobre eso sobraba.

Pero, a todas luces, llegar con una maleta fue un error. Ya desde el principio con Eeva-Lisa había muchas cosas que podían considerarse un error.

Primero, el hecho de que el municipio pagaba por ella. Poco, en realidad prácticamente nada, cosa que Josefina se esmeraba mucho en recalcar. No habría llegado más que para la *finka*, la verdad, si uno se empeñaba en verlo así, pero en cualquier caso se pagaba. Luego el hecho de haber tenido una madre entregada a la lujuria, tema en el que, según el pensar general, no merecía la pena ahondar, pero de la que además se decía que había sido pianista, o sea, una persona que tocaba en un piano. No en un órgano. Después, el hecho de haber tenido un padre que las abandonó, y se marchó a Sudamérica. O quizá fuera el abuelo. Nadie lo sabía a ciencia cierta.

Luego estaba ese asunto que todo el mundo se cuidaba muy mucho de comentar, que por sus venas corría sangre cingara. Porque sobre eso, evidentemente, no se podía más que especular.

En fin, sea como sea, maleta llevaba. Un detalle quizá excesivamente fino. Bien es cierto que de por sí se trataba de una cosa de lo más natural, un tema al que muchos de los habitantes del pueblo consideraban que no se debía prestar más atención. No obstante, de lo que no cabía ninguna duda era de que a su llegada portaba una maleta.

Johannes estaba sentado en el vano de la ventana de la cocina cuando llegó. Llevaba una maleta en la mano. Cargaba con ella con mucho esfuerzo. Había nevado por la noche, aunque las hojas aún no se habían caído. Cuando Eeva-Lisa casi había alcanzado la casa, él se pasó al banco-cama, para que ella no viera que había estado mirando. Innecesario dar una impresión de curiosidad.

Había muchas cosas en el pueblo que eran innecesarias. Lo que a uno no le gustaba, casi todo, era innecesario. En general todo lo que era, bueno, cómo explicarlo... que era diferente. En cualquier caso, era innecesario.

Como una especie de ley que decía: no. Una ley muy breve. Pero bastante importante.

Los colores también eran importantes.

La casa de oración, que estaba muy cerca, era amarilla, pero la casa era verde. Cuando Eeva-Lisa se iba acercando a la casa verde, situada a la altura de la amarilla, Johannes se sentó en el banco-cama para que no lo viera. Allí permaneció sentado mientras ella entraba, y allí volvió a sentarse tras haberla saludado.

No fue hasta el día siguiente cuando la exhortaron a que dijera mamá.

Desde que se enteró de que Eeva-Lisa iba a llegar anduvo nervioso. Pensaba en ello con tanta intensidad que las dos horas del domingo anterior, cuando James Lindgren —se pronunciaba como se escribía— estuvo leyendo de los textos de Rosenius,<sup>[1]</sup> que esas dos horas pasaron volando. James Lindgren acostumbraba a leer con una voz bastante monótona hasta que los niños ya no aguantaban más. Entonces ponía punto final con una oración, que terminaba con «Por la sangre, amén». No tenía nada que ver con la matanza, eso se sabía.

Había niños capaces de aguantar las lecturas de James Lindgren —se pronunciaba como se escribía— durante tres horas seguidas, por lo que se consideraba que estos, debido a su tenacidad, tenían madera de predicadores. James Lindgren gozaba de una sólida reputación, pero tenía una voz machacona y cada media hora se sacaba una porción de tabaco *snus* de la boca para inmediatamente meter otra, también durante la lectura de Rosenius. El domingo, antes de la llegada de Eeva-Lisa pero después de haberse enterado de que iba a llegar, las horas en la casa de oración se le pasaron volando, así que no cabía duda de que se encontraba nervioso.

El retablo de la casa de oración representaba a Jesucristo, el que ama a todos los niños, y tenía una muesca en el marco. La casa de oración era amarilla. La casa verde debía de estar muy bonita cuando ella arribó, perfilándose contra la nieve recién caída y las hojas amarillas.

Escribo sobre esto sin amargura.

A todos nos parecía un poco raro que nuestra casa fuera verde, puesto que las demás, como era natural, se habían pintado de rojo. Pero la mayoría de los habitantes opinaba que, pese a todo, no había que darle demasiada importancia al asunto, por lo que no se solía decir nada, al menos no a Johannes ni a mí. Y es que éramos bastante pequeños, así que había que procurar ser discreto ante nosotros. Ya se sabe que los niños no pierden ripio. Fuera como fuera, si bien Johannes o bien yo teníamos derecho a vivir en la casa verde, los dos contábamos con mucha familia en el pueblo. Papá pintó la casa verde, y como luego murió, había que mostrarle respeto al difunto. De ahí que no se comentara el color.

La casa se ubicaba a una distancia aproximada de mil cien kilómetros al norte de Estocolmo, y a mano derecha, si venías desde la casa de los Nordmark, o a mano izquierda, al venir de Koppra, la cooperativa. Era verde.

La casa se hallaba en el lindero del bosque.

Tenía dos plantas, de las cuales la superior se había amueblado solo a medias. Delante de una de las fachadas laterales, la de la ventana del dormitorio que daba al arroyo y al valle con el lago Sjön y el lago Hjoggböleträsket con el Islote de los Rusos, delante de esa fachada se alzaba un serbal.

Se trataba de un árbol de la felicidad.

La escalera de entrada estaba en la fachada principal, la que daba a la casa de oración, la amarilla, que también se hallaba a mano izquierda si venías de Koppra, pero a mano derecha viniendo desde Estocolmo. Uno que vivía en Västra, de cuyo nombre no me acuerdo, había ido una vez a Estocolmo, y, además, Johanneslund, la escuela de predicadores, estaba allí, de modo que tampoco había mucho sobre lo que discutir. En esta fachada se ubicaba la ventana de la cocina donde Johannes estaba sentado esperando la llegada de Eeva-Lisa. Abajo, junto al arroyo con las sanguijuelas, se encontraba el taller de cepillado de madera. Desde allí se podía ver hasta la casa de Sven Hedman, situada al otro lado del lago y que luego, después del intercambio, se convertiría en la mía, pero desde la de los Hedman no se veía el taller de cepillado. Josefina Marklund había decidido que, algunas noches, todos los que vivían en la casa verde, o sea, ella y yo, debían reunirse en la cocina para pedir perdón por sus actos. Entonces había que contar un pecado que se hubiera cometido.

Al principio Josefina no participaba en este grupo, o sea, estaba presente pero no se confesaba. Luego empezó a hacerlo. Lo más difícil era pensar en alguna falta. La confesión resultaba muy fácil. Tras el intercambio, le tocó a Johannes confesarse, y al llegar Eeva-Lisa, ella también se uniría al grupo. Mamá confesaba más que nada que había tenido momentos de duda sobre el Salvador y flaqueado en su fe, pero cuando a mí una vez se me ocurrió decir lo mismo se enfadó y me reprendió severamente. De modo que en la siguiente sesión no quedaba más remedio que volver a buscar un pecado de verdad, aunque mamá seguía confesando dudas y flaqueza de fe. Ella pensaba que era innecesario cambiar. Y que tampoco había nada que discutir. Desde la ventana se podía ver la casa amarilla donde pendía el Salvador, con una muesca en el marco del retablo.

Por encima de la escalera de entrada había un porche. Era bastante bonito. En los veranos crecía lúpulo allí. No me encuentro muy bien. El color amarillo de la casa de oración resultaba bastante intenso, pero de eso no se hablaba. Como si aquello no le importara a nadie. Muy raro. Una vez, antes del intercambio, mi mejor amigo, que se llamaba Johannes, sujetó una cuerda en el porche y yo bajé descolgándome, como si se tratara de una situación de máxima emergencia: Johannes estaba al lado del manzano y me asistió con un grito de advertencia, breve y fuerte, y acto seguido me descolgué para escapar de los perseguidores. Me escocían las manos, y en las palmas me salieron unas buenas rozaduras. En algún sentido, las cicatrices todavía no se me han quitado.

También había un escaramujo delante de la casa. Se extendía a lo largo del frontal.

Cuando salíamos a por setas, cogíamos sobre todo colmenillas. Había que blanquearlas. Luego la palabra «blanquear» llegó a significar para mí carne, cuerpo en putrefacción, y muerte. Se trataba, aprendí, de morir de forma pura y blanca, como una mosca atrapada entre los dos cristales de la ventana, o como el pájaro, pero no blanqueado como una colmenilla o como Aron Markström de Oppstoppet cuando fue hallado. Rune Renström lo había visto y nos lo contó: cómo Aron se parecía a un pez podrido, con su carne toda hinchada. Rune era mi primo, o sea, antes de la restitución.

Papá construyó la casa. Antes de haberla terminado del todo, plantó el manzano en el jardín. Venían unos chicos de Östra y robaban la fruta; no era muy habitual que la gente tuviera manzanas, pero, puesto que murió tan joven, nadie se molestaba en decirle que eso de plantar manzanos quizá resultaba un poco extravagante.

Ya no tengo fuerzas para continuar hablando de la casa de Johannes. Me causa mucho dolor. ¿Por qué duele tanto? Ahora voy a hablar de las casetas.

Había otras dos pequeñas construcciones en el jardín. No lo voy a negar.

O sea, primero estaba la casa verde, que era pequeña, aunque bien construida y pintada de verde, y allí la escalera interior, en lo alto de la cual, a la izquierda, se hallaba el cubo del pis, era la escalera en la que se expulsó a Eeva-Lisa. De las otras dos edificaciones que había, una se trataba en realidad de una cabaña de verano. Delante de una de las fachadas laterales había un álamo en el que una vez cayó un rayo, ocurrió el invierno anterior y pasé mucho miedo. Papá también construyó la cabaña de verano.

Antes de morir, solo un mes antes, había comprado un violín. No creo que aprendiera nunca a tocarlo. En la fotografía mortuoria se parece más a mí que a Johannes, pero también puede que la cámara tuviera algún defecto. Creía que el violín había desaparecido desde hacía tiempo, pero luego lo encontré en la antesala de la cocina en la biblioteca del capitán Nemo, en el *Nautilus*, antes de que se llenaran los depósitos de agua y me viera obligado a abandonar la nave.

Me llevé el violín.

La cabaña de verano presentaba un aspecto bastante extraño. Era como pentagonal, cosa que se debía a que el camino que pasaba delante de la casa de oración, y que luego subía hacia la cueva donde estaban los gatos muertos, que ese camino, por decirlo de alguna manera, se apretujaba contra la casa. De modo que la cabaña de verano, ya antes de que se construyera, se había quedado como arrinconada. Eso no se entendía muy bien en el pueblo, pero es que si una casa se queda como arrinconada ya antes de construirse, también permanece así después. Entonces se queda pentagonal, precisamente por ese motivo. El camino casi no era más que un sendero, aunque bastante ancho. El Viernes Santo, el año antes de que fuéramos intercambiados, Johannes vino a verme, estábamos solos en casa y entonces, por el camino cerca del arroyo, se acercaba una mujer testigo de Jehová para vender sus cosas. Nos escondimos en el porche, y la dejamos llamando en vano a la puerta, ya que ella cometía un pecado al vender libros en Viernes Santo, el día en el que el Salvador colgaba en la cruz y no estaba permitido ni siquiera hacer punto, ni siquiera un agarrador y mucho menos una manopla por la causa de Finlandia, con un agujero para el dedo que aprieta el gatillo, porque ese día debía reinar la quietud y la desolación entre todas las personas.

Fue bastante emocionante. Estábamos escondidos en el porche, callados como ratas, y a través del lúpulo podíamos ver la casa amarilla, más allá de la cabaña pentagonal, al tiempo que oíamos cómo la mujer golpeaba la puerta con la aldaba, en vano. No era muy mayor y no se parecía para nada a alguien de los Testigos de Jehová, sino que era bastante bonita, y por la noche no quise decirle a nadie que ella había venido y que había llamado a la puerta para luego marcharse. Si no hubiera sido una testigo de Jehová, pensaba a menudo después cuando vivía en casa de Sven

Hedman, podría haber abierto la puerta y haberle ofrecido un bollo y una golosina, y compartir un ratito con ella para averiguar si portaba nuevas.

La casa de verano se conocía generalmente como el cobertizo para barcos, ya que se decía que se parecía a una edificación así, una que, dicho sea de paso, nadie había visto, aparte de los estibadores. Como si un barco se hubiese empotrado en la pendiente, con el morro delante. Algo así como un arca encallada.

Y es que no puedes dejar de preguntarte de dónde habrá salido una testigo de Jehová así.

Más arriba de la cabaña, a tan solo unos diez metros, se hallaba el leñero con la letrina incorporada. La primera vez que fui a ver a Johannes después del intercambio, él estaba en la letrina, que tenía dos agujeros, más otro abajo en el peldaño, para los niños, y leía las tiras de Popeye en el *Norran*. Entonces, mamá salió corriendo de casa con la cara toda desencajada preguntándome si mi madre me había dado permiso para venir. La verdad es que resultaba bastante increíble. Tenía el rostro completamente retorcido, como una pasa. Se me antojaba furiosa, como si estuviese a punto de volverse orate. Pero yo me sobrepuse y le dije con toda tranquilidad que sí. Acto seguido volvió a la casa. Luego, cuando Johannes y yo entramos en la cocina, estaba sentada a la mesa tomando *finka* y café, aunque no terminó lo que había en el plato. Y eso que no acostumbraba a dejar que la comida se estropeará. Se me antojó totalmente orate.

Me marché casi enseguida. No había manera de entender cómo pensaba.

La letrina estaba arriba del todo, arrinconada contra el camino.

Si abrías la puerta de la letrina —donde, por cierto, no había virutas de madera para limpiarse, sino que se usaba el *Norran*— y te sentabas sin cerrarla, se desplegaba todo el valle ante tus ojos, podías recorrer con la mirada los lagos Sjön y Hjoggböleträsket y todo el camino hasta el Islote de los Rusos.

Te daba la sensación de estar casi suspendido sobre el valle. En los veranos era bonito quedarse allí sentado en absoluta tranquilidad durante horas y pasear la mirada sobre el espejo del agua. Solía reinar un silencio total, aparte de las vacas, claro.

A menudo pensaba en ir allí, incluso después del intercambio, pero desde ese día en el que mamá, quiero decir Josefina, salió corriendo con la cara toda desencajada, como si estuviese orate, y luego se dejó la *finka* sin comer, quizá echándola a perder, pensé que era innecesario.

Me acuerdo de lo bien que se estaba en la letrina, y del silencio, aparte de las vacas, claro. Eso es lo que se puede contar de la letrina. Aunque quizá es posible añadir algo más. En el *Nautilus* había otros recuerdos de cómo era.

Él ni siquiera había intentado ocultarlo. Y es que aquello sobre lo que escribía era algo del todo natural y nada extraño, de modo que tampoco había que darle demasiada importancia.

Simplemente lo menciono, luego volveré a hablar de ello.

A propósito del sótano de la casa verde. La anotación es de Johannes, de la biblioteca del capitán Nemo:

«En el sótano había tres habitaciones. Una tenía suelo de tierra, y se usaba para almacenar patatas. Estaba a oscuras para que no germinaran: pasaba con las patatas que, cuanto más grande la oscuridad, menor el crecimiento. A la luz, el brote salía, pero la patata moría. La idea consistía en que la oscuridad alejara la muerte, aunque, pensándolo bien, si no se las dejaba morir, quizá para las patatas como vida no era gran cosa. La otra habitación también tenía suelo de tierra, y se utilizaba como despensa, pero allí no había ninguna explicación que justificara la oscuridad.

En la tercera habitación del sótano de la casa verde había un pozo con mucha agua con un contenido en hierro tan alto que no se podía usar. Agua de verdad solo había en la fuente debajo del escaramujo. O sea, contando desde la fachada lateral donde colgaba la escalera de incendios, primero estaba el serbal, luego el escaramujo, después la pendiente que conducía a la fuente.

En la fuente había ranas. El agua era cristalina y pura, totalmente diferente a la del pozo en el sótano. La de la fuente salía de dentro de la roca. Apenas tenía medio metro de profundidad, pero allí había una decena de ranas a las que había que proteger. Eso que decían de las patatas era difícil de comprender, pero debía ser que la oscuridad hacía que las patatas fueran comestibles mientras que la luz las conducía a la muerte, a no ser que las patatas se plantaran, en tal caso la luz traía la vida. De esa manera, la patata del sótano de tierra resultaba muy desconcertante, y probablemente no merecía la pena pensar demasiado en ello, sería más bien innecesario.

Sin embargo, a las ranas había que protegerlas, de eso no había nada que discutir. De esa manera uno se convertía un poco en cuidador de animales, no todos sabían qué había que hacer para proteger a las ranas. Cuando te inclinabas por encima de la fuente con el cubo, para sacar el agua fresca y pura, se trataba de moverlo lateralmente y procurar dirigirlo de modo que no entraran ranas, para así evitar sacarlas, cosa que las obligaría a enfrentarse a un futuro más que incierto.

Y es que las ranas purificaban el agua, en el sótano de tierra estaba el agua estancada del pozo y las patatas sin brotes que debían vivir y a las que por tanto no se les permitía morir para luego resucitar en esta vida terrenal, si se veían las cosas desde esa perspectiva, pero en realidad lo más probable era que no se tratara de ranas, sino de sapos. Eran bastante grandes y no decían nada en especial en lo que mereciera la pena fijarse. Los renacuajos parecían bastante simpáticos. Los podías guardar en los tarros de cristal para conservas, pero sin poner la tapa. Si cogías un renacuajo, que muchas veces todavía tenía cola, con la mano, se ponía a dar coletazos de un modo muy particular. Josefina Marklund, a la que heredé como madre, no entendía que

había que proteger a las ranas.

En más de una ocasión, ella las sacaba con el cubo, obligándolas a enfrentarse a un futuro incierto. Difícil saber si entonces sobrevivían o si morían. Las protestas servían de bien poco, o nada. Sin embargo, creo que las ranas se las ingeniaban para regresar a la fuente. ¿Cómo? No se sabe.

Pero sin duda añoraban su hogar. Extraída de la fuente o no, la añoranza de tu hogar no es una cosa que se vaya tan fácilmente.

Sé que Josefina, mi madre, incluso ante otros habitantes del pueblo negaba que tuviéramos ranas en la fuente. Eso a pesar de que se sabía que las ranas purificaban el agua. Era importante que el agua estuviese limpia. La limpieza resultaba importante. El agua estaba cristalina. Se trataba de proteger a las ranas contra los que tal vez no sabían. Afirmar que las ranas eran feas, inútiles o asquerosas ponía en evidencia que no se había entendido que incluso los más repugnantes, según la epístola a los corintios, podían ser útiles, sí, quizá incluso los más útiles de todos.

Se podría decir que, de esta manera, me convertí en una especie de cuidador de animales.

En el primer sótano en la casa verde, el de las patatas, se guardó durante mucho tiempo un baúl. Un día —concretamente el 24 de abril— una de mis tías vino a verme para recoger ese baúl. Ya está todo dicho acerca de las tres habitaciones del sótano de la casa verde».

Ella vino de visita, llegó en el autobús por la mañana y se marchó la misma noche. Se decía que era una tía.

Se trataba de una mujer alta y flaca que arrastraba los pies al andar. Se produjo un pequeño intercambio de palabras entre ella y Josefina. Él no se enteró muy bien de qué hablaban, pero comprendió que las dos mujeres no tenían gran cosa que decirse.

La tía había venido desde el sur y tenía unos ojos bastante amables, aunque era de cuerpo muy largo. Al parecer quería saber más sobre las circunstancias en torno a aquello que les pasó a los «chavales», tal y como ella lo expresaba en su dialecto sureño, y recibió respuestas. Aunque en realidad no le incumbía. Pero Josefina no le contestó de modo hostil ni nada por el estilo. Lo único que Josefina le dejó completamente claro a la tía era que resultaba innecesario hablar del asunto en lo que a mí concernía.

Yo estaba bien en casa de Sven Hedman. Y punto.

La tía, a la que vi brevemente en la parada del autobús cuando se marchaba, era bastante flaca y alargada y se acercó a mí donde paraba el autobús, antes de que este pasara, y me preguntó si era yo. Y eso no podía ni quería negarlo. Entonces, se inclinó y, sin ningún motivo, me estrechó entre sus brazos. Y tras quedarse así durante un momento muy breve —quizá sería más correcto decir que me dio un «abrazo»— me desembaracé de ella con brusquedad y me marché. No por ningún motivo en especial. Pero es que no quería que nadie me viera en una situación así, de

modo que me libré de ella y me marché.

Eso es lo que pasó cuando vi a la tía durante un momento muy breve en la parada del autobús, que venía desde Forsen, o sea, desde la dirección de Burträsk.

Ahora bien, el baúl es otra historia. Pero eso le concernía más a Johannes que a mí.

Pasaba con ese baúl que se guardaba en el sótano que ella lo había dejado allí cuando emprendió su viaje hacia el sur.

Algo había sucedido. Difícil decir qué. Y ella había partido hacia el sur. Pero antes había venido con el baúl —creo que desde Boliden— y preguntó si podía dejarlo en la habitación de las patatas. Y Josefina no tuvo nada que objetar. Luego se marchó. Y regresó, concretamente el 24 de abril.

Había adelgazado un poco, y seguía siendo muy alargada. Si no recuerdo mal el fugaz encuentro en la parada del autobús, tenía zapatos feos, pero ojos bastante amables.

No entiendo el pronto que le entró, para que se decidiera a inclinarse hacia mí.

En el sótano, junto al baúl, no había pasado nada especial.

Johannes recordaba con bastante claridad, escribe, que no había ocurrido nada.

Ella bajó al sótano. Al lado de las patatas, que no debían germinar, se hallaba su baúl. Era más bien como un cofre. La mujer que era tía bajó y Johannes la acompañó. Buscó a tientas la habitación de las patatas. Una vez dentro Johannes encendió la bombilla que colgaba del techo. Allí estaba el baúl, que más bien era un cofre. La tía sacó una llave que introdujo en la cerradura, y la abrió.

Acto seguido se quedó un rato inmóvil, mirando el interior del baúl.

Él se interesó por lo que guardaba allí. Ella no contestó. Entonces él se inclinó para echar un vistazo. Parecía ropa blanca, o algo así, quizá un vestido, quizá encajes. Era difícil apreciarlo.

Allí se quedó mirándolo. Era alta aunque bonita, por lo menos en la parada del autobús cuando se marchaba. Tenía zapatos feos pero ojos amables. Debía de haber cumplido ya los cuarenta. El baúl llevaba años en el sótano, pero nadie del pueblo había visto a la tía en mucho tiempo. Así que lo único que se podía determinar con bastante seguridad era que se trataba de una tía soltera, relativamente entrada en años, aunque más joven que Josefina, a quien a todas luces no caía demasiado bien, aunque eso le daba igual, había asegurado ella.

Luego descubrió que había una carta encima de todo. Seguramente dirigida a ella porque la cogió, la abrió y se puso a leerla en silencio. Volvió a leerla. Al finalizar la segunda lectura lanzó un bufido, como indignada, y dijo: ¡¡¡Y que lo diga él!!!, e hizo un gurrño con la misiva.

Eso fue todo. No se había enterado de nada más. Se había sentido un poco decepcionado.

Esa misma noche la tía se marchó. Eeva-Lisa la ayudó a bajar el baúl al autobús. Fue allí donde me crucé con ella, entonces me abrazó y Eeva-Lisa lo vio. Y luego salió el autobús.

También había una especie de mesa a la que se le había construido un tejado, para la recogida de los bidones de leche. El baúl era una especie de cofre, y la mesa lechera una especie de casa, la tía había lanzado un bufido y había soltado «y que lo diga él». Había muchas cosas que eran una especie de, o parecido a.

A su llegada, Eeva-Lisa había subido andando desde el camino hacia la casa verde.

La tía había lanzado un bufido.

Ahora me siento completamente vacío.

Eso fue lo que pasó cuando llegó Eeva-Lisa.

Pero debe haber empezado mucho antes, a pesar de todo.

Nunca supe por qué la tía bufó de esa manera.

Por algo sería.

Tendría que haber mirado con más atención a todas las personas de ojos amables, para entender por qué lanzaban bufidos.

Esta noche, tormenta de nieve.

## 2. *Un inexplicable error*

Eeva-Lisa de pie en la nieve,  
el dolor agudo y la luna fría.  
A distancia la puerta de la letrina,  
entreabierta y por la ventisca sacudida.

Nieve dentro. La puerta cerró.  
El dolor profundo, la oscuridad espesa y helada.  
En el suelo se sentó. Todos duermen.  
Mi vergüenza nadie ve pero por Dios soy observada.

Va dejando a su alrededor pequeños papelitos en los que ha anotado ciertas frases incitadoras. Debajo del paquete de mantequilla en la despensa del *Nautilus*, medio vacía desde que se terminó lo que quedaba de la *finka*, aparece uno: «Hay que proteger a las ranas».

Pues claro. Se vanagloria de algo que yo le he enseñado.

En cualquier caso, no hace falta que lo esconda debajo del paquete de mantequilla.

Cuando te quitan algo, te llevas un buen chasco.

Primero me arrebataron a mi madre, después al caballo, luego a Eeva-Lisa, más tarde al niño muerto y, al final, la casa verde.

Es extraño que pueda provocar tanto dolor que te quiten una casa. Aunque estaba bien construida, la verdad, y era nuestra, claro. Creemos que algo es nuestro, en realidad creemos que casi todo es nuestro. Y luego resulta que no es así. Menudo chasco. Te quedas pasmado.

Aunque no tenía por qué haber castigado a la casa solo por eso.

Por mi parte, lo cierto es que me llevé unos buenos chascos durante toda mi infancia. Creía que al menos podía salvar la casa si la dibujaba detalladamente con lápiz, quiero decir con un lápiz de leñador, como el de papá. Y luego me llevaría el dibujo conmigo.

Lista de objetos salvados del naufragio, así tituló papá el poema en el cuaderno. Se lo inventó él. De ese modo puedes rescatar muchas cosas, si te hallas en situación de extremo desamparo en la cueva de los gatos muertos.

Lo primero que pensé, cuando lo encontré en el banco-cama en el *Nautilus*, con la *finka* a medio comer y la habitación llena de textos y papelitos, era que tenía un aspecto entrañable.

Es como si ciertas palabras de la casa se pegaran. Como entrañable, y orate, y chasco, y nones.

Antes, los salmos me desesperaban porque había que aprenderlos de memoria, y repetirlos constantemente. Con el tiempo se me antojó que la repetición, al no tener que pensar, resultaba tranquilizadora.

Por la mañana cuando me despierto pronto y hay niebla y los pájaros duermen, me alivia repetir.

Entrañable. Siempre me he preguntado si realmente yo quería ser entrañable, o solo un traidor, como él. Aunque entrañable era quizá el punto de dolor en un verso salmódico, y luego en los otros versos podías llevarte esas otras palabras, las que no dolían.

Conocí a Johannes Hedman, como se llamaba entonces, cuando él tenía unos dos años, quizá, y vivía con los Hedman. Luego siempre jugábamos juntos, hasta el intercambio. Después, cuando Eeva-Lisa llegó para que Johannes estuviera menos nervioso, hubo una interrupción. Entonces, jugábamos, más bien, como a distancia.

Más tarde ocurrió todo aquello.

Y entremedias, por tanto, se encuentra el intercambio. Contaré esta historia primero, así queda hecho. Y es que hay que dejar las cosas hechas, esas que no son las peores, para que luego queden hechas.

Al principio muy pocos se creían la historia. Más tarde todo el mundo, menos los Hedman.

En realidad, los que se llevaron la peor parte fueron los Hedman. Primero tenían a Johannes, que era un niño muy bonito, después solo a mí, luego Alfiled Hedman se convirtió en caballo, y al final, a Sven Hedman no le quedaba casi nada. Y creo que llegó a una desesperación tal que ya no sabía qué hacer.

Es terrible cuando uno no sabe qué hacer. Seguramente fue por eso por lo que vino a verme cuando yo no hablaba, y me acariciaba el hocico como si fuese un caballo. Pero quizá comprendía que yo ya no estaba seguro de seguir siendo un verdadero ser humano.

Aunque ¿qué tienen de malo los animales?

Creo que todos en realidad tuvieron miedo de Sven y de Alfiled y de mí porque no estábamos realmente seguros de seguir siendo seres humanos. ¿Y si ni uno mismo está seguro, entonces cómo van a estarlo los demás? La primera vez que me sentí casi humano, tras el intercambio, fue cuando la alargada tía me dio un abrazo en la parada del autobús, aunque Eeva-Lisa lo presencié. Es el único abrazo que me han dado en toda mi vida. Pensándolo bien. Pero a punto estuve de recibir otro cuando hablaba con Eeva-Lisa y le dije eso de los tulipanes que crecían hacia abajo.

Parada del autobús, abrazo, tía alargada; y se supone que eso debe ser uno de los puntos culminantes de la vida. Increíble.

En cualquier caso, así fue.

Todo empezó un día de enero del año 1939, cuando hacía tanto frío que el cubo del pis, el que se dejaba en lo alto de la escalera interior, se había congelado y el contenido se había convertido en hielo amarillo. Aunque estaba en el interior de la casa. Josefina se lamentaba y decía que, cuando había que usar la pica en el cubo del pis, la cosa no pintaba bien, y que caldear la casa en días así no servía de nada, era como abrir la ventana para calentar a las condenadas cornejas, lo que quizá no les vendría mal a las pobres. Contaba con un gran corazón y no se olvidaba de las cornejas los días en los que el cubo del pis se helaba, que era un indicador de cuánto

frío hacía.

Lo recuerdo perfectamente. Tenía cuatro años, y me mandó fuera a echar el bloque de pis a la nieve. Era domingo por la mañana. El predicador no podía venir, a lo mejor se le habían congelado los neumáticos de globo de la bicicleta, así que en su lugar James Lindgren —se pronunciaba como se escribía— leería a Rosenius. Mamá cogió el manguito de lana, aunque solo teníamos que cruzar el jardín.

Yo llevaba las botas de lana. El bloque de pis lucía amarillo en la nieve. No iba muy contento, no creo que nadie lo estuviera cuando James Lindgren iba a leer a Rosenius, pero por el frío que haría en la casa de oración seguro que no duraría más que unas dos horas. No obstante, había que cultivar la tenacidad.

Lo que no sabía era que esta lectura cambiaría mi vida.

La esposa de Sven Hedman se llamaba Alfield, y se decía que era de ascendencia cingara. Podría ser valona también, como los de la región de Hörnefors, pero la opinión general se inclinaba por el origen cingaro. Todo el mundo sabía que los cingaros eran unos ladrones, por lo que esos rumores no le hacían mucha gracia a Sven Hedman, que era quien había traído a la mujer, eso sí, mientras aún conservaba su belleza.

Además de eso, la mujer daba lástima. No podía hablar con propiedad, pero no se debía a su posible ascendencia cingara, o valona. No, la opinión general era que se había quedado medio muda al dar a luz a Johannes. La culpa, por consiguiente, la tenía él, aunque más tarde, tras el intercambio, me la endilgaron a mí.

O sea, la mudez le sobrevino en la enfermería. Antes hablaba igual que todos los demás, e incluso poseía una voz muy bonita para cantar, que resultaba claramente audible en la casa de oración. Si no hubiera sido posiblemente cingara, sin duda habría sido una persona muy querida. Ahora, en cambio, la gente por lo general la trataba con reserva.

Tras el parto, en septiembre de 1934, sufrió la media mudez que, sin embargo, no afectó a su voz cuando cantaba. Mientras entonaba salmos las palabras de Dios salían de su boca con una admirable claridad. Algo así como un milagro. La mujer indudablemente debía de verlo como un gran consuelo. Si no hubiera sido porque luego se convertiría en mi madre, estoy convencido de que habría llegado a quererla.

Volvió a casa de la enfermería de Bureå con un bebé al que dio el nombre de Johannes. No obstante, muy pronto empezaron a circular rumores de que había algo raro en el crío, a quien ella había bautizado con el nombre de Johannes. A diferencia de su madre, no tenía aspecto cingaro. Más bien se trataba de un niño muy bonito, con ojos azules y pelo rubio, facciones regulares y dientes bien formados. Mostraba una sonrisa sana y abierta, era de risa fácil, y al cabo de muy poco tiempo se convirtió en el favorito de todos.

En el pueblo todo el mundo coincidía en que el aspecto físico del chaval resultaba raro, teniendo en cuenta el de su madre. Tampoco se parecía a Sven Hedman. Pero como nadie quería poner en duda la maternidad de Alfield, al cabo de un tiempo se

consideró que detenerse más en este asunto era, en realidad, bastante innecesario. Será que habrán vuelto a enviar al Hijo del Hombre a la tierra, comentó Egon Fahlman de Östra Hjoggböle, quien no era creyente pero sí zapatero, una broma que todos juzgaron de lo más inapropiada, pero se decía que eso era lo que había dicho.

Nosotros vivíamos a quinientos metros de los Hedman, al otro lado del valle. Lo raro era que yo sí me parecía bastante a Alfield Hedman. De ahí que pasara lo que luego pasó. Y llegó aquel día de enero de 1939 en el que el cubo del pis se congeló, el predicador no pudo venir, James Lindgren iba a leer textos de Rosenius y mi vida cambiaría para siempre.

Por lo demás, no había más cingaros en el pueblo, gracias a Dios.

En cambio, había un lugar de cingaros en Forsen, situado entre Sjön y Östra Hjoggböle. Era allí donde estaba Konsum, que en realidad se llamaba Koppra, y aquel lugar de cingaros. Se trataba de una casa ubicada en Kleppen, yendo hacia Skellefteå. Allí se instalaban de vez en cuando cingaros de Finlandia.

Cuando venían querían estañar. Era casi peor que un testigo de Jehová en pleno Viernes Santo. En realidad nadie quería estañar nada, hasta el día en que se produjo un incendio nocturno en una casa donde se había rechazado bruscamente a los cingaros.

Después, todo el mundo quiso estañar. Y es que se sabía, casi seguro, que la relación existía, aunque no ardieron todos los sitios en los que se había declinado la oferta de estañadura con un firme y rotundo no.

Pasaba algo raro con Alfield, Eeva-Lisa y los cingaros. En la biblioteca, el capitán Nemo ha hecho una anotación al respecto.

Aunque, la verdad, uno se pregunta por qué. En cualquier caso, no le afecta a Johannes, que era rubio y poseía una sonrisa sana, un chico al que todo el mundo quería.

Parece ser que ha indagado en el asunto.

«El abuelo materno de Eeva-Lisa, según ella, quien, sin embargo, no tenía ascendencia gitana, era experto en la vida de los gitanos y se había dedicado a recopilar un diccionario del léxico secreto empleado por estos. Al ser preguntada sobre este lenguaje, ella guardaba un silencio absoluto. Puesto que la intención del lenguaje era proteger a los gitanos de la amenaza que la sociedad les suponía, resultaba preciso mantener el secreto. Durante cinco años él viajó por el sur de Finlandia entre gitanos finlandeses, para, con la ayuda de un joven gitano, que afirmaba llamarse Palo, anotar las palabras secretas.

Tras la publicación se descubrió que le habían engañado. Todo lo que había recopilado, palabras, frases, el fichero entero, todo era un engaño. Creía haberlo cartografiado en su totalidad, pero el chico, en su afán por protegerse, había inventado una lengua para su propia protección. A fin de salvarse, Palo le había

entregado poesía. Cuando la farsa salió a la luz, el abuelo no pudo soportar la vergüenza y huyó al norte de Argentina, a Misiones, donde la madre de Eeva-Lisa murió en extrañas circunstancias, mientras el abuelo se escondía en una pequeña población conocida como Guaraní, muy cerca de la frontera con Brasil.

El inventario del lenguaje secreto, sin embargo, lo ha conservado Palo, el chico que, infundiéndole vanas esperanzas, lo creó.»

No sé cómo ella vino a nuestra casa.

Después he pensado que había muchas personas no del todo humanas que podían haberse mantenido unidas.

Porque para estar unidos no se necesitan lenguas secretas. O quizá sí, quizá se necesite un lenguaje secreto.

Pero no, pero no.

Entre ciertas especies de albatros, pájaros más grandes y poderosos que Eeva-Lisa y yo, existe algo que se llama «el síndrome de Caín». El pájaro pone dos, a veces hasta tres, huevos. Los va incubando a medida que los pone, de modo que los huevos se abren con un intervalo de unos días. Luego el mayor de los polluelos mata al menor a picotazos. Nadie sabe por qué.

Comida tiene. Amor también.

En tal caso yo soy una cría extraña y poco común. A mí él me mató a picotazos al cabo de seis años de haber nacido, y pese a que nuestra salida del huevo fue simultánea.

Tampoco resulta tan raro, por tanto, que yo matara a mi asesino.

Hacía mucho frío aquel domingo. Sin embargo, la corriente constante mantenía la desembocadura del arroyo abierta, como siempre. Olía a huevos podridos a mil leguas. La temperatura debía de haber llegado a los treinta y cinco bajo cero.

El sol estaba bajo, a mediodía no se elevaba más que dos dedos por encima del horizonte.

Mamá llevaba puesto el manguito de lana. Incluso dentro de la casa de oración. Nadie se había quitado el abrigo. De las bocas salía tanto vaho que apenas se vislumbraba al Salvador en el retablo.

En la fila delante de nosotros se había sentado Alfild Hedman con Johannes.

Al fondo, junto a la estufa, hacía un calor intenso. Un poquito más adelante fresco, luego un frío helador. La pintura representaba al Hijo del Hombre extendiendo sus manos sobre los pobres niños, y el cuadro tenía una muesca en el marco. «Jesucristo ama a todos los niños», se titulaba ese cántico de avivamiento religioso de cuya melodía se aprovecharía luego Johannes para escribir sus mentirosos versos sobre Eeva-Lisa.

La tía Hanna estaba sentada al otro lado del pasillo central. No nos quitaba el ojo de encima.

Dos horas después se acabó, ya que hacía tanto frío que James Lindgren apenas era capaz de evitar que los pies se le congelaran y se había puesto a patlear de tal forma que resultaba difícil seguirle.

Todo el mundo volvió a casa, la tía Hanna también. Más tarde nos enteramos de lo que había ocurrido. La tía se había ido a su casa, guardando un silencio absoluto. Se pasó la noche en vela, orando para que la guiaran. Al día siguiente empezó a telefonar a otros creyentes que sabían algo sobre lo sucedido. Al final también llamó a mi madre, que luego se reunió con la tía Hanna y habló largo y tendido con ella.

Por fin Josefina salió del dormitorio donde habían estado conversando con objeto de no molestar a nadie. Y se notaba en sus ojos que había llorado mucho, pero no me dijo nada, y eso que yo me preguntaba qué pasaría.

Debió de contarle a la tía lo que ocurrió aquel día en la enfermería, cosa que seguramente no hizo más que confirmar las peores sospechas de la tía Hanna. Y así dio comienzo la gran desgracia.

La enfermería de Bureå se hallaba en un entorno bastante bello. El río corría más abajo, a tan solo cien metros. En medio se alzaban muchos abedules, pero se veía el río. Las ventanas de las habitaciones daban todas al sur.

Aconteció que Josefina Marklund y Alfild Hedman fueron a dar a luz el mismo día. Al parecer, una de ellas parió unas cinco horas antes que la otra. Y compartían habitación.

Era un otoño bonito, las hojas amarilleaban, pero aún no habían empezado a

desprenderse ni a cubrirse de nieve. A la mañana siguiente, la señora Stenberg, la comadrona, entró en la habitación número dos con dos bebés en los brazos. Los dos niños. Se la veía de buen humor, aunque muy atareada. Y anunció, con su habitual tono jocosamente gruñón, que a veces se podía malentender, que tocaba comer.

Y a ver: ¿de quién era este crío?

Luego se contaba de ella que aquello había sido la gran desgracia de su vida y que la acompañó hasta la tumba y que nunca volvió a ser la misma y otras cosas de mala fortuna que también se decían. Se la recordaba sobre todo por su desgracia. Pero en aquel momento su tono había sido jocosos. Después, cuando el caso recorrió toda Suecia, primero en pequeños círculos en torno al municipio, luego en círculos cada vez más grandes, para al final transformarse en una poderosa ola que barría todo el país hasta alcanzar el mismísimo Estocolmo y a la gente que allí leía los periódicos, entonces todo el mundo se preguntaba cómo podía haber ocurrido semejante desgracia. «El interrogante se apoderaba de la mente de todos los ciudadanos», tal y como ponía en el periódico.

Pero, para mí, el único interrogante que se apoderó de mi mente desde entonces no era cómo sucedió, si es que llegó a suceder, sino si yo en realidad era un verdadero ser humano.

Y en tal caso: ¿quién?

La comadrona, esa que después caería en desgracia, entró en la habitación y preguntó a quién pertenecía cada niño.

Y Alfeld Hedman, que en ese momento no podía comunicarse más que con señales, porque algo inexplicable parecía haber pasado con su voz, señaló a uno de los bebés con el dedo. Era natural que uno reconociera a su propio hijo. Y así le fue entregado Johannes.

Y la vida siguió su curso hasta aquel vertiginoso instante en el que la tía Hanna, de repente, cuando ella, al igual que todos los demás que estaban sentados en la casa de oración ese día, no prestaba atención a la lectura de los textos de Rosenius y con el vaho emanando de su boca, observada por el amigo de todos los niños que aparecía en el cuadro del retablo con la muesca en el marco, fijó su mirada en los dos chicos y se preguntó si, pese a todo, no se habría producido una confusión.

Y al día siguiente formuló la pregunta.

Y así empezó todo.

¿Por qué era necesario? ¿Por qué no podrían haber dejado las cosas como estaban, a pesar de todo?

Las confusiones tampoco resultaban tan raras, me decían después.

Sustituir a unos niños por otros al nacer era un fenómeno bien conocido. En *El libro de la selva*, por ejemplo, estaba Mowgli. Se trataba casi siempre de unos relatos muy bonitos en los que se descubría que una extraordinaria persona, en realidad el

hijo de un rey, había sido extraviada por un descuido. O que había vivido entre los lobos. Cuando se vivía entre animales quizá se adquirirían los pensamientos y sentimientos de estos, pero aun así las historias siempre tenían un final feliz. Cada uno regresaba a su casa. A veces incluso a la casa del rey.

Lo habían pasado muy mal, pero retornaban, como el hijo pródigo. Y todo desembocaba en una gran alegría.

Pero yo tuve que abandonar la casa verde.

En realidad solo he odiado a una sola persona en toda mi vida. Y eso que apenas la conocía. A la tía Hanna.

¿Por qué fue necesario? Me robaron a mi madre, y la casa de mi padre, y la cabaña de verano, y la letrina, y la fuente, y las ranas, y el serbal que era un árbol de la felicidad.

Cuando te han intercambiado, nunca puedes estar seguro de ser un verdadero ser humano. Por lo menos no como antes. Tardé demasiado en darme cuenta de que tenía que morir y resucitar y acercarme a aquellos que no eran realmente seres humanos, quizá a los caballos, quizá a los gatos que habitaban en el barniz del cabecero de la cama.

La tía Hanna no parece haber dudado nunca de su condición de ser humano. Pero no nos quitó el ojo de encima en la casa de oración, y luego me transformó.

Ojalá Eeva-Lisa hubiera estado ese día en la casa de oración. Ojalá.

Ella podría haberle hecho una señal al amigo de los niños en el retablo. O, si él no hubiera tenido tiempo, podría haber llamado al capitán Nemo, que era el benefactor de todos los necesitados.

Pero nones.

Se mantuvieron toda una serie de conversaciones. Yo lo llamo así.

Se iban forjando eslabones, como en la herrería de mi abuelo. Primero la tía Hanna, luego Josefina, y el pastor, cuya esposa poseía una maleta, y el médico que miraba en los papeles, y la comadrona que por mucho que hiciera memoria no lograba recordar. Después la policía, y el corresponsal local del *Norran*. Que cobraba por línea. Así iban forjándose los eslabones.

Lo peor era cuando comentaban el asunto en el periódico, pero sin mencionar nombres. Entonces me daba cuenta enseguida.

Llegué a desarrollar un olfato muy fino para saber que hablaban de mí, aunque no me pusieran nombre. Pero es que se siente en el aire cuando hablan de uno.

Si aquel domingo lo hubiera sabido, quizá podría haberme refugiado en los brazos del Hijo del Hombre. Penetrar en el barniz del cuadro. Aquel quien, al parecer, ayuda a todos los niños. Pero permanecí inmóvil al lado de mi madre que llevaba puesto el manguito de lana. Así que ¿qué más da si me la imagino pasándome la mano por el pelo, con aire un tanto distraído, como si estuviera absorta en Rosenius pero aun así apeteciéndole acariciarme el pelo distraídamente? Así, levemente.

¿En realidad, qué puedes perder imaginándote cosas? Aunque ella, la verdad, no era el tipo de persona que te acariciaba la cabeza así como así, sin necesidad. Dejarse rascar como un gato. Justo en el momento en el que la tía Hanna decidió que era preciso que se hiciera justicia, en el que la cadena empezó a forjarse, el martillo se levantaba encima del eslabón, el hierro estaba al rojo vivo, y yo a punto de perder mi vida.

Causó una sensación que generaría repercusiones muy lejanas, comprendí más tarde.

Los círculos se extendían en el agua. En el círculo interior, o sea, el que nos rodeaba a Johannes y a mí y a mi madre y a Alfield, el agua permanecía calmada, lisa e inmóvil. Al principio. Pero luego la atronadora ola lo barrió todo. Todos los periódicos, y la radio, incluso la prensa de Estocolmo, que prestó mucha atención a la historia de la confusión de los niños en un lejano pueblo de Norrland. O sea, se referían a nosotros. Solo porque ellos estaban muy lejos, decían que nuestro pueblo era lejano. Pero nosotros nos hallábamos en el centro de todo. Eran ellos los lejanos.

Estar en el centro de todo es terrible, en realidad. Ojalá hubiera estado lejos.

Fue el párroco quien me recibió para una conversación especial, respondiendo a una petición de mi madre, y me lo comunicó.

Tras haber empezado con una breve oración, cuyo contenido se me ha olvidado, me contó que habíamos sido intercambiados en la maternidad. Se había producido una negligencia, simplemente. No obstante, no se trataba de nada irreversible, puesto

que se iba a hacer justicia, solo era cuestión de esperar a que se dictara sentencia, y la justicia sueca no se dejaba corromper. Esta última palabra no sabía lo que significaba, pero me sonaba a algo relacionado con hacer un corro. Nos habían dado la madre equivocada. Ahora nos iban a asignar la correcta. No decía nada de la casa, y yo no pregunté, tampoco lloré, algo por lo que el párroco me dispensó efusivos elogios antes de terminar con una oración.

Si al menos hubiera sido el predicador Forsberg, quien tenía una bicicleta con neumáticos de globo y siete niños y estaba acostumbrado...

Llevaría su tiempo. Pero el tiempo curaría todas las heridas. A mí me asignarían a mi madre correcta, que era Alfild Hedman, y Johannes se reuniría con la suya legítima, Josefina.

No se mencionó a Sven Hedman. Al parecer los Hedman se negaban a aceptarlo. Por eso al final el caso llegó al Tribunal Supremo. Sin duda nunca se había visto nada igual.

Pero no era lo que me dieron, lo que se me concedió, lo que me iba a marcar, como si me hubieran quemado en lo más profundo de mi ser. No eran Alfild y Sven Hedman. Era lo que perdí lo que me quemaba. También perdería la casa verde, y la cabaña de verano que se parecía a un cobertizo para barcos, y el leñero, y la letrina con el *Norran*. Y el escaramujo y el serbal, donde en invierno había nieve y bayas y pájaros. Y la fuente con las ranas, a las que ya no iba a poder proteger.

El párroco inquirió, antes de la oración que puso fin a nuestro encuentro, si quería preguntarle algo. Le dije que no. También eso me lo elogió efusivamente.

Mamá no estaba en casa cuando se presentó el párroco.

No sé lo que le dijeron a Johannes.

Quizá lo mismo. Quizá lo importante para él también fuera no lo que iba a recibir, sino lo que perdía.

Nunca hablamos de eso. No intercambiamos ni una sola palabra sobre todo lo que pasó. Y cuando, tras una interrupción de algunos años, volvimos a jugar juntos, ya le habían dado a Eeva-Lisa, para que no anduviera nervioso.

Por eso no sé lo que pensaba mi mejor amigo Johannes de todo esto, lo más importante que le ocurrió, después de la traición y de lo que sucedió en la escalera cuando Eeva-Lisa le fue arrebatada.

Pero la casa verde pasó a ser suya.

En realidad, se la di yo. Me la arrebataron y se la entregaron a él. Y a mí me abandonaron. Me dejaron vacío, como a los caracoles, un poco de mucosidad, un poco de concha, un poco de muerte, o sea, nada especial. No es hasta que has tenido algo y te lo arrebatan cuando comprendes lo que has perdido. Si nunca has tenido nada, entonces seguramente no resulta tan terrible perderlo.

Justo antes de que ocurriera aquello, antes de que la tía Hanna fijara sus malvados

ojos en nosotros en la casa de oración y entablara conversación con el Salvador, me habían dado un gato. Pero Josefina lo echó porque se hizo caca encima de la cocina económica. A Josefina le pareció innecesario tener un gato que se comportara así. Es el único gato que he tenido. Primero lo tuve, luego no. Mejor si nunca hubiera tenido uno, entonces seguramente no habría sido terrible. Mejor no haber tenido nunca, mejor no haber tenido nunca, entonces no te vuelves casi como orate cuando lo pierdes.

Quiero decir: salimos de la casa de oración, Johannes y yo, no poco contentos de que la lectura de Rosenius hubiese terminado. Cada domingo suponía una alegría cuando se acababa. Ese momento en el que salíamos era como una luz que iluminaba todos los domingos.

Pero si no hubieras tenido que aguantar el sufrimiento que significaban los textos de Rosenius, leídos por James Lindgren —se pronunciaba tal y como se escribía—, entonces evidentemente no te alegrarías cuando se acabara. Probablemente sucedía lo mismo, aunque al revés, con la casa verde.

Salimos, el sol se había puesto porque ya pasaban unos minutos de la una y era enero.

Estaba en la escalera de la casa de oración, y de alguna manera me hallaba en mitad de mi vida. Y eso que solo tenía cuatro años y medio.

Una vez también tuve un perro, pero solo durante un día, luego apareció el dueño.

Estoy seguro de que el gato habría podido aprender a no cagarse en la cocina económica. Hay algo enfermizo en eso de que todos quieran quitarte lo que tienes.

Debo sobreponerme. Siempre hay que sobreponerse. Ahora voy a contar cómo fuimos restituidos.

El Tribunal Supremo concluyó que, con una probabilidad rayana en la certeza, Alfild Hedman era mi madre.

A Johannes no le recogió la policía. Lo asumió con bastante normalidad, creo, pero nunca se lo pregunté.

Josefina, apoyada por la tía Hanna de los ojos malvados, era de la opinión de que la justicia debía seguir su curso. Seguro que en la Biblia negra ponía algo sobre eso. Toda la maldad debía figurar allí, solo había que buscarla. Apoyada por la tía Hanna, quería que se llevara a cabo la restitución. Los Hedman no confiaban en el Tribunal Supremo, ¿pero qué podían hacer?

En realidad tampoco tenía rasgos cíngaros. Puestos a comparar, me parecía más a Sven que a Alfild Hedman. Se empeñaron en examinarnos las orejas. Mucho. Algo con las circunvoluciones. Como si uno fuese una concha. Y no un ser humano, realmente.

El veredicto se publicó en el *Norran*.

Desde que se marchó el guardia, una vez entregados los documentos que mamá no se molestó en leer aunque confirmaban su victoria, empecé a repasar la casa para, de un modo más minucioso y detallado, poder trazar un plano que debía incluir un índice en el que se recogería la posición de todos los objetos.

En la despensa guardábamos un rollo con una especie de papel blanco. Cuando mamá salió para hablar con la tía Hanna, saqué el rollo y arranqué un trozo de un metro aproximadamente. Luego busqué un lápiz normal, era un lápiz de leñador de papá, que mamá había guardado, los llamo así porque los llevaba en el bosque mientras talaba árboles, y aún vivía. Creo que los usaba para escribir en el cuaderno.

Con el lápiz empecé a trazar en el papel una detallada descripción de la casa.

Había que ser muy meticuloso. No podía cometer ni un solo error. Pues entonces, de alguna manera, perdería la casa verde para siempre. Era como las listas de objetos salvados del naufragio en *Robinson Crusoe*.

Debía darme prisa, porque el párroco había sonado muy serio por teléfono.

Mamá no habló mucho durante esos días. Pero supongo que yo tampoco daba mucha conversación.

Dibujé meticulosamente toda la casa.

La planta del sótano, con el almacén de patatas a las que no había que dejar que germinaran, y el sótano de tierra, y el cuarto con el pozo con agua ferruginosa de mala calidad, peor que la de la fuente donde vivían las ranas. El sótano era lo más sencillo. Lo podía dibujar con toda tranquilidad, casi indiferencia, como si fuera un Hombre Enmascarado. La escalera del sótano también resultaba fácil.

Lo digo con absoluta sinceridad.

En cambio, arriba se exigía más exactitud. Medí el tamaño de las habitaciones con mis pies, y usé el viejo metro plegable de mi padre. Me pregunto qué habría dicho papá de todo esto, me lo pregunto de verdad. La cocina económica la dibujé con todos los detalles, las arandelas, el horno y el caldero. El arcón de la leña, donde me solía sentar mientras mamá preparaba la comida, solo mirando sin pensar en nada en particular, o pensando en la guerra, si mamá había contado algo interesante tras su lectura del periódico, el arcón lo dibujé a grandes rasgos, con los leños únicamente insinuados.

Me quedó bastante bien, aunque solo tenía seis años.

La planta superior resultaba más difícil. Era la peor parte de la lista de objetos salvados del naufragio.

Ella me encontró en el ático cuando acababa de terminar toda la lista del naufragio.

Había dibujado el dormitorio y no me salió mal. Usé un listón a modo de regla. El dormitorio quedó bonito: buenas medidas, la ventana correctamente colocada. La pequeña cama extensible, donde yo dormía, me llevó bastante tiempo.

Es que en el dibujo no se podía plasmar aquello que era lo más importante, o sea, la parte interior del lateral de la cama, junto al cabecero. Allí, el viejo barniz, que estaba tan viejo que quizá fue el abuelo, si es que puedo decir abuelo, quien lo había aplicado, el barniz, de una manera muy natural, se había abombado, oscurecido o estriado, de tal forma que habían empezado a aparecer figuras, árboles y bosques sin que la cama pudiera hacer nada para ocultarlo. Al principio todo había sido barnizado, por el abuelo, luego debió de permanecer perfectamente normal durante mucho tiempo hasta que, al final, las figuras y los árboles se dejaron ver.

Lo mejor pasaba en verano. Había luz toda la noche, y yo podía dormirme o no, o decidir despertarme. Entonces mamá dormía, y roncaba, quiero decir Josefina Marklund, pero no me importaba.

Me sentaba junto al cabecero para contemplar los animales. Eran todos marrones y bastante buenos. Había gatos sobre todo, se podían ver claramente las orejas, y en algunos los ojos; pero también pájaros, que con las líneas que marcaban sus alas cortaban el cielo de un extremo a otro pasando por encima de los animales marrones.

A veces no se podía saber con seguridad de qué animales se trataba. Algunos de ellos parecían preocupados, o infelices, había tres o cuatro que me causaban una grave preocupación debido a sus caras tristes, en las que las lágrimas a duras penas se contenían. Una cría parecía pálida, quizá moribunda, como si el padre hubiese sido un bebedor, pero por lo demás no se podía saber con certeza lo que había sucedido.

Había que imaginárselo. Las bocas de varios de los gatos se veían con gran nitidez, se movían a menudo, en especial durante ciertas noches de verano muy luminosas. Como si me pidieran consejo. Me dio la impresión de que se hallaban presos de la mayor de las zozobras. No sabía lo que decían exactamente, claro, pero los movimientos de sus bocas y los ojos estaban llenos de necesidades que no habían sido satisfechas, y en especial uno (que tal vez fuera un perro) se hallaba sumido en la más profunda angustia.

El paisaje en sí era como uno se imaginaba que debía ser.

En invierno supongo que los animales seguían allí, pero no se los veía. Había que contentarse con sentirlos con la mano.

Sé que todos esos animales, que se habían desprendido del barniz, me tenían en gran consideración. Y yo también a ellos. Resultaba desesperante imaginarse que se quedarían solos, y sin un benefactor o consejero que pudiera socorrerlos en su

angustia.

Johannes, que heredaría esta cama, y este cabecero con los animales preocupados y desconcertados, seguramente no lo entendería. Es que si eres simpático y todo el mundo te quiere no lo vas a entender. Para entender, y entender bien los movimientos de boca de los animales del barniz, hay que ser diferente.

Incluí el cabecero en el dibujo. Pero no los animales.

Una vez mamá me dijo que echara mano del papel de lija, y que luego ella le daría una pasada con el barniz, porque aquello tenía un aspecto lamentable.

Por poco me muero. Menos mal que luego se le olvidó.

La cama de mi madre también la dibujé. Al igual que la mesilla de noche con la palangana y la jarra con agua, y el platillo con el jabón y las toallas. El vaso con el agua salada también lo dibujé.

Por lo demás, solo dos sillas plegables, y el cajón donde yo guardaba dos libros.

La Biblia se hallaba en la mesilla. En el cajón también estaba «La Biblia para niños». No era igual de entretenida que la Biblia familiar más grande que había en la planta de abajo. La que tenía ilustraciones. Como la del diluvio que devoraba a las mujeres casi desnudas.

Resultaba terrible ver el aspecto que ellas podían presentar, aunque a su manera hermoso. Las mujeres eran devoradas por las olas enormes, perdiendo así la decencia de cubrirse. Y en el raudal se abrió un gigantesco agujero, como si fuese el orificio en el costado del Hijo del Hombre donde se podía entrar y hallar refugio. Esa abertura se tragaba a las mujeres desnudas en las ilustraciones en la Biblia grande.

Todo se podía dibujar. Yo dibujaba sin dolor.

El ático fue lo último.

¿Qué debía incluir?

La cama en el rincón, que ya no se usaba. Los tableros. La pared que no se había pintado ni barnizado y que no tenía ni un solo animal. El tablero con puntos que papá había hecho, y el tablero para jugar al Couronne. El de puntos era como un tablero de ajedrez, aunque con fichas de papel con una cruz en la parte de atrás; puede que en alguna ocasión él hubiera jugado un poco, pese a que quizá fuera pecado. Quizá. Pero eso se habría sabido, si hubiera vivido, y si hubiera sido mi padre (aunque el Tribunal Supremo...). Las palas para hornear pan, las grandes, de un metro de ancho y muy finas, con las iniciales quemadas por el hierro candente. Me pregunto para qué querría el violín. Por cierto, ¿dónde estaba? ¿Lo había quemado ella también? Todo se quemaba, y por tanto, mejor quemarlo todo. El trastero con los periódicos que eran muy viejos. El rodillo.

Había muchas cosas. No me iba a dar tiempo. Había muy poco tiempo. El tablero. ¿Existía un violín? ¿Por qué lo había comprado? ¿Y por qué reinaba tanto silencio en torno a papá? Quiero decir, de algún sitio tengo que haber salido. Del Espíritu Santo

no será.

El rodillo. El tablero.

Y luego me rendí.

Estaba tumbado en el trastero encima de la pila de periódicos y me había echado a llorar, cuando apareció Josefina.

Primero me preguntó qué me pasaba. Luego no se molestó en seguir preguntando aunque yo no dejaba de llorar. El plano en el papel de cocina, que era más bien como papel de horno, se hallaba en el suelo, y echó un vistazo para comprobar si estaba bien dibujado.

Mamá no era una persona que tocara o acariciara a alguien así como así, innecesariamente.

En realidad era hermosa, me lo ha parecido siempre. Pero no es necesario ser guapo. Aunque cuando murió papá, o sea, el padre de Johannes, era como si hubiese enmudecido. Seguía igual de guapa que antes, lo decían todos, pero muda. De ese modo yo pasé de una madre guapa, pero muda, a otra, o sea, Alfeld, que no era muy hermosa, pero también muda, aunque de otra manera.

Como había enmudecido, a Josefina no le gustaba acariciar a nadie. Tampoco que nadie la acariciara. Todas esas cosas resultaban bastante innecesarias, eso era algo que aprendí.

Quizá fuera por eso por lo que me asusté tanto ese día en el que mi tía, la que era tan alargada, me dio un abrazo en la parada del autobús.

Josefina se sentó encima de la pila de periódicos y de alguna manera no se quejaba ruidosamente.

Me pregunto cuántos años tendría en ese momento.

No dijo nada. ¿Qué iba a decir? Ya estaba todo decidido, lo habían decidido todo.

Aunque me había tenido durante más de seis años.

Luego, después de haber estado bastante rato sin quejarse en voz alta, y de que yo hubiera dejado de llorar, y de que se hubiera instalado un silencio tan profundo que ni siquiera se oían los álamos allí fuera, se levantó de la pila de periódicos donde yo seguía tumbado. No había pronunciado palabra. Atravesó el ático hacia el pan de azúcar que se hallaba en el rincón. Asió las tenacillas, y cortó un trozo. Lo cogió con la mano, posó de nuevo las tenacillas en el suelo con mucho cuidado, y se giró hacia mí.

Me pregunto qué edad tendría. Siempre me pareció muy guapa.

Levantó el trozo de azúcar, y lo lamió un poco para ablandarlo. Luego lo acercó a mi boca.

No sabía qué hacer. Esperé.

Ella sostenía el trozo de azúcar muy cerca, casi rozando mis labios. Yo había dejado de llorar. En el ático reinaba un silencio absoluto.

No retiró su mano, esperó. Siempre recordaré ese momento. Me acuerdo de su cara. Y al final comprendí lo que debía hacer: separé mis labios, y con la punta de la lengua rocé la blanca y fragmentada superficie del pan de azúcar.

Me trasladaron con la ayuda del guardia.

He visto la fotografía. Se publicó en el periódico.

Está nevando, la fotografía se ve borrosa, quizá la lente de la cámara se había mojado con la nieve. La fotografía salió borrosa, pero aun así se ve todo, cómo me llevan en brazos, y cómo grito de pura desesperación, atrapado en los brazos del guardia.

¿Por qué iba a echarle la culpa a él del incendio? Ya no lo hago, ya no.

No debió de lograr que las piezas encajaran, o no intentó sumar las cosas. Debe de llevar demasiado tiempo encerrado en la biblioteca del submarino. En tales circunstancias seguramente te vuelves orate.

No voy a contar nunca cómo él intentó castigar la casa verde.

Los verdugos, las víctimas y los traidores.

Señal.

Desde el más lejano de los espacios me llegaba un tictac procedente de él, mensajes misteriosos de una vida. «Señales desde las estrellas muertas», podía escribir cuando se expresaba con más detalle de lo habitual. «Creo que fue en aquella ocasión que morí», refiriéndose a ella, a la que le fue arrebatada.

Una llamativa obsesión con la muerte en el interior de una persona viva.

Se escapó del hospital, recorrió todo el camino, e intentó quemar la casa y a sí mismo. Pero sus planes no salieron tan bien como lo había previsto.

«Me acerqué a la ventana del dormitorio para mirar sobre el valle. Todo estaba en orden, como debía ser, había nieve y la luna brillaba perfectamente blanca. Apareció humo. Me lo había imaginado de otra manera, como consumirse devorado por las llamas sin que doliera, envuelto en la nieve como entre algodones, y con el silbido de los hilos telefónicos en el frío, un canto que vendría del más lejano de los espacios, y con el serbal, cubierto de nieve y pájaros, delante de mí. Pero no se oía ningún canto, solo había humo, y me rescataron aunque no quería y me oponía. Nada salió como yo quería. Era como si lo recordara todo mal. La pendiente hacia la fuente me pareció plana, no había ranas que rescatar, el ático con el *Norran* estaba vacío. Y es que no se podía castigar a la casa, ni tampoco hacer que dejara de vivir, si esta no quería. Cuando no mereces la muerte, entonces esta se te niega. Y no queda más remedio que continuar. Tampoco hace falta merecer la misericordia para recibirla. Pero quizá hay que merecer la muerte, si no no viviríamos. Siempre hay algo mejor que la muerte, dijo el asno. Ven Cresta Roja, continuamos. Y fue por eso por lo que vinieron a rescatarme.»

Ya no hay tormenta.

Cuando había tormenta las gaviotas pasaban delante de mi ventana volando lentamente, empujadas hacia atrás por el viento, mientras me observaban con sus pequeñas y melancólicas sonrisas, y susurraban de manera apenas perceptible.

¿Te acuerdas de nosotros?, decían. Del cabecero barnizado de la cama. Lo seguimos intentando, no nos hemos rendido.

Luego la tormenta las llevaba hacia atrás, pero continuaban volando.

Ahora el mar respira.

Este verano e invierno vivo junto al mar, en la frontera más meridional de Suecia. Tan lejos como sea posible de lo que ocurrió, aunque dentro de las fronteras del país. Puede resumirse así.

Yo, por lo tanto, sumo las cosas, en el interior, pero cerca de la frontera.

Esta noche me he despertado con mucha fiebre, y he tenido un mal sueño. Me temblaba todo el cuerpo, pero al cabo de unos pocos minutos me he calmado. Ha sido como en aquella ocasión, antes de la restitución, esas veces cuando tuve fiebre. Sudaba por la noche y llamaba a gritos a Josefina. Entonces ella aparecía andando sigilosamente en la oscuridad llamándome con una voz casi lastimera, ya que estaba tan oscuro que no tenía por qué avergonzarse de eso.

Las sábanas se habían empapado por la fiebre. Ella encendía la lámpara, me cambiaba las sábanas y los calzoncillos largos que también se habían mojado y la camiseta. Con todo seco ella apagaba la lámpara. Entonces, tras haber recuperado el sosiego, me quedaba mirando al techo donde el resplandor de la nieve reflejada brotaba como un incendio de llamas blancas, calmadas y quietas. Los animales en el bosque del cabecero dormían, refugiados en sus sueños, como los pájaros encima de la superficie del agua. Y entonces, yo también conseguía conciliar el sueño.

Quizá la muerte sea así al final: no la que llega en vida, sino la del final. Como cuando mamá cambia las sábanas y todo vuelve a sentirse seco y cálido, los pájaros duermen, el reflejo de la nieve caliente, y consigo conciliar el sueño.

He estado bastante tranquilo desde que volví a encontrarlo en la biblioteca del capitán Nemo. No he sido del todo yo, precisamente porque he estado tranquilo.

Dormí mucho tiempo.

Hacia la noche, una lluvia negra entró rodando desde el sur, como una pared que se iba alzando rápidamente y que barría la loma de la costa, aplastaba la hierba y la azotaba, para luego desaparecer tranquilamente hacia arriba, hacia el norte: acto seguido se instaló una perfecta y transparente calma.

Subí la colina. Se podía ver la isla de Bornholm a lo lejos, al sur, como una sombra. El agua respiraba con movimientos muy lentos, extrañamente negra, casi como el agua en el corazón del volcán Franklin.

Caminé durante horas esa noche. Encontré un gatito, tirado en el suelo, inánime. Por la zona abundaban los gatos salvajes. Debía de tener un mes, quizá, no más. Yacía en la hierba, inmóvil, con el hocico apuntando al mar, con los ojos cerrados. Estaba empapado.

Podía sentir cómo su corazón latía, y latía.

Me lo llevé a casa. El gatito seguía obstinadamente con los ojos cerrados, se negaba a abrirlos aunque no era tan pequeño. Los gatos del cabecero de la cama dormían así, pero se despertaban cuando yo los llamaba. La mayoría de las veces era a mí a quien llamaban. Todavía los echo de menos.

Los ojos del animal goteaban pus. Intenté abrírseles, y lo logré. Los pájaros se me habían adelantado, se los habían picoteado.

En fin.

Crucé la colina camino a la playa.

El crepúsculo había llegado, con la ayuda de los cantos de la playa construí un último hoyo para el gatito, con una piedra plana como fondo. Lo coloqué sobre ella, así era como se debía matar a los gatitos. También había aprendido que la muerte podía ser así: práctica, sin sentimentalismo, una conclusión rápida e indolora.

No hacía falta elegir. La muerte rápida y la muerte interior no se conocían. Se ignoraban y eran inocentes la una con la otra. El gatito estaba sentado, con los ojos firmemente cerrados, en el fondo del hoyo.

Lo miré. Habían pasado muchos años. Qué difícil resultaba hacer que todas las piezas encajaran, y qué necesario era. Cogí una piedra y la dejé caer sobre él.

Cuánto he envejecido durante mi huida de la casa verde. Encima de la piedra grande fui colocando otras. Apenas se notaba la elevación en el suelo de la playa.

Me dirigí hacia el oeste cruzando la colina hacia Ales Stenar. La antesala de la noche colgaba sobre el mar, la isla de Bornholm ya no se divisaba. En la hierba, por todas partes, había caracoles, podía oír cómo crujían bajo las suelas de mis zapatos. Johannes no quería quedarse conmigo y no había vuelto nunca. Al final no todo estaba en orden, no era como debía ser. Crujía bajo los pies, y el crepúsculo se colmaba de una inmensa belleza y de una muerte completamente normal.

Empezó con la restitución.

Esta noche voy a reunirlo todo. Josefina era muy buena conmigo cuando cambiaba las sábanas, pero cuando volví después del intercambio no quería hablarme.

Las señales.

Mensaje: «Debemos continuar mucho más lejos».

Señal.

Qué silencio esta noche.

Allí fuera duermen los pájaros. Los animales del cabecero de la cama aún no me han llamado. Quizá no necesiten un benefactor, ya que aún no se encuentran en situación de máximo desamparo.

## II. EL INCIDENTE CON EL CABALLO

## 1. *Alfild*

A todos los niños Dios protege,  
al mío también, fruto de fornicación.  
El domingo anterior a misa fui,  
miradas afiladas al barrigón.

Eeva-Lisa, piernas separadas,  
abrigo caliente, luna fría.  
Quizá el Salvador de mi regazo nazca  
en este pesebre de letrina.

Cuando el guardia me trasladaba en brazos a mi nuevo hogar calzaba yo unas botas de lana nuevas, y le acompañaba un fotógrafo del *Norran* y otro de una revista de Estocolmo, que había cogido un tren de Luleå expresamente para esto. El guardia no me llevó en sus brazos todo el camino, solo los primeros cincuenta metros mientras bajaba la pendiente. Después caminé.

En la cocina, solo se encontraba Sven Hedman para recibirme. Alfild estaba en casa, pero se había vuelto muy callada, y con la melodía de «Cuando el día de Navidad resplandece», había cantado que no quería que los fotógrafos la vieran.

Al cabo de un cuarto de hora, nos quedamos los tres solos. De comer, me dieron gachas de centeno en un plato llano con abundante melaza. No comíamos más que Sven Hedman y yo. Él me animaba a comer con su voz más afable. Claro que me caían mal.

Él debía de tener miedo, y por eso había preparado un plato que sabía hacer bien. En la casa verde nunca tomábamos melaza, se consideraba alimento para las vacas, lo cual es un error, pues es igual de bueno que el sirope y más barato. Ya me figuraba yo, comentaría Sven mucho más tarde, que Josefina se las daría de fina con eso de la melaza. A lo que no repliqué nada.

Por lo demás se cuidaba muy mucho de hablar mal de ella. La única vez que se le escapó algo fue ese comentario sobre la melaza.

Claro que Sven Hedman tenía miedo.

El Tribunal Supremo constituía la instancia jurisdiccional más alta del reino, y había determinado que él, ex guardián del toro semental, estaba equivocado, y le había condenado a hacerse cargo de mí. Debe de ser de lo más solemne que el mismo Tribunal Supremo te sentencie a hacerte cargo de un niño. Casi tendría que haberse sentido un poco orgulloso, pero solo se quedó callado. Alfild ya lo estaba, aparte de cuando cantaba. Pero a ella debía de faltarle algún tornillo.

Seguro que mucha gente pensaba que la desgracia revestía casi demasiada solemnidad para que la sufrieran unos pequeños campesinos insignificantes. Probablemente opinaban que no resultaba muy apropiado.

Estoy seguro de que quería mucho más a Johannes, que era un chico simpático.

Sven Hedman había sido el guardián del toro semental del pueblo, lo cual se consideraba un honor, en especial teniendo en cuenta que no tenía vacas; en invierno trabajaba de leñador y en verano de estibador en los barcos que recorrían el río Bure. En realidad ni siquiera se le podía considerar un pequeño campesino. Después de unos años le quitaron esa honorable misión, o sea, la de ser guardián del toro, momento a partir del cual se volvió de lo más reservado.

En su día se había casado con Alfild porque se trataba de una mujer hermosa. Ella venía del sur.

Ya no era hermosa. El sentir general del pueblo era que quizá fuera verdad que había sido guapa al principio, cuando Sven Hedman se empeñó en traerla al pueblo, pero que luego se había resecado perdiendo así su belleza. Más bien era fea. Había algo lapón en su cuerpo, quizá no en el cuerpo pero definitivamente en su forma de andar, por no hablar de la cara. Tenía un pelo bonito, pero el rostro estaba engurruñado.

En su día, Sven Hedman indudablemente habría tenido su propia opinión respecto a este tema, pero ya no. Quizá se le hubiera metido una esquirla de cristal en el ojo, de modo que la veía como fea o, en cualquier caso, reseca. Todos los demás compartían esa opinión. ¿Por qué iba a ser él diferente? Luego, cuando tuvo al niño, y le dio la embolia al mismo tiempo, se volvió aún más fea.

Para Sven Hedman, lo más hermoso del mundo era seguramente Johannes.

En cuanto a mí, le habían sentenciado a hacerse cargo de mí, por lo que debía de haberme visto de la misma manera, o sea, a través de la esquirla de cristal. Alfild y yo nos convertimos en algo feo. Pero cuando me llevaron a su casa, me recibió amablemente y me preparó gachas de centeno acompañadas con abundante melaza. Las sirvió en un plato llano, y en el centro abrió un hueco para la melaza y me dio una cuchara, y nos pusimos a comer cada uno por un lado. Se puede decir que así se hacía en la familia. Sin duda, al no servirme la comida en un plato aparte, lo que pretendía era animarme y, además, me di cuenta de que me dejó terminar la melaza que había en el hueco. Debía de sentirse triste por haber perdido a su querido chico, pero, pese a que las cosas no pintaban bien, se sobrepuso.

Cuando volvía del bosque y nos encontraba en la cocina, o sea, a Alfild y a mí, lo más seguro es que solo viera que éramos feos.

Como nos tenía miedo, no hablaba mucho con él. Era de constitución fuerte, calvo, nunca se le habían dado bien las mujeres, decían, y tomaba *snus* a todas horas. Muchos fueron los que se quedaron asombrados, casi atónitos, el día que trajo a Alfild al pueblo.

Y es que los había que aún recordaban perfectamente el aspecto de la mujer cuando llegó. Había sido raro. Pero luego pasó lo que pasó y ya no había gran cosa que comentar.

A mí me tocaba dormir en el banco-cama de la cocina. Por su parte, ellos descansaban en el cuarto pequeño.

No había gatos en el cabecero. Ni siquiera un serbal que contemplar. No había ni pájaros ni nieve en el serbal que no podía ver. Todo cuanto veía era a Alfild y a Sven Hedman. No se hablaban.

Hoy supongo que sentían tristeza por la pérdida. Y en tal caso, ¿por qué hablar? Se entendían a la perfección sin hacerlo. Lo que había pasado, pasado estaba. Johannes se había marchado. Todo era como el hielo límpido sin sol. Yo dormía en la cocina. Yo también me había vuelto como el hielo límpido.

Esto es lo que aconteció cuando Alfil Hedman se convirtió en caballo.

Un año y tres meses después del intercambio, Alfield Hedman sufrió su segunda embolia.

También en esta ocasión sobrevivió. Pero no volvió a ser ni siquiera como había sido después de la primera.

A veces me pregunto lo que habían imaginado que ella sería para mí. Una especie de madre, supongo. Quizá habían imaginado que ella, sentada a mi lado, con su vestido negro y su melena negra, me cantarían algo de Los cantos de Sion; porque cantar lo hacía muy bien. Y así, con la cabeza apoyada en la mano, cantarían sobre el amor de Dios al amado niño que acababa de recuperar.

Pero lo único que realmente advertí el día que llegué fue su fealdad, y el profundo silencio que reinaba en la casa. Lo raro es que al parecer me había olvidado de la importancia que tiene proteger a las ranas. Me impresionó tanto el silencio y la fealdad de todo que se me olvidó lo poco que había aprendido.

Creo que intenté dormir todo lo que pude. Aunque todo lo que quise... claro, eso no fue posible.

Sufrió la segunda embolia un miércoles.

Primero estuvo ingresada en la enfermería —donde habían cometido el descuido conmigo y con Johannes— y allí se tuvo que cuidar sola. Luego le dieron el alta, y me tocó a mí ocuparme de ella. La trajeron un día a finales de febrero; llegó en el autobús, la pusimos en un trineo, no teníamos ningún caballo disponible, pero Alfield pesaba tan poco que Sven y yo conseguimos tirar de ella hasta casa.

La colocamos en el banco-cama de la cocina, acomodándola entre cojines.

Luego solo seríamos ella y Sven y yo durante el tiempo que vendría. Fue después de esto cuando se convertiría en un caballo. Aunque eso no ocurrió hasta el verano.

A menudo cerraba los ojos. Quizá ella también contara con gatos que se ocultaban en el barniz, a los que convocaba en su oscuridad con los ojos cerrados.

Si no eran ellos quienes la convocaban a ella.

Tiempo después, me he preguntado cómo era realmente la relación entre Alfield y Sven Hedman.

Supongo que se había tratado de una especie de amor. Si no, ¿por qué buscarse a alguien con aspecto de cingara o, quizá, de valona? Tenía que haberse dado cuenta de que le causaría muchos sufrimientos. Pero debió de sentir miedo a la soledad, y tampoco se sabe de qué hablaban mientras ella todavía podía hacerlo. Ella tal vez también sintió miedo. En el pueblo se decía que Sven y Alfield durante los primeros años fueron como la bestia de carga con dos cabezas del Libro de las Revelaciones. Pero quizá Sven y Alfield no sabían que vivían aquejados de grandes tormentos. Y si no sabes que sufres, es que el sufrimiento no existe.

Por lo tanto ha de ser amor. Si vives en sufrimiento pero sin apercibirte de ello, el motivo ha de ser el amor.

A comienzos de mayo se produjo el empeoramiento. Sven quería que lo mantuviéramos dentro de la familia. Puede que esa fuera la razón por la que todo se convirtió en un problema.

Al principio el cambio fue tan insignificante que casi no lo advertimos. Como cuando una desgracia grande se va transformando en una muy grande. Ella no solo se volvió muda, sino también pensativa. Nos percatamos de que algo había pasado. Luego se inició la fase siguiente en la que continuaba pensativa, pero no del todo muda. Fue entonces cuando empezamos a comprender lo que sucedía.

Lo peor era que ya no se callaba. También se cagaba encima de vez en cuando.

Por lo general, Sven Hedman se las arreglaba con todo, pero a veces yo le echaba una mano. Cuando Sven estaba en el bosque debía encargarme yo, aunque me costaba un poco. En esos momentos, se quedaba sentada sin moverse, oliendo mal y observándome con aire pensativo. A veces despuntaba un brillo de bondad en sus ojos, como si hubiese empezado a confiar en la sentencia del Tribunal Supremo. Entonces me iba al leñero y fingía ser un carpintero que trabajaba la madera.

Esa primavera se acariciaba a menudo la negra melena. Hacía frío. Me acuerdo de la aurora boreal cuando ella tenía ese brillo bondadoso en los ojos y yo me había ido al leñero. Una vez recorrí la mitad del camino hasta la casa verde, con la cabeza descubierta, en plena aurora boreal.

Se veía luz en la ventana de abajo, pero la planta de arriba estaba a oscuras. Johannes seguramente se había acostado ya, en mi cama. Creo que lloré.

No querían que les llamara mamá y papá. Así que les llamé Alfild y Sven.

Me resultaba completamente natural.

Con el tiempo, fue empeorando y empezó a gritar.

Al principio no entendíamos lo que decía. Antes siempre permanecía callada, aparte de cuando cantaba salmos, pero de esos con la letra ya escrita y conocida, de modo que no hacía falta prestar atención a lo que decía. Pero ahora todo lo que cantaba era nuevo. O lo que gritaba, más bien. A menudo se sentaba en la cocina y tras agarrarse la melena con las dos manos contraía todo el rostro como si estuviera desesperada o muy contenta, era difícil ver la diferencia, y se ponía a berrear.

Las mejillas en su día habían sido como las de una niña, luego se arrugaron como pasas, pero cuando berreaba a veces se podía intuir cómo habían sido, aunque ella se contrajera. Berreaba o mugía como una vaca, pero no como si le doliera algo, sino como si solo estuviera un poco melancólica o pensativa y berrear a la espera de decidirse a hablar con nosotros. No gritaba nada malo, quiero decir malvado, más bien era como si pretendiera comunicar un mensaje importante al que llevaba mucho tiempo dándole vueltas. Un mensaje casi celestial. Como las trompetas de los ángeles



partir de ese momento uno de los dos debía ir siempre.

Si rondaba algún vecino bienintencionado por ahí, siempre poníamos mucho cuidado en cerrar bien todas las puertas. O llevábamos a Alfild al salón, o sea, al cuarto pequeño, donde le dábamos papel de horno y un lápiz, y yo le enseñaba a dibujar un mapa de Suecia. Me centraba sobre todo en la silueta exterior, pero procuraba no olvidarme nunca de incluir Hjoggböle, para que se situara.

En esos momentos no aullaba.

Por lo demás, lo hacía con bastante regularidad. Aullaba por las mañanas, mientras Sven Hedman metía la comida en la fiambarrera y llenaba el termo de café, y luego estaban los mugidos de la tarde. Había días en los que alcanzaba un total de unas tres o cuatro horas, no más. Cuando se la veía con una disposición más melancólica se alargaba la cosa un poco.

Hacia la primavera empezó a mugir palabras. Entonces se convirtió en un verdadero problema.

Alfild había tenido ciertos problemas en su vida, antes. No solo el hecho de que quizá fuera cingara, posiblemente, sino también otras cosas. Había dado a luz a otro niño. Lo hizo en casa, y Sven llamó a la comadrona, que se presentó pero con muchas prisas. Aunque parezca extraño, le pasó lo mismo que a Josefina. El crío venía mal colocado, Alfild berreaba como una posesa y al final los vecinos, casi presos de la consternación, mandaron a buscar de nuevo a la comadrona, que apareció arrastrando los pies, con su ventosa y no fue hasta ese día, el tercero, y después de muchos berridos, cuando consiguieron sacar al crío.

El cordón umbilical lo había estrangulado. Murió en el instante en el que iba a dar comienzo su vida. Lo bautizaron con el mismo nombre que luego me pusieron a mí, y lo colocaron en el pequeño ataúd, pero no le hicieron la fotografía.

Aunque todo el mundo tenía fotografías mortuorias, incluso Josefina de su primogénito. Ojalá Alfild o Sven Hedman hubieran hecho una fotografía de este niño también. Me pregunto si existiría un parecido, pero las pruebas se enterraron, no se llegó a sacar ninguna fotografía mortuoria, ni tampoco las circunvoluciones de la oreja fueron examinadas por los médicos.

Berreó también en aquella ocasión.

Hacia la primavera llegaron las palabras, brotando como las plantas. Entonces se convirtió en un problema.

Eran frases casi coherentes. Nos sentó bastante mal.

La casa de los Hedman se hallaba incrustada en el lindero del bosque, enfrente de la casa verde, a unos quinientos metros. La nieve se derretía tarde ese año, el verano llegaría de todos modos, pero Sven Hedman y yo no nos podíamos concentrar en nada que no fueran las palabras de Alfild.

Se trataba de unas palabras bastante extrañas. Era como si, ahora que se hallaba

desamparada, hubiera empezado a emplear un lenguaje secreto que conocía de antes. Como si su vida hubiera sido una especie de olla enorme en cuyo interior todo fuera negro y borboteara, casi como el barril en la peguera del abuelo, y de vez en cuando subieran burbujas hasta la superficie, burbujas que nacían en el fondo de la olla, donde se conservaba su vida anterior. Casi nos daba miedo. Aunque al mismo tiempo empezamos a verla, algo que no habíamos hecho antes. Con las burbujas, todo subió a la superficie. Al principio aquello solo era negro y viscoso, pero luego aparecieron la melena y los ojos negros y la voz de canto y esa cosa como solitaria en los ojos.

Y de aquello salían palabras extrañas y secretas.

Uno podía figurarse que el barril de la peguera era su vida, y las burbujas ella misma, y que se había enfurecido porque no le habíamos prestado atención. Y por eso el lenguaje que usaba era secreto.

Como el abuelo de Eeva-Lisa a quien dieron gato por liebre. Si es que era verdad lo que había contado Eeva-Lisa.

Se han cometido errores con ellos. Por lo que usan un lenguaje secreto para protestar. Había aprendido lo que decían los gatos del cabecero de la cama, a pesar de que estaban cubiertos con barniz. Siempre se me han dado bien los animales.

Pero nunca me ocupé de Alfield. Así que no era de extrañar que se quedara como pensativa.

Empezó a cantar las palabras también por las noches.

Por las noches dominaba el canto, durante el día las palabras secretas. De noche más como el arpa celestial, de día, los secretos. Aunque las dos cosas se parecían bastante, en cierto sentido. Por eso nunca me asusté de verdad.

Creo que a Sven Hedman todo aquello lo dejó más preocupado. A veces, diría que casi turbado.

He tenido dos madres. Una nunca me abrazó, pero me acercó el trozo del pan de azúcar a los labios. La otra cantaba como un gato, aunque con palabras secretas.

Hay que ver. Hay que ver.

Luego he pensado que el lenguaje secreto pretendía contar cosas de su infancia. Porque para eso, claro, las palabras normales no sirven, solo valen las secretas, nadie puede usar las normales.

¿Quién puede hablar de cómo era ser niño? Nadie. Aunque hay que intentarlo. Porque si no, ¿qué sería de nosotros?

Johannes lo intentó, en la biblioteca del capitán Nemo. Pero tampoco lo logró, aunque lo intentó.

Eso podría habérselo explicado yo a ella: que estaba bien que lo intentara. Pero eso tampoco llegué a decírselo. Y luego fue presa de una rabia tal que le empezaron a salir las palabras feas.

Tanto Sven Hedman como yo nos quedamos totalmente turbados cuando las

entendimos. Qué vergüenza.

Al cabo de algún tiempo, como me fue quedando claro que Nyland, el sur de Finlandia, era la región de donde venían *ellos*, o sea, los que dominaban un lenguaje secreto, que se parecían a mí, y que eran o muy bellos o muy feos, que procedían del sur y de muy lejos, aunque no de Estocolmo, decidí que era de allí de donde venía Alfiled.

Nyland, cosa que había quedado claro no solo con la lectura de *La isla misteriosa*, *Robinson Crusoe* y *El libro de la selva*, sino también por la gran Biblia familiar con las ilustraciones de las mujeres destapadas que el enorme agujero en el agua se tragaba, era el extranjero, con palmeras y volcanes con cráteres, donde las naves submarinas se hallaban encerradas.

Sin embargo, no se lo había preguntado a Sven Hedman. Seguramente la conoció cuando seguía siendo muy joven, pero no creo que él se lo preguntara tampoco. Quiero decir: cuando ella aún no había empezado a volverse fea.

Me pregunto por qué es tan necesario ser guapo.

Desde que ella se convirtió en un caballo bastante simpático, empecé a pensar en cómo Alfiled Hedman debió de ser de joven. Me imaginaba que había llegado hasta aquí arriba en barco, siguiendo el litoral. Y que había venido porque tenía un secreto que comunicarnos. Todo el mundo tiene secretos, se trata de contarlos de modo que los demás no los capten, para que los comprendan. Existe una gran diferencia entre captar y comprender. Ella tenía un secreto muy importante, viajó muy lejos para no comunicarlo, para que lo comprendiéramos.

Pero si el Tribunal Supremo llevaba razón, en realidad yo también soy de Nyland, el reino de la selva, con palmeras y cráteres volcánicos donde se encuentran las naves submarinas, con el Benefactor encerrado.

Qué difícil resulta entenderlo. En tal caso podría haber abandonado la casa verde hacía ya mucho tiempo, sin dolor. Pero yo no quería hacer eso.

Comenzó por el canto, luego el lenguaje secreto, después los mugidos, y al final las palabras feas.

Berreaba como una sirena de niebla.

—Eeeeeeeeeeeeeennnnnnnnnnntra paaaaaaaaaaaaaaaaapaaaaaaaaa...

boooooooooooooorr rraaaaacho coooooooooooooooooommmmoooooo uuuuuuuuuna  
 cuuuuuuuuuuubbaaaaa, eso era fácil de entender. Intentaba cantarnos una parábola. Algunas estaban en la Biblia, pero no todas. El Hijo del Hombre había esparcido otras un poco por aquí y por allá, y una de ellas era una parábola que Alfiled nos comunicaba ahora. Como las historias que aprendimos en las reuniones del Lazo Azul. Debe de tratarse de alguien con una infancia difícil que llega a casa y se encuentra con su hijo lívido y gravemente enfermo. Saaaaccccaaaaabbbbbaaaaaa  
 suuuuuu poooooooooooooolllllllaaaaaaaaaaaaaa y la

*goooooollpppeeeeeeeeeaaaaabbbaaaa en la meeeeeeeeeeeesa...; pero a continuación fue peor, eso ya no se parecía a las canciones que cantábamos en el Ejército de la Esperanza. Y vinieron otras cuantas palabras terribles, resultaba insoportable. Horrible. Y luego el canto se fue suavizando, mudándose en un murmullo tranquilo y bonito, como antes había sido lo habitual, y el tono se volvió limpio y claro, de un timbre sordo, quejumbroso, como procedente de los hilos telefónicos, y luego de súbito lo terrible: la pooooooooooooooooolllllllllllllaaaaaaaaaa la goooooollpppeeeeeaaaaabbbbbbbbaaaa en la meeeeeeeeeeeesa.*

Miré a Sven, pero se afanaba en fregar, aunque el mismo plato todo el tiempo, como si hubiera que ser muy meticulado con él. Durante minutos. Normalmente, no se esmeraba tanto.

Al final se alteró de tal modo que salió a cortar leña.

Alfild permanecía allí sentada con su pequeña y misteriosa sonrisa intacta, y se calló, pero se rozaba el paladar con la lengua, con sumo cuidado, tanto arriba como abajo, como para asegurarse de que las palabrotas no le hubieran dejado huellas.

Después, parecía casi feliz. Si no hubiera estado tan orate, podríamos habernos sentado a conversar un ratito. Cuando mostraba esa sonrisa suya todo volvía a estar bien. Recuerdo que entonces en realidad me sentía completamente feliz.

De niño, pensaba como un niño y soñaba como un niño y tenía la inteligencia de un niño, me gustaba el juego en el que había que dibujar siguiendo unos números. El juego venía en el *Norran*. Se trazaban unas líneas con lápiz uniendo los números, y acto seguido aquello se convertía en un animal. Solía ser un elefante, o un pájaro.

O a lo mejor estaba en la revista *Allers*. En el trastero del ático en la casa verde guardábamos números atrasados tanto de *Norran* como de *Allers*.

Así se puede trazar una línea uniendo números. Alfild era un número. No debería haber dibujado la línea con tanta prisa, para que saliera un elefante, debería haber esperado en cada número para comprender bien qué significaba precisamente ese punto.

Creo que en eso radicaba el error. Ella no era un elefante, sino un caballo. Lo de los animales es una cosa complicada, es lo que pasa cuando no se está seguro de contarse entre los verdaderos seres humanos. Un día, antes de la restitución, entró un pájaro en casa batiendo las alas y Josefina lo encerró en el espacio que hay entre los cristales de la ventana de invierno y la del verano, con la guata y las moscas muertas.

Me puse a gritar, así que lo dejó salir. Me resultaban aterradores los golpes que el pájaro propinaba con las puntas de sus alas en el cristal de la ventana.

Me imagino que le daba miedo que el pájaro ensuciara la casa, como el gato que se cagó en la cocina económica. Concedía mucha importancia a la limpieza en casa. Lo más probable es que fuera por eso por lo que yo me dedicaba a lavar las sanguijuelas en el arroyo hasta dejarlas perfectamente limpias. Y las ranas que

purificaban el agua de la fuente. Aunque a ellas, Josefina las echaba de allí con el cubo.

A veces no comprendo.

Insistía mucho en eso de que las cosas debían estar perfectamente limpias. No se parecía mucho, la verdad, a la casa de los Hedman. Pero entre todas las cosas existían diferencias. La casa verde tampoco tenía nada que ver con la selva en Nyland. Hacía falta comprender que había muchas cosas que eran diferentes.

Me había quedado de una pieza, completamente atónito, mientras el pájaro intentaba salir de entre los cristales, y luego me puse a gritar.

Pero ¿acaso se había cagado en la guata? Qué va. Así que ahí se ve.

En el mes de junio Alfild gritaba durante cinco horas al día. Si algún vecino se presentaba con la intención de charlar un rato, Sven Hedman salía de casa, alejándose unos cien metros, para luego conversar con ellos como si tal cosa, a buena distancia, a fin de que no se oyera.

Convivíamos todo el tiempo, cada vez más, con sus gritos. Era casi lo único importante. Ni se nos pasaba por la cabeza darnos por vencidos. Creo que en realidad lo que sucedía era que, poco a poco, empezamos a preocuparnos mucho por ella.

Quizá no tanto como Johannes por Eeva-Lisa. Pero, de todos modos, ya no nos desagradaba tanto.

Resulta difícil explicarlo. Pero supongo que se había convertido en una especie de amor.

Sven Hedman había heredado una casa de verano de su padre, que murió en el bosque, que en realidad era una cabaña de leñador. Estaba situada junto al río Mela, que se extendía entre el lago de Holmsvassträsket y el de Hjoggböleträsket.

Al final la llevamos hasta allí.

En el lago de Hjoggböleträsket había cinco islotes y un peñasco cubierto de cañas y pequeños abetos que no contaba como islote. Uno de ellos se llamaba el Islote de los Rusos, porque allí yacían los restos de siete soldados del ejército ruso que arrasó la zona a principios del siglo XIX. Se desviaron de su camino y fueron a parar a Hjoggböle, donde los habitantes del pueblo los mataron para luego enterrarlos en ese islote. Estaba plagado de víboras, y allí crecían abetos muy grandes. Los abetos no se habían talado, quizá debido a los rusos y las víboras, y eran enormes. Por todas esas razones nadie desembarcaba allí. Lo sabía todo el mundo, y se consideraba de lo más normal.

Desde la letrina de la casa verde, si se abría la puerta, se divisaba el Islote de los Rusos a lo lejos, pero desde la cabaña de Sven Hedman, junto al río Mela, se veía muy cerca.

Hasta allí la llevamos.

La montamos en el trasportín de la bicicleta que tenía neumáticos de globo hinchables, que había arreglado innumerables veces con «disución», así se llamaba, y nos pusimos en marcha. Sven Hedman decía que habían llegado a un acuerdo, pero supongo que más bien éramos él y yo los que lo habíamos acordado, aunque ella, evidentemente, no se opuso en absoluto. La sujetó con unas riendas que los Nordmark se habían dejado olvidadas en el establo de apareamiento cuando Sven era el guardián del toro semental; las habían usado para conducir a la vaquilla, una vaquilla que seguramente se mostraba renuente al ir, pero bastante dócil después, por lo que se les olvidaron las riendas, bueno, sea como sea, las habían dejado allí. Por nuestra parte, ya no teníamos ni caballo ni toro, desde que a Sven lo habían destituido de su cargo, tras lo cual se había quedado muy callado y bastante dócil.

Alfild sonreía y aullaba sin parar, parecía contenta de haber podido salir a la calle. Atravesamos el pueblo. Creo que la gente miraba, aunque no lo sé seguro. Podían hacer lo que les viniera en gana detrás de sus ventanas, y no me molesté en levantar la vista. Cuando pasamos el establo de los Lindgren, Alfild espetó *puto fornicador* en voz muy alta.

Luego entramos en el camino que atravesaba el bosque, y ella se calló. Tardamos una hora en llevarla en bici hasta el río Mela. El calor apretaba.

La dejamos en la escalera de la entrada. Ella paseaba la mirada a su alrededor parpadeando como un pájaro con sus ojos negros, pero asombrada guardaba silencio. Se la veía animada. Ánimo, fue también lo que me dijo Sven Hedman cuando

advirtió que me empezaba a temblar el labio inferior. En ese instante me sobrepuse. Creo que en realidad se alegraba de tenerme a su lado.

Por la tarde Alfild y yo nos dormimos, me desperté por la noche y vi que Sven Hedman estaba sentado a la mesa leyendo la Biblia, cosa que no habituaba a hacer. Se dio cuenta de que me había despertado, giró la cabeza, como si fuera a decirme que me volviera a dormir. Pero no pronunció palabra.

Me levanté y me senté a su lado. Alfild seguía durmiendo.

Era una noche de verano muy luminosa. Sobre el lago flotaba una ligera bruma húmeda. Se veían las copas de los abetos que había en el Islote de los Rusos, pero no las enormes ramas centrales de los árboles que se extendían como dedos de Dios, sin temblar.

¿Cómo podría hacerse uno adulto?

—No iba a estar a gusto en la enfermería —dijo Sven Hedman más tarde, justo antes de llevarme en brazos de vuelta a la cama.

¡Me llevó en brazos! No se limitó a decirme lo que tenía que hacer.

Sven Hedman me explicó que seguramente no haría falta que trabajara los siguientes días. Podía quedarse con Alfild y conmigo un tiempo.

La bruma permanecía flotando sobre el lago casi todas las mañanas. Luego se abría, partiéndose, con un efecto bello y aterrador al mismo tiempo. Todo lo que soy capaz de recordar con claridad de aquella época en la que yo era un niño es bello y aterrador. Cuando la neblina se partía, aparecía perfilándose el Islote de los Rusos, como si fuera un buque de camino hacia mí. Venía hacia mí.

Mientras el barco se acercaba atravesando la neblina, sin desviarse de su rumbo hacia mí, pensé en lo que estaba enterrado allí. También había víboras. Los abetos eran enormes y llevaban varios siglos sin talarse.

Se trataba de estar muy atento. Ahora faltaba muy poco.

Sven preparaba las gachas muy bien. Al final yo también. Ya el segundo día, Alfild se mostraba agitada.

No tenía dificultades para andar, pero como no la dejábamos salir se puso nerviosa. Parecía estar ansiosa por acercarse al agua. El tercer día, por la mañana, fue la primera en despertarse y salió descalza y sin más abrigo que los grises calzones largos, los que le gustaba llevar en la cama.

Al despertar y no verla allí nos preocupamos, pero no había pasado nada. Estaba sentada en la orilla con las manos en el agua buscando pececillos con la mirada.

La condujimos tranquilamente a casa, y lloró un rato, y Sven Hedman también, casi.

—Hubo una vez en que tuviste una madre muy bella —afirmó de repente.

Y a eso no había nada que responder.

Él era fuerte, de constitución corpulenta, y no paraba de tomar *snus*, pero había empezado a hablar conmigo cada vez más, en ocasiones hasta varias veces al día. Pensaba preguntarle si echaba de menos a Johannes, pero cambié de opinión y no dije nada.

Además, ¿cómo podría haber formulado una cosa así?

El tercer día se acabaron los copos de avena. Entonces anunció: Voy a ir a por más avena.

La ató a las patas de la cama con las riendas de los Nordmark, y me pidió que la vigilara.

No había nada raro en quedarse a solas con ella. No era la primera vez. No me asustaba especialmente. Creo que él estaba más nervioso que yo. Lo noté cuando la cabestraba. Me repitió varias veces, sin la menor necesidad, que no tardaría mucho. Solo iba a ir a Konsum junto a Forsen para comprar avena y leche. Comprobó los nudos un montón de veces, en eso puso sumo cuidado.

Luego me miró, y se marchó empujando la bicicleta con los neumáticos de globo en dirección a la pasarela.

Desde que nos quedamos solos, ella se mostraba contenta y se la veía con buena cara, aunque tironeaba de los nudos casi con impaciencia. Refunfuñaba un poco, y no cantaba exactamente igual que antes. En realidad cantaba, o canturreaba, casi con rabia, casi malvadamente, sin desviar la mirada de mí mientras les daba tirones a las riendas. Pero los nudos se habían apretado muy bien, y no cedían.

Estaban bien hechos, por eso me miraba mal, como si tuviera sed. Se podía ver claramente que quería beber. Primero le ofrecí agua en el cucharón de corteza de abedul, pero no quiso. Luego le hablé de lo corto que era el camino a Koppra, y de que Sven pronto estaría de vuelta, pero en ese momento se puso a patlear y se mostraba como agitada, igual que si tuviera las piernas llenas de tábanos, lo cual no era el caso.

No sabía qué hacer. No sabía qué decir, pero algo tenía que decir para calmarla, y proferí:

—Tranquilízate mamá, solo ha ido a por los copos de avena.

Me observó con un gesto muy raro. Me pregunté si habría elegido bien mis palabras. Nunca la había llamado mamá. Pero acto seguido abrió la boca, y se echó a aullar amablemente.

Me acerqué a la ventana y miré sobre el lago. Se calló. Al darme la vuelta fijó sus ojos en mí. No sé explicar muy bien cómo me hizo sentir.

Y me puse a desatar los nudos de las riendas que la sujetaban a la cama.

La llevé al borde del lago. No había cañas.

Con aspecto de estar bastante contenta, se puso a buscar pececillos con la mirada. Removí el agua con un palo, y empezaron a moverse como locos de un lado a otro. Yo sujetaba las riendas. Ella se inclinó hacia abajo, y bebió.

No mugía. Yo no tenía miedo.

Sven Hedman regresó dos horas más tarde. Ya la había cabestrado de nuevo a las patas de la cama. Sin duda advirtió que los nudos no eran los mismos, pero no inquirió qué había pasado. Supongo que lo comprendió.

Yo dije: Ella tenía sed, pero quería agua del lago. ¿Se la trajiste?, preguntó. No, contesté, bajé con ella para que pudiera beber directamente.

Luego no hizo más preguntas.

Preparó las gachas de avena. Por la noche ella volvió a mugir.

Estaba durmiendo, pero de pronto me desperté. Me levanté y dije: Ella sola bebió del agua del lago, pero fue muy obediente.

Sven Hedman tenía la Biblia delante pero sin abrir.

## 2. *Las aventuras del caballo*

Eeva-Lisa, hermana mayor,  
la boca respira junto al hielo del banco.  
La luna despliega su red en el suelo.  
Patalea como un cerdo sacrificado.

El pez se desliza fuera de ella.  
Un verdadero niño Dios me niega.  
El pez grita, el pez da coletazos,  
es el castigo para tamaña ramera.

Se ha cometido una gran injusticia con los Hedman.

Se ha cometido una injusticia con Sven Hedman, y se ha cometido una injusticia con Alfild Hedman.

Estaba muy cerca de empezar a entenderlo. Pero entonces ella se convirtió en un caballo. Y nos la arrebataron.

Pero se ha cometido una injusticia con ellos.

A ella no le gustaba pasar todo el tiempo en casa. Yo lo entendía perfectamente, y Sven Hedman también lo entendía.

Es que era verano. Y la hierba lucía verde. Y los pinos, y los arándanos, y el agua llena de pececillos. Y luz día y noche. Y el Islote de los Rusos, como un buque.

Después de aquel día Sven Hedman se volvió un poco más atrevido. Parecía que mi acción, haberla tomado por el cabestro para conducirla al lago a fin de que pudiera beber y mirar los pececillos, que eso le había ayudado a ganar confianza. Durante toda la primavera se había ocupado de Alfild tal y como se había imaginado que era su obligación. Cocinaba y le limpiaba la caca y suspiraba. Supongo que al final llegó a un punto en el que ya no estaba convencido de que ella fuera un verdadero ser humano. Como si se hubiese pasado papel de lija sobre todo. Debía de dudar de que fuera un verdadero ser humano. Pero desde que la conduje al agua, para darle de beber, se volvió más confiado.

Empezó a sacarla cada vez más para que pudiera respirar.

Ella llevaba los calzones largos, las botas de lana y la chaqueta de punto. Un poco raro, quizá, puesto que era verano, pero las botas de lana tenían suelas de cuero, por lo que no se mojaban.

Sobre su melena negra se ponía el chal. En conjunto presentaba un aspecto de lo más extraño, hasta que te acostumbrabas. Entonces se convertía en algo de lo más natural, y además así iba bien protegida de los mosquitos.

A mí nunca me picaban los mosquitos. Eso depende del tipo de sangre que tengas. A Sven Hedman tampoco le picaban.

Le atamos las riendas de caballo alrededor de la cintura. De modo que pudiera andar un poco como le apeteciera. Había momentos en los que tiraba con bastante fuerza de ellas. A veces tenía miedo de que me arrastrara.

Ahora todo era fácil.

Como una seda. Era raro. Alfild tiraba con fuerza de las riendas o se tumbaba en el suelo, un poco como le daba la gana, a veces cantaba y nosotros la escuchábamos y todos lo pasábamos muy bien.

Como debía ser. Nada de qué hablar ni discutir.

No teníamos barca, pero yo pescaba a menudo pese a la poca profundidad en la

orilla. Me metía desde la pequeña punta, y me adentraba bastante lejos en el lago hasta que el agua me llegaba a las rodillas. Allí me quedaba con la caña provista de hilo de oso y una astilla que hacía de corcho, y el gancho. Tener que regresar a la orilla a por lombrices sería un fastidio, así que las guardaba en la boca. Mi boca hacía de bote de lombrices, y es que mientras pescas no es necesario hablar.

Cuando algún gobio ladrón me limpiaba la lombriz no había más que tirar del hilo, sacar otra de la boca y ensartarla en el anzuelo. Tan sencillo, a su manera, como cambiar el *snus*. Además, Johannes y yo, antes del intercambio, lo habíamos hecho siempre así.

Atábamos a Alfild sujetando la cuerda con una piedra, y ella se sentaba con las botas de lana en el agua mostrando interés por lo que hacíamos. Cuando picaban, se oía lo contenta que se ponía.

A veces canturreaba. Se notaba que se encontraba a gusto. Por la tarde dejábamos las botas de lana al sol para que se secaran.

Al parecer, Sven Hedman había empezado a pensar que lo de trabajar era innecesario.

El pueblo quedaba a siete kilómetros, de manera que nadie se aventuraba por esos lares. Estábamos solos. Además, la casa verde no se distinguía desde allí. Sven y yo íbamos descalzos, pero Alfild se empeñaba en calzar las botas de lana. La aceptábamos tal y como era, y así se tranquilizaba mucho. Los hay que prefieren llevar botas de lana en verano, constataba simplemente Sven Hedman mientras movía pensativo la cabeza, y ya no se hablaba más del tema. Y es que efectivamente era verdad, lo veíamos con nuestros propios ojos. La aceptábamos tal y como era, y ella se quedaba allí sentada a orillas del lago chapoteando con sus botas y canturreando, y ahora que lo pienso fue uno de los veranos más bonitos que he vivido.

Aunque las provisiones llegaron a ser un problema. Sven y yo nos reunimos en la cocina para deliberar sobre el asunto. Sin embargo, no tratamos solo sobre las provisiones. Fue ahí en la cocina donde Sven dijo esa cosa tan rara sobre Alfild que luego nunca me llegó a explicar del todo. Era como la historia esa con mi tía cuando vino a por el cofre que se guardaba en el sótano, y leyó en silencio la carta que había dentro, para luego soltar un bufido y espetar: ¡¡¡Y que lo diga él!!!

Sin añadir nada más. Como para volverse loco. Lo mismo pasó con aquello que Sven Hedman me contó de Alfild.

De pronto soltó:

—La estuve esperando hasta que salió de la cárcel.

Repliqué: ¿Por qué estaba en la cárcel? Fue injusto, dijo, porque ella explicó que solo había querido matar al pez. Pregunté: ¿Y cuánto tiempo estuvo en la cárcel? Respondió: La esperé hasta que salió. ¿Y cuántos años tenía?, pregunté. Cuando salió ya no era una moza tan bien parecida como cuando entró, replicó él.

Moza, qué palabra.

¿Quién lo sabe? Solo nosotros tres, contestó. Creo que tienes derecho a saber quién era tu madre.

Y nada más. Me sentó mal, claro. Saber quién era tu madre. Soltar de repente una cosa así... Y después no contar nada más.

Luego empezó a hablar de las provisiones. Como para volverse loco.

Julio era un mes muy luminoso, caluroso y apacible. Recogimos bayas y arándanos y yo robaba leche de las vacas de Albin Häggström que pasaban por la carretera camino a Östra. ¡Por mi vida que no era tarea fácil! Cuando se inquietaban, la leche se derramaba. Esas gotas costaban lo suyo. Intentaba sostener el recipiente en una mano mientras ordeñaba con la otra.

Una vez a la semana, Sven se marchaba a Konsum en Forsen, que en realidad pertenecía a Västra, para hacer la compra. Copos de avena sobre todo.

Le preocupaba un poco el dinero, decía.

Por las noches, a menudo nos sentábamos a leer la Biblia juntos, a escondidas, mientras Alfild dormía. Era increíble lo que se podía encontrar allí con un poco de suerte. En cambio, si no teníamos suerte, era como cuando la leía James Lindgren.

Dentro de poco vamos a poder recoger arándanos rojos, anunció una noche. Comprendí que tenía previsto que nos quedáramos en la cabaña mucho tiempo.

Como siempre era de día, no nos preocupábamos mucho por cuándo dormíamos. Aprovechábamos esos momentos en los que Alfild no cantaba. Un día Sven mencionó aquello tan terrible que le había pasado, o sea, cuando le comunicaron que ya no iba a ser el guardián del toro semental, decisión que se había tomado en el consejo municipal, cuando se reunieron en torno a la mesa de la recogida de la leche. No hizo comentarios, pero lo mencionó.

Ya no salían palabras feas de la boca de Alfild.

Las botas de lana no olían más que a agua del lago.

Una noche Sven Hedman se durmió en la mesa de la cocina con la frente apoyada en la madera, de forma que cuando se despertó de un sobresalto tenía toda la frente marcada.

Empezamos a sacarla a pasear por el bosque.

Había un pequeño claro donde antes se almacenaban los troncos talados: ahora la hierba despuntaba entre la corteza, pero la abertura seguía despejada en medio del bosque de pinos. Sven Hedman clavó una estaca en el suelo en el centro del claro, anudó las riendas de caballo unas con otras hasta que alcanzaron unos cinco metros de largo, y luego enrolló y ató un extremo en Alfild y el otro en la estaca.

De ese modo podía dar vueltas y vueltas a su antojo.

Nos sentamos en un tronco, Sven tenía la cajita de *snus* en la mano y quitaba y ponía la tapa como para ofrecerle el tabaco a alguien, pero no había a quién invitar. Explicó que no creía que ella fuera a encontrarse a gusto en el hospital, muy a disgusto iba a estar, esa era su firme convicción. A Alfild le gustaba caminar y caminar al aire libre, afirmó, de eso no cabía duda, y no debía de ser muy bueno para la salud estar siempre con las botas de lana mojadas sin nada más que hacer que mirar

los pececillos. Yo protesté y le recordé que también mostraba curiosidad por mi pesca, y que incluso en una ocasión me había buscado unas lombrices en una boñiga de vaca, pero entonces replicó que sacarla a pasear por el bosque también era bueno para ella.

Reinaba una bonita calma. Pájaros también había. Alfild daba vueltas en torno a la estaca, despacio, una tras otra, cojeando ligeramente ya que la segunda embolia también le había afectado a la pierna, pero por lo demás andaba sin dificultad. Estábamos allí sentados, Sven y yo, los dos contentos de que ella se lo pasara tan bien. Bella no era, pero buena sí, y ya no cantaba con palabras feas ni malas. De alguna manera se había convertido en un caballo, y desde que eso ocurrió, empezamos a cuidar de ella cada vez más.

Y la queríamos mucho. Antes todo había sido horrible. Ahora se había convertido en un caballo. Y a un caballo hay que cuidarlo bien, y ocuparse de él, y en invierno asegurarse de que la manta le cubriera cuando la nieve fuese profunda y pesada y el animal sudara: cuidar de un caballo requería mucha atención. Había que asumir una gran responsabilidad.

Cada día que pasaba nos volvíamos más atentos con ella.

Sven almohazaba sus cabellos y yo la conducía hasta la orilla del lago, donde la dejaba beber y mirar los pececillos. Le dimos muchas gachas de avena con leche robada y arándanos azules, y ella comía y cantaba. Iba echando carnes y parecía estar en buena forma. En realidad, apenas le quedaba ya nada de ese aspecto demacrado que había tenido. Casi había rejuvenecido.

Sven no perdía oportunidad de recordarme lo mal que ella lo pasaría en el hospital. Por eso era preciso que no la encontraran.

Ella dormía bien por las noches. A veces corría alrededor de la estaca con mucho brío, como si la hubiera inundado una gran alegría. Nos preocupábamos mucho de secar las botas de lana todos los días, y de cubrirla con la manta por las noches si se destapaba.

Y era como si todo hubiera vuelto a tener sentido.

Quizá lo habían deducido. O alguien nos había visto.

La tarde del 4 de agosto, el señor Holmberg, el guardia, apareció andando por la senda que atraviesa el bosque. Le acompañaba James Lindgren. Estábamos en el claro como siempre. Alfild daba vueltas en torno a la estaca, mugiendo, toda contenta, pasándosele bien.

Se quedaron parados un momento observándonos. Luego se llevaron aparte a Sven Hedman para hablar con él en privado. Acto seguido desataron a Alfild, y no había nada que pudiéramos decir, ni Sven ni yo. La sujetaron firmemente.

Tras unos pocos minutos ya no opuso resistencia. Se la llevaron, y me dejaron a mí para recoger lo que quedaba.

Al día siguiente la subieron al autobús para ir primero a la ciudad. Luego la idea era mandarla a Umedalen. A fin de que la trataran allí, puesto que se consideraba que estaba orate.

Pero de loca, nada. Cuando el autobús se detuvo en Forsen, para poner leña en el gasógeno, ella dijo, o lo comunicó por señas, nunca llegó a aclararse del todo, que necesitaba bajar porque se hacía pis. Considerando el largo trayecto que tenían por delante, la petición fue aceptada. Acto seguido se bajó y se adentró cojeando en el bosque para luego desaparecer detrás de unos arbustos, y ya no hubo manera de encontrarla. El conductor, que ya había calentado el gasógeno a tope y no quería que se enfriara, arrancó y puso rumbo a Skellefteå, ciudad donde ella debería haber cogido otro autobús a Umeå.

Pero había desaparecido.

Se organizó una batida general. Sven Hedman y yo, sin embargo, comprendimos. Esa noche, tarde, cuando apenas había luz porque ya era agosto, bajamos en bicicleta hasta el río Mela. Allí la hallamos.

Se había sentado al borde del agua para mirar los pececillos, perfectamente tranquila, aunque no había encontrado las botas de lana. Los zapatos de domingo los había perdido. Los pies presentaban un aspecto lamentable. Cuando nos descubrió se puso muy contenta, se le iluminó la cara y no paraba de emitir como unos pequeños relinchos.

Como no salía ningún autobús hasta el día siguiente, dejamos que se quedara a dormir con nosotros.

Fue la última noche. Sven Hedman la pasó sentado a la mesa de la cocina con la Biblia negra abierta delante de él, pero no hacía más que dirigir la mirada al Islote de los Rusos. Yo me había acostado, pero me levanté y le propuse que leyéramos, a escondidas, la Biblia. Pero por mucho que buscamos no dimos con ningún pasaje que viniera bien para esa ocasión. No hubo manera.

Estaba nublado y oscurecía casi del todo. En cierto sentido, el verano había terminado y no distinguíamos ni un solo islote allí fuera.

Se la llevaron al día siguiente.

Se aseguraron de que hiciera pis justo antes de partir, y ella ya no intentó volver a casa.

Fue increíble que encontrara el camino hasta la cabaña. Había recorrido casi diez kilómetros.

Primero la ingresaron en el manicomio de Umedalen, pero luego la trasladaron a Brattbygård, entre Umeå y Vindeln. Un mes más tarde, Sven Hedman y yo cogimos el autobús hasta allí para verla.

Brattbygård estaba lleno de gente espantosa. Apestaba. Había varios monstruos, uno con piel de cocodrilo, y muchos idiotas. Habían reunido allí a todos los de la

provincia. A Alfild la habían metido en una cama.

Guardaba un silencio absoluto. No paraba de peinar su negra melena. Me miraba fijamente, como si casi hubiera podido decir algo, pero sabíamos que no podía.

Fue la última vez que la vi. Sufrió su tercera embolia el 14 de noviembre. Solo le hicimos una visita. Fue terrible.

Es necesario lograr que las cosas tengan sentido. Si no, uno puede acabar desesperado.

La visitamos una sola vez. En el autobús de regreso, lloré un poco. Sven Hedman me cogió del brazo, justo por debajo del codo, suavemente, y al final dejé de llorar.

Se cometió una gran injusticia con Sven y Alfild Hedman.

A veces creo que hubo un momento en el que estuve a punto de comprender qué tipo de vida llevaba ella. Porque debía de tratarse de una vida. Pero no llegué a hacerlo.

### III. LA LLEGADA A LA ISLA EN EL MAR

## 1. *El descubrimiento del hormiguero*

Muy quieta, Eeva-Lisa descubre  
un pez que en una red se halla atrapado.  
La luna brilla, la nieve en el suelo,  
el pez grita como un niño desamparado.

No tuvo el niño que esperaba.  
En el suelo un pez quedaba,  
entre la nieve, atado a Eeva-Lisa.  
Vergüenza grande, paja la carne humana.

Se trataba de dibujar mapas exactos.

La isla Franklin estaba a dieciséis millas marinas al sur de la costa de Nyland; desde los últimos islotes del archipiélago finlandés se podía divisar la cima del volcán. A veces se vislumbraba humo. Nadie la visitaba, por temor a los rusos muertos que allí yacían, y por miedo a las víboras que allí abundaban.

La isla estaba situada a 61,15° latitud Norte, pero la longitud no se había determinado. Ese puede ser el motivo por el que se tardaba tanto en encontrarla. En la isla crecían abetos, que llevaban siglos sin talarse; eran gigantescos, las ramas alcanzaban hasta treinta centímetros de diámetro. Podías avanzar por ellas y llegar hasta la punta. Cuando el volcán rugía, las ramas temblaban, como los dedos de Dios.

Pero veías muy lejos cuando trepabas por ellas.

En el corazón del volcán, lleno de agua, el *Nautilus* había hallado su último puerto. La nave flotaba tranquilamente en las entrañas del volcán, y allí se había ocultado Johannes, en la biblioteca, para defenderse.

Nyland con sus palmeras, sus selvas a menudo impenetrables y las peligrosas pulgas de arena, donde la madre de Eeva-Lisa, durante sus últimas horas de vida, paralizada e indefensa, fue atacada por las ratas, esa tierra de la que tantos de mis seres queridos procedían, con la que he soñado y a la que he temido, a ella nunca iba a volver.

Pero delante de la costa encontré la isla, el último puerto del *Nautilus*, donde él se había refugiado en la biblioteca del capitán Nemo.

«Si el enemigo no ha existido, hay que reinventarlo», escribió en uno de sus mensajes.

Como una pequeña sonrisa, casi burlona pero aun así amable. Como si hubiera querido decir: Ahí está, ahora tienes que sumar las cosas. Y cuando lo hayas hecho, debes abandonar la embarcación, abrir los depósitos de agua, y dejar que la nave se sumerja. En toda tu vida, tanto tú como yo lo hemos evitado. Pero ahora te doy este conocimiento como un regalo. Un saco de piedras con el que debes cargar el resto de tu vida.

Por tanto, suma las cosas y haz balance, si te da tiempo.

¿Aspecto entrañable? Durante sus últimas horas le observé intensamente. ¿Entrañable? Más bien como la parte inaccesible de mi propia vida, de modo que no creo que esa sea la palabra más adecuada.

Las fotografías mortuorias. El cuaderno de mi padre. El regreso del niño que se halló muerto.

Johannes vivo, yo muerto. O quizá al revés.

Miles de papelitos. Una biblioteca bastante rara, en cualquier caso.

«Eeva-Lisa borró mi vida cuando yo borré la suya. Si borras la vida de otro, eres el verdugo de la víctima. ¿Pero si los dos lo hacen?»

«Pero de la muerte, de la muerte no sabes nada. ¡Nada!»

Lo más bello de lo humano: vivir como un monstruo, en el límite, y ser el que hace visible lo humano. Dos personas que se funden en una sola en Brattbygård.

Alfild se había convertido en caballo, pero, aun así a su muerte, Sven Hedman se volvió como loco. En una situación de máximo peligro y desasosiego quizá dos personas van fundiéndose. Y si uno de los dos muere, el otro de pronto se ha quedado fundido con un cadáver.

¿Era por eso por lo que había que colocar las fotografías mortuorias en la cómoda?

El pecado grande se presentaba en el pueblo todos los Viernes Santo cuando un enviado de los Testigos de Jehová pasaba por las casas vendiendo cosas a pesar de que el Salvador sufría en la cruz y de que todos debíamos estar quietos sin hacer nada imaginándonos lo terrible que era.

El pecado pequeño llegó con Eeva-Lisa. Quizá lo llevaba oculto en la maleta. Este consistía en realidad en una idea muy bonita: que Johannes no estuviera tan nervioso. Y que Josefina pudiera reencontrar a un niño que un día había perdido. Por eso se apiadó de Eeva-Lisa.

Pero los niños crecen. Y si portan la contagiosa semilla del pecado entonces todo parece indicar que se convierten en seres humanos. De ahí que los humanos sean seres tan extraños. Aunque eso Josefina seguramente no lo entendía, ni tampoco el pueblo. En cualquier caso, los rasgos ligeramente cíngaros que había en la niña iban extendiéndose como la plaga del pecado, aunque desde el municipio se hubiera dicho que la niña no era cíngara, sino más bien valona, pero procedía de Nyland, el reino de la selva, donde había palmeras y misteriosas enfermedades y monos que trepaban por los árboles, y donde no se habían dado cuenta de que cerca de la costa se hallaba la isla secreta, con el volcán, en la cual se alzaban gigantescos abetos con ramas que eran como los dedos de Dios y un volcán cuya cima se parecía al monte Bensberget, que en invierno se cubría de nieve y luz de nieve, y hasta donde se podía subir con botas de lana por la ladera de la montaña, sin atravesar la dura costra de la nieve, y donde todo era límpido.

La vi por primera vez un día de octubre.

El lago se había congelado. Ella y Johannes llevaban los patines, los que el abuelo había hecho, y bajaban hacia el lago. El abuelo me había hecho los patines mientras seguía siendo mi abuelo, pues era el herrero del pueblo y eso se le daba muy bien. Consistían en una suela de madera en la que había incrustado una hoja de hierro forjado que en la punta se curvaba en forma de gancho, y me los regaló por mi cumpleaños. Pero nunca tuve ocasión de usarlos.

Luego los patines pasaron a Johannes; normal, claro.

Los vi desde el camino. Eeva-Lisa llevaba el trineo con sillín de Josefina, y se empujaba ayudada por el crampón de su bota. Johannes calzaba los patines y se oía su alborozo. A pesar de que todo el lago estaba cubierto por hielo nuevo, no se alejaban mucho de la orilla; la corriente constante mantenía la desembocadura abierta, como siempre, con sus bordes amarillentos. Yo los observaba desde arriba, en el camino, delante de la casa de los Hedman. Parecían hormigas pequeñas, aunque a Eeva-Lisa se la veía más grande.

Al cabo de una hora volví a entrar en casa. Fue la primera vez que vi a Eeva-Lisa.

De vuelta en mi casa, si es que la puedo llamar así, empecé a pensar bastante en

cómo sería Eeva-Lisa. Ocupó mis pensamientos toda la tarde. Es que no se podía ver muy bien desde tan lejos y, además, desde la restitución no nos había apetecido mucho ir a la casa de oración, puesto que a los Hedman les parecía que la gente nos miraba. Pero, aunque no la había visto de cerca, me resultaba fácil imaginar cómo era.

Tenía las mejillas pálidas, unos bonitos ojos oscuros, un poco achinados, una cara como la de un gato y una melena negra y ondulante que llevaba recogida en una coleta. Y nada de lo que luego pude ver me hizo cambiar esa imagen, que resultó ser correcta, cien por cien.

Daba la impresión de que jugaban mucho juntos.

Empecé a espiarlos porque me pareció importante saber cuánto jugaban. En primavera fue más fácil, porque no había nieve en la que se pudieran descubrir mis pisadas. Después del mes de mayo llegó ese verano en el que Alfeld se convirtió en un caballo, pero en septiembre retomé la vigilancia.

Creo que ella entendía que había que proteger a las ranas, porque nunca la vi sacarlas con el cubo al coger el agua de la fuente.

La primera vez que los encontré al lado del taller de cepillado era verano. Quizá fuera en el mes de mayo. No recuerdo haber visto nada de nieve. ¿Agosto, quizá? Estaban sentados en el muelle donde yo solía lavar las sanguijuelas, donde el agua era negra y no te podías bañar por ellas. Crucé la pasarela. Estaban sentados en el muelle. Cuando pasé se callaron, pero Eeva-Lisa levantó la mirada. Así pude cerciorarme de que era exactamente como me la había imaginado.

No le tenía envidia a Johannes por estar allí. La envidia era, según el profeta Ezequiel, casi un pecado mortal. Me lo repetí a mí mismo muchas veces durante los años siguientes. En cualquier caso, no me resultaban nada fáciles todas esas veces que cruzaba la pasarela y los veía sentados en el muelle charlando tranquilamente y se callaban cuando yo pasaba, y Eeva-Lisa levantaba la mirada.

Podía imaginarme que me transformaba en una sanguijuela. A veces me lo imaginaba. Refugiarse en el fondo fangoso, enroscado, pero luego empezar a moverse, y desplegarse, y nadar hacia arriba. Simplemente como lo hacían las sanguijuelas, con movimientos ondulantes. Y de pronto llegar a la superficie, y ver el desconcierto y el terror en sus rostros. Se quedarían de piedra. Luego me daría la vuelta, sin decir nada y sin inmutarme, y me alejaría nadando, para dirigirme hacia abajo y al final buscar refugio de nuevo en el lodo del fondo.

Pero no había justicia. Algunos se encontraban solos, a otros la justicia les asignaba no solo una casa, sino también a Eeva-Lisa y un gato, y en algunos casos un perro. ¿Por qué no había justicia?

Eso se lo debíamos a Dios. Y el Hijo del Hombre no era más que un mozalbete que vagaba por los caminos de Palestina sin apenas tiempo para nadie más que para los que ya no estaban solos.

Era eso de que ella *confiaba* en Johannes. Eso uno se lo perdía, claro. Y él no sabía cuidar bien de las confidencias que ella le hacía, ni tampoco administrarlas.

Buscando en la biblioteca se ve hasta qué punto Eeva-Lisa le hizo confidencias. Aparentemente le ha hablado del establo; aunque él no parece haber entendido muy bien qué estaba diciendo.

«Ella no quería hablar de los dos años que pasó en casa de Elon Renmark en Långviken, pero instada a hacerlo informaba sobre ello charlando como si tal cosa. Tenía once años cuando llegó al hogar de los Renmark, familia que se había apiadado de ella, y trece cuando abandonó la casa. Había sido una familia de bien. Elon Renmark era un hombre corpulento, temperamental, que a menudo lloraba a lágrima viva. Tenía un carácter extremadamente sensible, por lo que pegaba a menudo a sus hijos, pero con consideración y no durante mucho tiempo. Solía llorar de rabia o de emoción: a menudo contaba, por ejemplo, una historia sobre cómo un hermano suyo, durante la comida que tuvo lugar tras el funeral de la primera esposa de Renmark a quien se había llevado el cáncer, cómo este hermano iba a dar cuenta de una pera confitada que había de postre. Sucedió en la comida después del funeral. La pera se servía con salsa. El hermano intentaba acercarse la fruta a la boca con la ayuda de la cuchara, pero esta resbaló y cayó, y cuando trató de cazar la condenada pera confitada, esta resbalaba más que un caballo sin herraduras sobre un lago helado, no hubo manera. En vano estuvo persiguiéndola por toda la mesa mientras los demás invitados contemplaban con ojos preocupados la persecución, paralizados, presos de la más absoluta perplejidad. El desorden total se había apoderado de la mesa y la pera quedó hecha papilla.

La esposa, por tanto, había fallecido de cáncer tras una agonía que duró meses, y hacia el final sufría tanto que berreaba a pleno pulmón, y la historia resultaba muy divertida. Elon Renmark de Långviken poseía un carácter tal que cuando contaba dicha historia se carcajeaba con tanta violencia que las lágrimas le inundaban el rostro. Su cara se empapaba. Se le consideraba un hombre de lágrima fácil y un buen contador de historias. Pegaba a sus hijos para que aprendieran, pero la opinión general era que tenía un gran corazón y una naturaleza muy sensible. Rasgos que manifestaba, por ejemplo, cuando contaba anécdotas divertidas.

Era un hombre fácil de querer por la intensidad de sus sentimientos y por ser de lágrima fácil, y la gente opinaba que cuando lloraba lo hacía por amor.

Su pasatiempo favorito consistía en la vigilancia de los cazadores furtivos, especialmente de alces, misión que le había sido encomendada por el municipio pero de la que este le despojó, aunque no de la escopeta, tras disparar a un hombre que se le antojó sospechoso y herir levemente a Fritz Hedlund de Gamla Fahlmark en el hombro. Hedlund fue absuelto de las sospechas de caza furtiva, aunque, dicho sea de paso, cada uno era libre de pensar lo que quisiera.

De este modo, el derecho a ejercer su principal actividad recreativa le fue

denegado. Ya desde el principio Eeva-Lisa no le había caído mal en absoluto, pero eso podía malinterpretarse.

La familia de Elon Renmark vivía en Långviken y tenía cuatro hijos, todos chicos, y de alguna manera, por el bien de los chavales, él había lamentado que Eeva-Lisa fuera una chica. En ese tema ella no quiso detenerse demasiado. Una noche, más o menos un año después de que la hubieran acogido en casa de los Renmark, la aquejó un fuerte dolor de muelas. Estuvo toda la noche sin pegar ojo y al día siguiente no pudo recoger ni apilar el heno como solía hacer. Apenas era capaz de rastrillar un poco por las cunetas o directamente se quedaba parada llorando. Esa noche también la pasó en vela, y a veces gritaba, por lo que a la mañana siguiente la segunda mujer de Elon Renmark, que era de temperamento más tranquilo que la primera, la que murió de cáncer y que en los últimos tiempos había tenido un carácter irascible, ella fue con Eeva-Lisa en bicicleta hasta Bureå para ver al doctor Östlund, el dentista, a fin de poder recuperar la tranquilidad en el hogar. Östlund provenía de Mjödvattnet, pero había estudiado para dentista en Estocolmo y gozaba de buena reputación por su destreza con las manos.

También se le conocía por tener en un armario una calavera con todos los dientes intactos. Como un ejemplo. Se solía decir que era la única boca con los dientes intactos que jamás había pasado por esa consulta.

Eeva-Lisa se sentó en la silla y Östlund le miró la boca. Se mostró muy descontento con su dentadura, pero aun así le preguntó dónde le dolía. Ella indicó el lugar y el hombre lo confirmó con un movimiento de cabeza al tiempo que constató que así tenía que ser. Luego agarró las tenazas y procedió a sacar el desatendido diente causante del dolor, y acto seguido aprovechó para extraer otros tres en mal estado que estaban detrás del primero y sin duda empezarían a dolerle dentro de poco. No quedaba más remedio, había dicho él, aunque ni Eeva-Lisa ni la segunda mujer de Elon Renmark, que era de temperamento tranquilo, pensaban que estuvieran tan descuidados.

Durante el camino de vuelta, sangraba profusamente, pero no había más que doce kilómetros hasta Långviken.

A pesar del paseo en bicicleta no cesaba de sangrar. Todo el día continuó sangrando, y la niña gemía tanto que los chicos y la segunda mujer de Elon Renmark ya no podían conservar la calma. Por la tarde Elon Renmark se volvió irascible, hasta tal punto que casi se echó a llorar, como cuando relataba la anécdota del hermano y la pera confitada en el entierro de su primera esposa, y bramó, al borde de las lágrimas, que la niña dejara ya de berrear. Así transcurrió la tarde. Al llegar la hora de irse a la cama seguía sangrando, y a la segunda mujer de Renmark, que era de temperamento tranquilo, le entró una gran preocupación y expresó su temor a que el colchón pudiera echarse a perder.

Entonces Elon Renmark cogió a Eeva-Lisa del brazo, la condujo al establo, y la metió junto al ternero donde había mucho heno seco y donde, si le parecía bien, podía

pernoctar.

Allí pasó toda la noche. A la mañana siguiente Elon Renmark se levantó muy temprano, se acercó al establo y se quedó mirándola durante mucho tiempo. Luego sacó el ternero, volvió al establo y no dijo nada.

Esa era casi la única vez que ella recordaba que Elon Renmark había tenido un aspecto amable.

Esa mañana sentía todo el cuerpo exhausto y dolorido. La boca le resultaba rara y vacía. Sentía vergüenza por haber tenido unos dientes tan malos y por que Östlund se hubiera visto obligado a sacarlos, ya que ella los había desatendido. Un año más tarde, Östlund le extraería todas las piezas de la mandíbula superior y le pondría una dentadura postiza. Ella tenía trece años.

Eso fue lo que aconteció aquella vez que pasó la noche en el establo del ternero. Elon Renmark no le había caído mal, pero era de carácter vehemente y lágrima fácil y seguramente por eso pegaba a los chicos. A ella nunca le había pegado. Cuando fue al establo por la mañana había tenido un aire amable.

Así es como Eeva-Lisa llegó a tener dentadura postiza.»

No se podía apreciar que Eeva-Lisa llevaba dientes comprados.

Creo que él miente. Ella no llevaba dientes comprados. En tal caso se habría notado. Lo que tenía, en cambio, era una sonrisa muy bonita y un poco contenida.

Esa es la verdad. Si alguien lleva dientes comprados, se nota. Todo lo demás son calumnias.

La biblioteca: una de las primeras insinuaciones de lo que vendría.

No me dedica ni una sola palabra. Se ha apoderado de la casa verde. Es como escuchar a una parte de uno mismo hablar con tranquilidad y casi desprecio de otro, el originalmente legítimo, como si ese otro no existiera, y cerrar los ojos ante el hecho de que estaba allí como resultado de un intercambio, que yo me hallaba a tan solo medio kilómetro de distancia. Que todo aquello en realidad me pertenecía a mí, pero que habían provocado mi caída del cielo de la casa verde.

Lo cito, íntegramente.

«Subiendo un poco la cuesta, más arriba de la casa verde, se ubicaba la caseta con el leñero y la letrina, o excusado, como nos decían que había que llamarlo. El excusado era el lugar donde se podía leer el *Norran* en paz, y se hallaba unido al leñero. Se encontraba situado bastante en alto: si se abría la puerta se podía recorrer con la mirada todo el valle, y el lago. Allí uno podía estar durante mucho tiempo escuchando a las vacas mugir.

La caseta se dividía en dos partes separadas por una fina pared: una parte leñero, la otra excusado. Sanfrid Gren en Västra Hjoggböle era el único del pueblo que disponía de dos letrinas: o sea, el excusado lo había dividido en dos secciones. Se le conocía por eso. Y no tenía dos porque fuera un hombre redimido, eso lo eran todos, sino porque su padre, el constructor de las dos letrinas, había pretendido dar una impresión de prosperidad. Dos letrinas, evidentemente, eran una señal de que no se trataba de la casa de un pequeño campesino. Y es que eso se podía planificar cuando se construía sin necesidad de ser rico: pues la madera no escaseaba precisamente. Se construían dos letrinas y se esperaba que Dios aportase la prosperidad. Luego, que pasara lo que tuviera que pasar.

Y a Sanfrid Gren le había pasado de todo, contrajo la polio y se hizo zapatero y un día tuvo que acudir al guardia para ser interrogado en lo tocante a ese chaval vecino, el de los Burstedt, que había tenido que bajarse los pantalones. Pero desde que regresó a casa se volvió callado y solo se quedaba ahí sentado con sus piernas tullidas y la barriga colgándole, y se dedicaba a hacer botas de lana. Ahora que lo pienso eran muchos los que en el pueblo se habían vuelto callados. Bien por una cosa o por otra.

En cualquier caso, su casa tenía dos letrinas.

Ser el propietario de dos excusados constituía un acto de soberbia, solía decir James Lindgren, el que leía del libro de Rosenius. Y Dios castigaba la soberbia. Y entonces, por muy dulces que fueran sus palabras, de bien poco servía que el Hijo del Hombre intercediera y le suplicara a Dios.

En fin, la de desgracias que te podían caer encima si te construías dos retretes.

Ese día, del que ahora voy a dar cuenta, me encontraba entre los álamos

temblones donde Josefina había colgado la colada, también esas prendas de punto a las que ella llamaba “hamacas de muñecas”, y que no quería explicar lo que eran a pesar de que no teníamos muñecas. Entonces vi a Eeva-Lisa subir por el sendero.

Puede que hubiera pensado en eso antes. Pero en ese momento me decidí enseguida. Sin duda, precisamente porque ya lo había pensado antes. Lo hice más que nada como una broma, pero aun así me puse nervioso. La seguí sigilosamente hasta la parte trasera del leñero, y entré a través de la trampilla. No había nieve, estábamos en pleno verano, así que nadie sería capaz de descubrir mis pisadas. A los álamos temblones también se les notaba nerviosos, pero les pasaba muy a menudo, de modo que a eso no había que darle mucha importancia.

Llevaba zapatillas de lona.

Oí cómo ella removía entre los periódicos dentro de la letrina, seguro que buscaba en la pila de *Norran* un Popeye que todavía no hubiera leído. Detrás del barril no había ningún tabique, en eso, efectivamente, ya había pensado antes. El suelo del leñero se cubría con serrín, así que no hacía nada de ruido, y además llevaba zapatillas de lona. El corazón me latía bastante fuerte, pero eso no se podía oír, claro, así que esa no era la razón de mi nerviosismo.

En casa no había nadie más que Eeva-Lisa y yo. Josefina limpiaba en el colegio de Västra ese día porque debían fregar todos los suelos antes de empezar el curso. Estaba ocupada con eso.

Vi el agujero, que era el de la izquierda, y también que Eeva-Lisa se había sentado allí. Era como redondo cuando se veía su culo. Nunca se me olvidará, puesto que antes, la verdad, había pensado un poco en ello. Pero ahora por fin lo tenía delante de mis ojos.

Siempre me había preguntado cómo sería. Era muy redondo, en realidad tal y como me lo había imaginado, aunque aún más hermoso, quizá. No creo que realmente hubiera nada malo en mirar, y me parecía casi más hermoso de lo que había imaginado, aunque seguro que constituía un pecado. La cuestión radicaba en si se trataba de un pecado mortal, como ir a la eucaristía sin ser redimido, o sea, un pecado mortal por el que ni siquiera el Hijo del Hombre podía interceder, y que te enviaba al fuego eterno. Quizá lo habría hecho aunque fuera un pecado mortal, pues había pensado mucho en ello, hasta el punto de casi volverme loco. En cualquier caso, era exactamente así de redondo como me lo había imaginado, aunque aún más hermoso.

Luego, cuando ella hubo terminado de hacer pis presencié cómo su culo desaparecía del agujero. Permanecí quieto, sin moverme y respirando con la boca abierta para que no se me oyera.

Y, de repente, llegó el horror.

Vi su pelo, la larga y negra melena que era tan bonita, fui testigo de cómo de alguna manera bajaba por el agujero. Seguida, despacio, por toda la cabeza. Y luego giró la cabeza y me miró a los ojos. Yo estaba entre la leña cortada, con los pies en el

serrín, como una estatua de sal, incapaz de moverme.

Nos miramos durante un breve instante. Sin intercambiar palabra. Luego ella volvió a sacar la cabeza cuidadosamente, y colocó la tapa de madera. Se oyó un crujido como si dejara un periódico. Abrió la puerta, y la volvió a cerrar. Había salido.

Pero no vino hasta la parte de atrás.

Al cabo de una media hora —puede que antes— salí por la trampilla, y bajé hasta la casa. Estaba sentada en la escalera esperándome. No dijo nada, pero me miró con dulzura. Era casi como si me sonriera amablemente, pero no sonreía, y mejor así.

Luego entró en casa. Josefina volvió de la limpieza general del colegio. Eeva-Lisa no dijo nada de lo que había pasado, nunca jamás, pero a veces me miraba con dulzura. Creo que en cierto sentido fue el primer secreto que compartimos. Nunca le pregunté lo que pensaba de aquello, pero cuando compartes un secreto, uno que al principio era tan terrible que casi te morías aunque en realidad fuera muy pequeño, entonces te vas fundiendo un poco con la otra persona. Y ya nunca vuelve a ser como antes. Y luego vienen los otros secretos.»

Ha tachado algunas de las frases. Pero se podía leer de todas maneras.

Hay otra página que habla del mismo suceso. En ella intenta hacerlo más gracioso, como cuando uno se dispone a soltar una mentira bien gorda.

Un día los vi bastante de cerca, cuando acompañé a Sven Hedman a instalar una nueva estufa en la casa de oración.

No sabían que yo los veía. Me encontraba en el interior de la casa de oración, delante de la ventana. Rodearon el escaramujo, en dirección a la fuente, y Eeva-Lisa llevaba el cubo en la mano.

Cuando no puedes dejar de pensar en alguien casi todo el tiempo es como estar tirado en un hormiguero, es horrible, uno no para de imaginarse cosas, como si te quedaras pegado a un palo metido hasta el fondo en el barril del alquitrán, no haces más que dar vueltas y más vueltas, y como resulta tan desesperante, precisamente por eso es imposible pensar en otra cosa, sabes que ella anda por ahí riéndose, y es un tormento. ¿Por qué tiene que ser un tormento? Piensas en toda Eeva-Lisa, desde las uñas mordidas hasta la boca. Y si te dispones a hacer alguna cosa, como preparar la comida, por ejemplo, o lo que sea, entonces sigues siendo como un piojo en un palo metido hasta el fondo en el alquitrán, no, un piojo muere, pero a ti no te queda otro remedio que seguir viviendo, y piensas, piensas, pero es un tormento. Es tan terrible que no te lo crees. Te despiertas y es horrible, y duermes y eso es bueno porque entonces puedes tocarla y charlar con ella, pero, luego, lo peor es cuando estás despierto.

Ojalá no hubiera venido.

Quiero decir: es para volverse orate. Aunque es solo porque piensas, uno no debería pensar, porque acabas como en un hormiguero.

La descubres a lo lejos, al otro lado del arroyo, no puedes cruzarlo para hablar con ella ni un poquito porque temes que quede muy claro que te has metido hasta el fondo en el hormiguero. Y deseas que nunca hubiera venido, porque es como descubrir un hormiguero en el interior de ti mismo, y si lo descubres, es que está allí; entonces nunca jamás te librarás de él, si es que está dentro de ti, y te rechaza, y nunca puedes sentarte a su lado, aparte de aquella vez de los tulipanes que llevaba en la tela del vestido, y al final en el cobertizo de los Hedman, pero nunca, por ejemplo, en la torre de caza; no, allí no, allí no.

Creo que habría podido con el intercambio, casi, si ella no hubiera venido. Es que era tan bonita. Ojalá no hubiera venido.

Me empieza a doler la cabeza.

Cuando me duele la cabeza pienso en los animales para que deje de dolerme. En el gato que se cagó en la cocina económica, en cuando saltó a por un abejorro antes de que lo echaran de casa. En las crías de pájaro que no entendieron que las tapamos con las hojas para abrugarlas por la noche, sino que murieron, aunque no creo que fuéramos nosotros quienes las matáramos. En las ranas de la fuente, donde aprendí a ser cuidador de animales y las protegí. En el ternero del establo que hizo que Elon Renmark tuviera un aire amable. En el caballo que daba una vuelta tras otra y que se lo pasaba tan bien.

¿Se me ha olvidado algo? Seguro. El pájaro entre los cristales de la ventana, y muchas otras cosas también.

Estaba en el interior de la casa de oración oyendo cómo Sven Hedman se ocupaba de la instalación de la estufa de hierro. Me encontraba muy cerca de la ventana, como si no tuviera ningún miedo a que me descubrieran. Rodearon el escaramujo y desaparecieron.

Los pájaros en el serbal, eso se me olvidó. O tal vez es el árbol de la felicidad lo que se me ha olvidado.

«Si el enemigo no ha existido, hay que reinventarlo.»

Bueno, para él es fácil decir eso.

## 2. *El Enemigo es desenmascarado*

Coge el pez por el cuello,  
contra la pared tranquila lo golpea.  
El pez grita, la luna brilla,  
como la cáscara del huevo cruje la cabeza.

Dios, haz que el pez se calle,  
que no se sepa mi vergüenza.  
Haz que el pez no de más coletazos,  
que deje de retorcerse en mis brazos.

Después debería haber pensado: es muy raro lo que pasa. Recibes un golpe, pero nada es irremediable. A veces es tan terrible que solo quieres morir, pero cuando todo alcanza su punto más aterrador sabes que a pesar de todo en cierto modo estás vivo. Lo sientes. De repente notas una punzada, te quema por dentro y luego persiste, como un pequeño y ardiente punto de dolor. Y de esa forma sabes que estás vivo, a no ser que lo ignores y lo pierdas.

No hace falta creer que todo siempre es felicidad, solo entender que siempre existe algo mejor que la muerte. Y luego es preciso conservar aquello que dolía. Carece de sentido esquivarlo, y olvidar, eso es lo que hicimos tanto Johannes como yo. Porque entonces, ¿qué es lo que te queda? Si no conservas nada, es que no te queda nada. Y entonces nada de todo aquello que dolía tenía sentido.

Simplemente dolía. Sin ningún sentido. Y, por tanto, no fuiste más que un ser humano sin sentido.

Quizá sea aquello que dolía lo que constituye la prueba de que al final eres un ser humano.

Me acuerdo de la parábola de la epístola de san Juan en el Nuevo Testamento, uno de los lugares que Sven Hedman y yo encontramos en la Biblia aquella noche.

La parábola es la siguiente. Es Jesús quien narra la parábola del burro y el tarro de miel vacío.

Se acercaba, cuenta Jesús a sus apóstoles, el cumpleaños del burro Ígor y, para darle una alegría, sus dos amigos, Piglet y Winnie the Pooh, pensaron en hacerle cada uno un regalo de cumpleaños a Ígor, un burro bastante callado y pensativo que a menudo lanzaba pesados suspiros. Por eso el cerdito Piglet le compró un globo, y Winnie the Pooh un tarro de miel. De camino a ver a Ígor, sin embargo, a Winnie le entró hambre, por lo que probó la miel, que estaba muy rica; y resultó que antes de que llegaran a la casa de Ígor, el tarro se había quedado vacío. Al lado del osito, el cerdito Piglet iba corriendo con entusiasmo, con el globo en la mano, pero de pronto se tropezó y cayó, y el globo se rompió pasando a ser un pedazo de goma.

Cuando llegaron solo portaban un tarro de miel vacío y un pedazo de goma roto que una vez había sido un globo.

Al entregarle sus regalos, los dos amigos le contaron al burro Ígor lo que les había acaecido. Este contempló los regalos un rato con su habitual mirada triste, y los dos amigos no sabían qué hacer de tanta pena y vergüenza que sentían. Pero de pronto el burro cogió el pedazo de goma y lo metió en el tarro. Y luego, tras un momento de reflexión, volvió a coger el trozo de goma y lo sacó. Y, acto seguido, lo metió de nuevo. Esto, dijo el burro Ígor alegremente a sus amigos, es un tarro muy práctico para guardar cosas. Y este globo roto es una cosa que se puede guardar en este tarro tan práctico.

Y de pronto entendieron que aquello que habían pensado que no era nada ahora era algo, y les invadió una gran alegría.

Así rezaba la parábola del burro y el tarro de miel. Recibes un golpe, pero nada es irremediable. Conservas aquello que dolía, y se convierte en algo más valioso que la felicidad.

Es lo que pasa con la Biblia. Si buscas, encuentras. Y eso te puede ayudar a superar tiempos difíciles. Todos somos tarros vacíos, o globos rotos, cosas que pueden ser muy valiosas, les explicaba Jesús a sus apóstoles.

Desde que Alfile se convirtió en caballo y fue trasladada a Brattbygård, donde murió, yo vivía solo con Sven: y aconteció que, el 4 de junio de 1944, a eso de la una del mediodía, Johannes, al que había visto a menudo pero con quien nunca había jugado debido a Eeva-Lisa, se acercó a mí en el recreo y me dijo que me terminara rápido el sándwich de margarina y la leche y que le acompañara hasta la parte de atrás del colegio, donde estaba la sierra para cortar leña. La escuela era una B2.

Aunque hice lo que me pidió, Johannes no me explicó nada, se mostraba muy callado, pero dijo que quería hablar conmigo el domingo después de misa. Debía encontrarme con él en el bosque, más arriba de la letrina de la casa verde. Me iba a enseñar algo, anunció, pero no quiso contarme de qué se trataba.

Como no quería decirle que no, al final asentí con la cabeza sin hacer más preguntas. Entonces añadió: Si te das prisa después de la oración, llegarás primero.

Me pareció un comentario raro, pero volví a asentir con la cabeza, y acto seguido se marchó.

El círculo negro que había dejado la hoguera de Walpurgis seguía ahí, la hierba aún no había tenido tiempo de crecer para cubrirlo. Johannes se hallaba al fondo de la casa de oración, sentado en el arcón para la leña, y se escapó el primero. Yo había ido solo, porque Sven Hedman era ya casi el único del pueblo que se mantenía alejado del Salvador, cosa que se interpretaba de formas muy diferentes, pero que no se veía con buenos ojos. Me marché rápido.

Me estaba esperando.

Llevaba la camisa de franela y los pantalones cortos. Reconocí la camisa pero no hice ningún comentario. Cuando llegué, no dijo nada, solo hizo una señal con la cabeza indicando el camino, que en realidad no era más que un sendero ancho, que ascendía por la falda delantera del monte Bensberget. Al parecer quería que subiéramos por allí. Y echamos a andar.

Yo conocía muy bien el bosque. Desde allí podías vigilar. Y en él podías ocultarte del enemigo.

Una vez lo dibujé casi con la misma meticulosidad que había empleado en la casa verde. Era importante trazar mapas. Alfile había aprendido de mí a dibujar un mapa de Suecia, con Hjoggböle señalado, cuando estaba a punto de convertirse en caballo. En total concluyó de unos diez a quince mapas quizá, pero si yo no marcaba con un punto donde se hallaba Hjoggböle se enfadaba y se ponía a mugir. Era importante marcarlo, si no, no se calmaba y no podía dibujar. Hice mapas de casi todo, sobre todo del lago con los islotes señalados, y puse especial cuidado en el Islote de los Rusos, donde nunca había puesto el pie, debido a los rusos y las víboras: lo cartografiaba con el máximo esmero, incluyendo la bahía de los intrusos y el volcán y el sendero que pasaba por el desfiladero con el acantilado escarpado y todo lo demás.

El bosque más arriba de la casa verde también lo había dibujado muchas veces.

Desde la casa de oración salía un camino, más bien un sendero quizá, que se hacía cada vez más angosto para, efectivamente, convertirse en un sendero. Johannes lideraba el ascenso, sin revelar sus intenciones con una sola palabra o gesto. Era rubio y llevaba una camisa de franela y zapatos de lona. Josefina seguramente había arreglado la camisa, alargándola, para aprovechar la tela. Desde atrás estuve observando sus orejas. De las que tanto se había hablado en los periódicos, en el pueblo se decía de broma que no cabía duda de que no existían en el mundo otras orejas más estudiadas por los doctores y los magistrados del Tribunal Supremo que las de Johannes y las mías, por las circunvoluciones.

Yo también calzaba zapatos de lona. Idénticos. Pero en ellos nadie se había fijado. Es que había diferencia entre una similitud y otra.

Andaba rápido y de vez en cuando se daba la vuelta, pero no para mirarme a mí. Parecía querer ver detrás de mí. Pero allí no había nadie.

Al final le pregunté qué miraba. No contestó. La siguiente vez que se dio la vuelta volví a hacerle la misma pregunta. En esta ocasión respondió, pero mientras dirigía de nuevo la vista hacia delante:

—Al Enemigo.

Se podía pensar que estaba jugando, o que se había vuelto orate. Pero en su voz advertí que iba en serio. Y orate tampoco estaba. Eso sí que lo sabía, porque entonces en el pueblo se habría hablado de él como se hablaba de Ernfrid Holmström, quien un día se volvió tan loco que tuvieron que llevarle a Umedalen. Ese sí que perdió la cabeza, de eso no cabía duda. Enseguida se enteró todo el mundo. Le habían tenido que atar a una silla en el salón, resultó necesario pese a que solo tenía veinticuatro años y a que era un hombre muy apreciado por sus modales discretos. A todas las preñadas del pueblo se les había advertido que no podían verlo: para que el niño no naciera con una marca en la frente. Pero la única mujer preñada era Malin Häggström y a ella la podían mantener alejada sin ninguna dificultad. Al cabo de seis meses Ernfrid Holmström regresó de Umedalen completamente recuperado. Malin Häggström dio a luz a un niño normal sin ninguna marca, aunque había pasado una época muy preocupada pese a haberse mantenido alejada.

En cualquier caso, Johannes no estaba loco. Pero, de todas maneras, uno se preguntaba qué le pasaba, claro.

Ascendíamos hacia el monte con paso apresurado, al final empecé a sudar, pero no quería quedarme rezagado como un caballo viejo. Subíamos y subíamos. A una distancia de apenas doscientos metros de la cima del monte, donde se alzaba la torre para la caza de alces, Johannes apuntó hacia dentro, por debajo del acantilado y, señalando la boca de la cueva, dijo:

—Entra.

Era la cueva de los gatos muertos.

Allí había habido tres gatos, todos muertos. Al primero se lo habían comido hasta dejarlo bien limpio. Probablemente se trataba de una niña gata, porque era muy bella. Tenía una cabeza muy blanca y bonita. A ella la habíamos apoyado en la pared rocosa, o sea, la pared interior, al fondo, para que pudiera mirar a través de la entrada de la cueva, y ver el bosque y hacia abajo el pueblo. Es que cuando estás muerto, las vistas son muy importantes. Los otros dos, cuyos huesos los bichos aún no habían dejado tan limpios, y que presentaban un aspecto bastante desagradable, los habíamos enterrado en el suelo de tierra, en el interior de la cueva.

Pero todo eso había tenido lugar antes del intercambio, cuando pasábamos mucho tiempo juntos. Hacía ya cinco años. Lo raro era que la niña gata permanecía en su sitio, igual que cuando la colocamos allí, apoyada en la pared. Ahora sus huesos estaban perfectamente limpios, y se la veía aún más hermosa que antes. Miraba el bosque y el valle, y tenía un aspecto tranquilo y bonito.

Johannes se sentó con la espalda apoyada en la pared de la entrada. Se mostraba tan serio que casi daba la impresión de estar nervioso.

—Es que quería que lo supieras tú también. Vienen aquí todos los domingos después de la oración, así que no tardarán en llegar. Vienen cuando se ha acabado la oración.

Yo no entendía nada, y él añadió:

—Me di cuenta de que pasaba algo raro, porque él se hacía todo el camino desde Västerböl, y además no era precisamente alguien que fuera mucho a la oración. Y menos aquí. Así que me pareció raro.

Acompañaba sus palabras con enfáticos movimientos de cabeza.

—¿Quién? —pregunté.

—El Enemigo —constató Johannes.

Creo que por mi cara advirtió que no me enteraba de nada, porque añadió a modo de explicación:

—Lleva a Eeva-Lisa consigo y siguen el sendero hasta aquí. Y luego suben a la torre de caza. Es terrible.

La niña gata seguía contemplando tranquilamente el valle, tan bonita como siempre. Me preguntaba si nos había oído, pero ella hacía como si nada. Aunque también es verdad que así es como actúa uno estando muerto, claro. Pensaba con todas mis fuerzas, todo cuanto podía, pero no llegaba a comprenderlo.

—¿Lo acompaña por su propia voluntad? —quise saber, esperando que él lo negara, porque entonces sí que no entendería nada y en tal caso a lo mejor resultaría que todo se trataba de un juego.

—Van magreándose —informó Johannes—. Quería decírtelo, porque he visto que vigilas.

Me había visto. O quizá Eeva-Lisa le había comentado algo. No desvié la mirada de la niña gata muerta.

—Tú eres el único al que se lo voy a decir —añadió—, porque tenemos que

proteger a Eeva-Lisa.

Entonces comprendí. Y asentí con la cabeza, porque eso era obvio, e igual de importante que proteger a las ranas. Y luego no pasó ni un minuto antes de que los descubriéramos.

Lo reconocí enseguida.

Vivía a unos dos kilómetros quizá, en Västra, pero mucha gente lo conocía, jugaba de líbero y era querido por todos, casi como un modelo para los jóvenes, decían, aunque no se sabía con toda seguridad si estaba redimido o no, es que los de Västra eran menos creyentes que los que vivíamos en Sjön. Johannes tenía razón, resultaba muy raro que hubiera empezado a ir a la oración de Sjön. De complexión corpulenta, poseía un tiro liberador que había salvado al equipo en más de una ocasión. Pasaron a tan solo diez metros por debajo de la cueva de los gatos muertos.

Era a él a quien Johannes había llamado el Enemigo.

En Västra habían empezado a jugar al fútbol hacía años, cuando a alguien se le había ocurrido formar una bola de papel con hojas del *Norran*, apretándolas bien y sujetándolo todo con cuerdas; y así habían seguido jugando hasta que un día se hicieron con un balón de verdad. Se llamaba Lars-Oskar Lundberg y rondaba los veinticinco años, jugaba de líbero gracias a su tiro liberador y su fama se extendía a muchos pueblos, aunque en Sjön no se podía hablar de él si había algún adulto cerca, porque el fútbol era pecado. Debe de ser por eso que Johannes, al ver al hombre aparecer en Sjön para asistir a la oración, comenzó a desconfiar y sospechar que ahí había algo raro.

En nuestro pueblo no jugábamos nunca al fútbol, por razones evidentes. Además, aparte del tema religioso, tampoco había nadie que quisiera ver sus prados pisoteados.

Se me olvidó de inmediato que era un chico querido por todos, y empecé a pensar en él como el Enemigo. Iba cogido de la mano de Eeva-Lisa torpemente y hablaba tan bajo que no se oía lo que decía. No levantaron la vista hacia la cueva. Ella llevaba el vestido de los domingos, el de los tulipanes.

De pronto ya habían pasado. Juntos abandonamos la cueva de los gatos muertos, y fuimos detrás de ellos sigilosamente.

No miraron hacia atrás en ningún momento. Creo que ni se les pasaba por la cabeza que alguien los pudiera seguir. Cuando los perdíamos de vista tras alguna curva, nos acercábamos con mucha cautela hasta que los descubríamos de nuevo, pero como Johannes sabía hacia dónde se dirigían, no nos llegamos a preocupar en ningún momento. Casi todo el tiempo paseaban cogidos de la mano.

Era terrible. No sé en qué consistía lo terrible. Como la tía en la parada del autobús, la que me dio un abrazo a pesar de que Eeva-Lisa lo estaba presenciando. Eso también fue terrible, aunque no se parecía a otros momentos terribles. Cuando vi a Alfild sentada encima de su cama en Brattbygård también fue terrible, aunque no de

esta manera, sino solo terrible. Ahora se me antojaba terrible de un modo diferente.

Johannes seguramente sentía lo mismo. Pero con él me pasaba que nunca me atrevía a preguntarle nada, pese a que era como una parte de mí; fundido a mí por completo, aun así una mitad absolutamente ajena.

¿Por qué tenía que ser así? Un pensamiento que me visitaba a menudo: ¿por qué tenía que ser necesario?

Desde una distancia de unos cien metros aproximadamente los vimos trepar a la torre de caza que se alzaba cerca de la cima del monte Bensberget. Estaba bien construida, es que madera había de sobra.

Se quedaron allí arriba durante una hora. No se los veía, porque la barandilla que había medía un metro de alto.

Pero estoy casi seguro de lo que pasó allí. Él debía de ser tímido. Ella dulce, y envuelta en un aire de soledad. Ella le acarició la mejilla. Y puesto que se hallaban a tanta distancia del suelo, y la temperatura era agradable y soplaba una suave brisa, y se sentían ingravidos, como flotando entre las nubes, como si pudieran dejarlo todo atrás, apartarlo todo, al final, sin duda, debieron de superar cualquier miedo.

Y es que yo lo sé. Ella llevaba el vestido de los tulipanes.

Luego bajaron.

Nunca he tenido miedo a morir. Pero nunca he querido morir, ya que antes quería que todas las cosas se sumaran.

Primero sumar y hacer balance, y listo. Luego puedes dejar de morir. Así que supongo que es por eso por lo que sigo viviendo.

El camino de vuelta lo recorrimos sin cruzar palabra, Johannes y yo.

Después nos sentamos un rato en la cueva de los gatos muertos. Éramos nosotros, y la pequeña niña gata, tan bonita con su blanca cabeza, que no desviaba su pensativa mirada del bosque ni del valle ni del pueblo donde yo una vez había vivido.

¿Qué habrá pensado de nosotros? ¿Qué habrá pensado?

Desde ese momento, Johannes y yo nos veíamos casi todos los días. De modo que yo lo sabía.

Anotó una parte de lo que él sabía en la biblioteca del capitán Nemo. La mayoría de lo que escribe es verdad. Aunque lo más difícil, cómo se debía defender a Eeva-Lisa del Enemigo, parece que se le ha olvidado.

«Durante los días siguientes Eeva-Lisa estuvo callada aunque contenta, pero no habló mucho conmigo. Como si fuera tímida, o como si hubiera perdido el interés. Sin duda la culpa no la tenía ella sino, el Enemigo. Es que era fácil comprender cómo se podía sentir. Josefina no sospechaba nada, y nos habíamos puesto de acuerdo en no contarle nada de Eeva-Lisa y el Enemigo.

Debieron de subir a la torre de caza unas cuantas veces más. Pero luego algo sucedió. Fui yo mismo quien lo descubrió. Me acerqué hasta allí un jueves por la noche y lo vi.

Alguien había serrado la torre.

No estaba bien hecho, así que enseguida me di cuenta de quién era el responsable. Había usado un serrucho de punta normal y corriente, creo: había comenzado por uno de los postes angulares, sin dejarlo caer, porque había empleado la cuña bien, y después procedió con los otros dos, pero con mayor descuido, porque se veían cortes en más de un sitio allí donde había intentado introducir la sierra. Y luego derribó la torre haciéndola oscilar, o sea, más bien fue volcada, como por alguien de una fuerza inmensa. Y cayó hacia un lado.

De modo que esa torre ya no recibiría más visitas.

No entiendo cómo una persona tan débil podía poseer tanta fuerza. Debe de haberlo hecho por la noche. Probablemente, al llevarlo a cabo, sentía mucho miedo, o estaba muy enfadado.

Kalle Burström lo descubrió una semana más tarde. Entonces todo el mundo se enteró. Pude advertir en Eeva-Lisa que se asustó al escuchar la noticia. Quizá fuera por eso por lo que todo se acabó tan pronto entre ella y el Enemigo. Simplemente ya no tenían ninguna torre adonde ir. Además, los dos debían de haberse dado cuenta de lo que había pasado, y por eso se terminó.

En torno a la mesa de la recogida de la leche se debatió el asunto y se llegó a la conclusión de que se trataba de una fechoría. Aunque nadie entendía a qué se debía.

Apenas un mes después, el líbero dejó de aparecer por la casa de oración de Sjön.

¿Qué se puede decir? Desapareció sin más. Como si nunca hubiese existido. Entonces, ¿qué se puede decir?

Y tampoco le dije nada de todo eso a Eeva-Lisa.»

Yo estaba presente cuando falleció la madre de Sven Hedman. De cáncer. Sven

Hedman no quería amortajarla, así que tuve que echar una mano junto con una de las vecinas.

Cuando me pregunto si el intercambio fue justo, e intento pensar que tal vez el Tribunal Supremo y los doctores con sus circunvoluciones auriculares tenían razón, aunque era imposible que la tuvieran, claro, entonces la verdad es que podía tratarse de mi propia abuela.

Le dio un repentino acceso de tos, respiró unas pocas veces y murió. Me encontraba sentado en el rincón, a solas, porque Sven Hedman estaba abatido y había bajado a la cocina. No había nadie más, únicamente ella y yo. Cuando nos ocupábamos de la sábana, sentí que ella se hallaba toda sudorosa, aunque ya casi fría. Fue la primera vez que vi el seno de una mujer. Luego la vecina lo tapó enseguida. Fue solemne y en absoluto terrible.

No comprendía muy bien que la muerte pudiera ser así, quieta y pensativa y solemne. Me parecía muy extraño, como si una persona muerta, solo por hallarse un poco sudorosa y fría a la vez, intentara contar cómo era vivir, o cómo había sido. Vivir era así, pero no me lo dijo hasta que estuvo muerta.

Fui yo quien serré la torre de caza. Pero no tenía intención alguna de avergonzarme por eso. Todos cometemos nuestras fechorías, pero si hay que avergonzarse por todo, entonces, ¿qué vida es esa?

No lo hice de noche, en eso se equivoca, es que él en sus textos siempre procuraba equivocarse un poco para que lo que contaba no quedara demasiado claro. Pero, efectivamente, lo hice con un serrucho.

Eso lo pudo ver por los cortes, supongo.

En la biblioteca la idea de la culpa está muy presente. Pero no creo que haya sido el hecho de que serrara la torre de caza lo que asustó y ahuyentó al Enemigo.

Después vino el otoño. Y el invierno, el peor invierno que se recuerda. Y visitar una torre de caza entonces, ni pensarlo.

Esa culpa, por tanto, la borro.

Culpa y lágrimas. Y ningún Hijo del Hombre por ningún lado. Solo el capitán Nemo, si es que él todavía está dispuesto a ayudar a un pobre como yo, como nosotros, quiero decir.

Existe una gran necesidad de benefactores.

El invierno llegó pronto ese año.

La nieve empezó a caer ya en septiembre, cosa que, por otra parte, resultaba bastante habitual, lo raro era que no paraba. En octubre ya había medio metro de nieve y hacía mucho frío, los estibadores del puerto de Bure tuvieron que abandonar el trabajo un mes antes de lo normal y Sven Hedman estaba preocupado porque la rolliza billetera se había quedado en los huesos, como lo expresaba en las pocas ocasiones que intentaba bromear. La pesada nieve oprimía toda la costa, y los leñadores que tenían que salir al bosque sabían que no solo iba a ser difícil vadearla, sino que también se colaría en sus chaquetones. Pero peor lo pasaban los caballos, que sudaban del esfuerzo y luego les podía dar la tos. Sven Hedman no tenía caballo, claro, pero pensaba mucho en que estos siempre se llevaban la peor parte.

Yo había empezado a visitar de vez en cuando la casa verde, cuando sabía que Josefina no estaba porque había ido al pueblo a trabajar en las grandes hornadas de pan. Es que sabía que a ella se le demudaba el rostro nada más verme y luego se quedaba toda callada, y en el pueblo se hablaba. De modo que era mejor así.

Johannes nunca dijo nada de la torre de caza. Pero Eeva-Lisa cambió bastante.

Pasaba mucho tiempo sola y no se mostraba tan alegre como antes. Un día, cuando entré, estaba sentada en el sofá llorando, con Johannes a su lado consolándola con dulzura. Resultaba difícil entenderla. En cierto sentido era igual que antes, y me acuerdo de lo suave que me parecía su piel cuando en alguna ocasión, de broma, la había cogido del brazo. Siempre olía a jabón y tenía una piel muy suave. Pero había cambiado, sí. Había engordado un poco, no es que estuviera gorda, sino un poco más rellenita, más redonda quizá, en fin, que había echado carnes. Al entrar y saludar solía decirle que «daba gusto que la comida le aprovechara tanto», era un comentario lleno de buena intención, pero me miraba como si hubiera dicho algo malvado. Así que solo se lo dije en dos ocasiones.

Pues eso era lo que se debía decir, para ser amable, a alguien que daba la impresión de estar lozano y bien alimentado.

Pero había empezado a tener mal genio. Aparte de mí y de Johannes, no debía de haber más gente con quien pudiera hablar. Y desde que la torre cayó, y el Enemigo se desvaneció, como si nunca hubiera existido, como si solo fuera algo que Johannes hubiese inventado para dar miedo, o para no avergonzarse, un silencio aún más profundo reinaba a su alrededor.

Un día la encontré sola.

Johannes se había ido a Konsum, o a Koppra, que era como realmente se llamaba, pero me dejó entrar de todas maneras. Tenía ganas de hablar con alguien, creo. Me indicó que me sentara en el banco-cama de la cocina y me enseñó su labor de punto. Se le ocurrió que debía enseñarme a hacer punto, así que no me molesté en contarle que Josefina, mientras fue mi madre, me había enseñado a tejer agarradores.

Ella lo preparó todo, porque eso, dijo, era demasiado difícil para mí. Y luego me dejó intentarlo.

La verdad es que todo me resultó raro. Estaba sentada muy cerca. Llevaba un vestido que había cosido ella misma, me explicó. Era el primero que había hecho sola, o sea, un vestido entero sin la ayuda de nadie, desde la compra de la tela hasta dibujar el patrón y cortarlo y coserlo. Había querido darle una sorpresa a su madre, o Josefina Marklund, como la llamaba cuando se enfadaba, o a veces incluso solo Marklund, su madre iba a alegrarse mucho de que lo hubiera conseguido. Esa era la idea.

La tela resultaba muy agradable al tacto. Pude tocarla. Se trataba del vestido de domingo con los tulipanes. Me quedé mirando las flores durante mucho tiempo y pasé mi mano por ellas. Los tulipanes estaban puestos al revés, de modo que, por decirlo de alguna manera, crecían con la flor hacia abajo. Le pregunté por qué lo había hecho así, siendo lo normal que crecieran hacia arriba. Pero entonces se puso como rara de nuevo, y dijo que Josefina también había reparado en eso. Al cortar la tela, sin querer, había puesto las flores al revés, a eso se debía que las flores acabaran creciendo hacia abajo.

Vaya, para sorpresas así, mejor no haberse molestado, había comentado su madre.

Entonces yo le dije que en realidad me parecía más bonito así. Y que había oído que en el extranjero existían flores que crecían hacia abajo, no por Estocolmo, sino en Nyland, donde también había palmeras y que quedaba muy lejos, al sur de la casa de los Nordmark, mirando desde esa dirección.

¿Por qué todos los tulipanes tenían que ser iguales?, observé yo.

Y entonces me acarició el pelo.

—Tienes el pelo igual de negro que yo —dijo—, pero tu alma debe de ser blanca.

Le parecí muy hábil con las manos. Las cogió para examinarlas. Y me dijo que las palmas eran bonitas y suaves, y que seguramente a eso se debía que fuera tan diestro con ellas y aprendiera tan rápido.

Eso fue todo.

Después, he pensado mucho en cómo estábamos sentados allí mientras practicábamos punto. Aunque me imagino que no nos preocupábamos en absoluto por el punto, ninguno de los dos, sino que apenas podíamos respirar. Es difícil explicárselo a alguien que no lo ha vivido. Y si yo hubiera sido otro, y valiente como Johannes, que era capaz de sentarse a su lado y consolarla con dulzura, eso con lo que siempre he soñado pero que nunca se ha hecho realidad, entonces quizá me habría apoyado en su brazo. Y habría podido sentir en mi mejilla el vestido con la tela donde los tulipanes crecían hacia abajo, hacia la tierra, o el polvo, como se decía en la casa de oración. Y entonces habríamos sido como dos hermanos que buscaban esa tierra en la que solo nosotros y los tulipanes puestos al revés podían crecer, y nos quedaríamos allí abajo, enroscados como sanguijuelas en el fango que cubría el fondo

del arroyo, y nunca, nunca jamás, querríamos nadar hasta la superficie ni crecer, y mi hermana mayor y yo tendríamos nuestros secretos, menos el uno para el otro, y ninguno de los dos jamás abandonaría al otro.

Ella no se llevaba bien con Josefina, comprendí. Como tenían puestas tantas esperanzas la una en la otra, debían de haber acabado odiándose. Si no hubiera habido tantas esperanzas de por medio, seguramente les habría ido mejor. En realidad, nadie se tomaba la molestia de intentar entender a Josefina, quien al fin y al cabo era una mujer muy respetada por todos, y cuando eso ocurre, la verdad es que te puedes quedar muy solo.

Pero me di cuenta de que Eeva-Lisa se puso de alguna manera alegre cuando dije eso de los tulipanes. Digo «de alguna manera», porque ya no podía alegrarse nunca de verdad. Pero algo parecido a una alegría sí que supuso.

De niño había muchas cosas que eran «de alguna manera». Cuando algo resultaba así, había que pensar mucho para comprenderlo; nada era lo que parecía ser.

Mamá se iba congelando, y creo que fue peor cuando Johannes y yo fuimos restituidos. En esa época empeoró, y luego siguió empeorando, y al final acabó congelándose por completo. La vida debía de ser peor para los que se congelaban. Como Eriksson en Fahlmarksforsen al que le cayó el pino y se quedó inmovilizado debajo, y escribió *María querida mía...* con el único dedo que podía mover. Mamá quizá se quedó atrapada por el frío un poco de esa manera, aunque ella no tenía ni un dedo libre, ni nieve en la que escribir, ni a quién escribir *Querido* siquiera. A veces he pensado que ella soñaba con poder refugiarse en la herida en el costado del Hijo del Hombre, calentarse y no pasar frío y sentirse bien, y así descongelarse. Y no tener que pensar en lo que sucedió. Ahora bien, el Hijo del Hombre, claro, no era precisamente alguien que viniera corriendo cuando se le necesitaba, ella también debía de haberse dado cuenta.

Mirara donde mirara, ella veía culpa. Johannes no se convirtió en el adorado hijo ejemplar, y si el elegido no llegó a serlo, las cosas para el rechazado no podían ir más que a peor.

Y al final fue Eeva-Lisa la víctima del mal de ojo. Ella portaba el castigo. Es cierto que siempre iba bien aseada y bien vestida y se le permitía comer toda la comida que quisiera, esos aspectos los cuidaba Josefina mucho. No la había acogido por la mísera suma de dinero que pagaba el municipio, desde luego que no.

En absoluto. Cosa que bien se ocupaba Josefina en recalcar. Y como el Hijo del Hombre no quería abrir su herida en el costado, no le quedaba otra que quedarse ahí a la intemperie insistiendo.

A medida que iba instalándose el invierno pensé mucho en Eeva-Lisa.

La nieve caía y caía, al final estábamos envueltos como las moscas en la guata entre las ventanas, una guata que, de eso estoy seguro, había sido puesta allí por Dios como polvo para las moscas. Dios se mostraba misericordioso con las moscas y les ponía guata en la que podían descansar hasta mayo, cuando las recogía con la escoba,

pero con la gente se mostraba más bien taimado, nunca llegué a entender a Dios.

Un día a principios de noviembre me encontré con Eeva-Lisa en la parada del autobús del correo. Yo iba a recoger la saca a la puerta del coche para luego subirla a la casa de los Sehlstedt, en cuya cocina se dejaban las cartas encima del banco-cama para que todo el mundo pudiera pasar por allí a retirarlas. Yo acostumbraba a recoger la saca y subirla. Pero Eeva-Lisa nunca iba a buscar el correo. Sin embargo, ahora se encontraba allí. Como si hubiera estado esperándome.

Y dijo: Tienes que ayudarme.

Me pedía ayuda a mí. No a otro. Ni siquiera a Johannes, eso era lo más raro de todo, como si él no hubiera existido, aunque fuera tan guapo y tan querido por todos. Y no me molesté en hacer preguntas, pero a veces pienso que a lo mejor se debió a aquello que le dije de los tulipanes.

Ella quería ayuda. Fue así como empezó realmente lo terrible.

Al día siguiente ella recorrió a pie todo el camino aún sin despejar de nieve hasta la casa de Sven Hedman. Yo me hallaba solo, porque Sven había salido a serrar hielo para el sótano de hielo en casa de Petrus Furtenback, ese al que un día habían pillado bebiendo cerveza. ¿Pero qué se podía esperar de un hombre con semejante nombre?, decía la gente a menudo.

Esa historia se la conté a Eeva-Lisa cuando vino, y al acabar me reí a carcajadas. Creo que ella comprendió cuán nervioso estaba. No, nervioso no, asustado. Continué contando cosas sobre Petrus Furtenback. Ella no se reía.

Cada vez tenía más miedo. Estábamos sentados en la cocina y yo insistía, pero ella no quería un trozo de bollo con un terrón de azúcar, ni tampoco zumo de arándanos.

Y de súbito me dijo: Creo que estoy preñada.

En la Biblia familiar en la casa verde —los Hedman no tenían una— había ilustraciones que miraba a menudo, pese a que con toda seguridad habrían representado un pecado de haber estado en otro libro. Lo pecaminoso casi siempre tenía que ver con las mujeres, puesto que no era difícil que ellas, a su manera, te gustaran, casi eran bonitas. Había, por ejemplo, imágenes pecaminosas también en el catálogo de venta por correo de Åhlén & Holm, publicación con la que habían pillado a uno de los chicos de Burstedt en la letrina, mientras miraba las fotos, y se había olvidado de echar la aldabilla por dentro, y después, en la casa de oración, de modo que todos pudieran oírle, había tenido que pedir perdón a Dios por haber pecado. Pero es que el catálogo ese no era la Biblia, claro.

La Biblia, evidentemente, nunca podía ser pecaminosa, en tal caso era la suciedad en uno mismo lo que la manchaba y la convertía en algo pecaminoso. Se diferenciaba entre dos tipos de pecados, los que se podían perdonar, y los que te condenaban irremediabilmente al fuego eterno. No sé si era un pecado mortal ensuciar las

Sagradas Escrituras con pensamientos impuros, pero el día en el que el mayor de los Burstedt confesó su falta en la casa de oración, su madre le preguntó después al predicador si eso se debía considerar pecado mortal, o sea, eso de tener pensamientos impuros, y quizá ponerlos en práctica, no entró en detalles sobre el tipo de práctica al que se refería, mientras se miraban los anuncios de sujetadores en el catálogo de Åhlén & Holm. Pero a eso el predicador, era Bryggman, había contestado de forma negativa. El hijo mayor de los Burstedt estaba perdonado.

O mejor dicho: al principio, el predicador Bryggman había dudado y se había quedado meditabundo explicando que había que dejarlo estar. Pero la madre se echó a llorar insistiendo en que no quería que el asunto se prolongara más. Entonces el predicador constató que, a pesar de todo, debía considerarse como un pecado ordinario, y que había sido perdonado. Ella alabó a Dios y acto seguido se marchó a casa a limpiar las porquerizas.

En cualquier caso, creo que al tratarse de la Biblia debía de ser peor. Después, me costaba conciliar el sueño y le rezaba mucho al Hijo del Hombre cada vez.

Tampoco pensábamos tanto en eso, pero la verdad es que las mujeres suponían una tentación precisamente por ser tan bonitas. En la Biblia, o sea, en el Antiguo Testamento, había ilustraciones del diluvio, de las olas enormes que se llevaban por delante a unas mujeres casi desnudas, que seguramente morían ahogadas. Como Erik Lundkvist de Gamla Fahlmark cuando se ahogó en Sjöbosand y su mujer, que estaba allí con él y los niños ese domingo por la tarde, sentados todos a la orilla del lago, se volvió como loca y las mujeres que se encontraban a su lado la tuvieron que consolar. Lundkvist se tornó azul. Y también había imágenes de leones que se comían a mujeres, también casi desvestidas, y otras cosas más.

Que Dios hubiera creado algo como el cuerpo de la mujer. ¡Y que luego no se pudiera pensar en ello! Quizá se podía pensar en ello y luego esperar que no se tratara de un pecado mortal que te enviaba irremediabilmente a las llamas eternas.

No sé por qué digo esto. No sé por qué le conté esas historias sobre Furtenback. Debía de estar nervioso. Pero sé que casi me volví loco cuando lo dijo.

Ella volvió a casa abriéndose camino a través de la nieve a plena luz del día.

Había hablado y hablado, pero es que yo no sabía qué aconsejarle. ¿Qué le iba a decir? Yo no era Johannes, ni tampoco el capitán Nemo, y al Hijo del Hombre, como siempre, no había quién lo pillara, y, además, él podría chivarse a Dios. ¿Por qué me lo contó a mí? No a Johannes, ni al Enemigo, ni a Josefina, sino precisamente a mí. Y la única, me decía yo después, la única culpa que podía corresponderme, era el hecho de que había derribado la torre de caza.

Por la noche, a pesar de todo, invoqué al Hijo del Hombre, quien no obstante, como venía siendo habitual, no tenía tiempo; sin duda estaba muy ocupado apiadándose de todos los demás que había en el mundo. Entonces invoqué al

Benefactor, quien se había apiadado de los desamparados y náufragos en la isla Franklin cerca de la costa de Nyland, el capitán Nemo.

Y el capitán Nemo tenía tiempo. Típico. Vino a mí por la noche y me hablaba a fin de calmarme y consolarme.

Querido mío, dijo el capitán Nemo, debes serenarte. Dios aún no se ha enterado, y el Hijo del Hombre no dispone de tiempo, ya que está ocupado toqueteándose la herida que tiene en el costado para que no se cierre y todos los que quieran puedan refugiarse allí. Pero nadie te puede quitar a Eeva-Lisa. Ella se halla en el más profundo desamparo, y ahora te corresponde a ti ser su benefactor.

¿Pero y qué pasa con el líbero de Västra, ese tipo tan querido por todos, el Enemigo, porque quien la ha dejado embarazada debe de ser él?

En ese instante una especie de clarividencia atravesó la mirada del capitán Nemo y anunció: Creo que se ha ido al sur, hacia Umeå, donde tiene un primo que es brigada en el regimiento que hay allí. Está sopesando alistarse en el ejército. Me da la impresión de que ya no quiere saber nada de ella. Y no debes culparle por eso. Sino que ahora te toca a ti ser su benefactor, para aliviar su profundo desamparo.

¿Pero, y Johannes?, pregunté.

En ese momento el capitán Nemo se desvaneció y ahí en la cama quedé yo, temblándome todo el cuerpo.

Si al menos no hubiera nevado tanto... Era como si Dios se dispusiera a preparar la muerte de las moscas que estaban atrapadas entre los cristales de las ventanas. Yo había prometido verla al día siguiente.

¿Qué clase de vida es esta cuando el Hijo del Hombre se mantiene alejado? ¿Y el capitán Nemo tampoco sabe qué hacer?

Y me dice que ella no tiene a nadie más.

Eeva-Lisa había dicho que con toda probabilidad no se atrevería a ir a misa el domingo, y que definitivamente no iba a ir a la reunión juvenil el martes, ni tampoco el viernes. Porque no le cabía duda de que todo el mundo descubriría que había pecado.

Y eso que no se notaba. Aunque quizá pensaba que se podía leer en sus ojos.

Ahora, dentro de poco.

Eso lo escribo siempre cuando aquello queda muy muy lejos. O cuando tengo miedo de llegar.

En la biblioteca a veces ha intentado escribir con mi letra, pero se nota que es él. Le ha rezado al capitán Nemo, él también. Aunque él sí ha recibido respuesta.

«En plena noche, después de que Eeva-Lisa se hubiera ausentado unas horas para contar eso que yo ya conocía, vino a verme el capitán Nemo. Era mi benefactor, y yo sabía que debía mostrarle una profunda gratitud. Por lo que le pedí que me guiara, porque no sabía qué hacer.

¿Cómo íbamos a remediar la desgracia de Eeva-Lisa, que pronto sería evidente para todo el mundo?

El capitán Nemo tenía barba blanca y parecía envejecido, la larga soledad en la embarcación submarina había dejado huellas en su rostro. Cuando terminé de decirle lo que quería, me respondió:

—Johannes, no se trata de su sufrimiento, sino del tuyo. Has de traicionarla.

Le pregunté qué tipo de miserable consejo era ese de parte de un benefactor que siempre había mostrado benevolencia para con los colonos náufragos en la isla Franklin. A lo que contestó que solo había tres tipos de seres humanos: los verdugos, las víctimas y los traidores. Quise saber qué tipo era yo. Pero eso, respondió, no me lo quería revelar. Me eché a llorar. Llevaba barba blanca y era mi benefactor, pero estaba seguro de que me había condenado al papel de traidor. Le dije que en cualquier caso no me consideraba un miserable Judas. Me respondió que el traidor también es un ser humano, que el cuerpo tiene muchos miembros, la mano no puede ser el ojo, el débil necesita al fuerte, pero sin el débil el cuerpo muere, debemos proteger a los traidores como si de ranas se tratara. ¿Cómo podía decir eso? Yo no quería ser condenado a cometer traición. Sin embargo, añadió con su sonrisa triste y extrañamente diferente, no solo eres traidor, sino también verdugo y víctima. ¿Entonces lo soy todo?, pregunté sollozando.

Sí, me contestó, como todos los demás seres humanos, lo eres todo.»

Uno siempre espera un milagro.

Quien no conserva la esperanza, seguramente no es un ser humano. Y, pese a todo, uno sigue siendo una especie de ser humano, ¿no?

### 3. *Lo que aconteció en el leñero*

Eeva-Lisa, hermana mayor,  
hallada una noche en el leñero.  
Muy quieta, muy triste,  
cual pez congelado en el abrevadero.

Alrededor de las ocho de la tarde del 3 de diciembre Eeva-Lisa vino a verme, y quería hablar conmigo, en el zaguán.

Por lo visto Josefina había advertido algo. ¿Por qué?, de eso no habló al principio. Pero había caído en la cuenta de algo, y luego se había enterado. Ese era el breve contenido de lo que me contó, cosa que no resultaba tan fácil de contar. Ni tampoco tan breve.

Johannes mentía bastante, eso lo he comprendido ahora, cuando me encuentro sumando las cosas, intentando atar todos los cabos.

En realidad, mucho de lo que dejó tras de sí en la biblioteca no son evasivas ni mentiras. Sino más bien parábolas, como las de la Biblia, las que usaba el Hijo del Hombre cuando tenía demasiado miedo de Dios, quien, evidentemente, le castigaría si dijera las cosas tal y como eran.

Aun así, no creo que Jesús, a pesar de todo, fuera mentiroso ni timorato. Era como Johannes, solía pensar yo cuando sabía que tenía que ocuparme de proteger.

A veces era importante proteger otras cosas que no fueran ranas.

Luego, claro, uno podía leerlo como quisiera: muchos circunloquios, y un pequeño núcleo de verdad que él mechaba como la panceta frita en el *palt*.

Hay que cortarlo, y abrirlo.

Hay una historia que ha escrito sobre Eeva-Lisa y cómo ella robó una moneda de veinticinco céntimos, y lo terrible que fue; ha tenido que pasar mucho tiempo para que yo comprendiera qué pretendía ocultar.

Los tres habían tenido que arrodillarse delante del banco-cama de la cocina y cantar un salmo, y luego juntos le rogaron a Dios que se apiadara de ellos y que no permitiera que el contagio del pecado se transmitiera al hijo inocente.

El contagio del pecado era la moneda de veinticinco céntimos. O sea, el hecho de que ella la hubiera robado.

Aunque puede que no fuera tan sencillo. Él seguramente escribió una parábola que hablaba del arrodillamiento delante del banco, la parábola de la moneda robada, y la idea era que tratara de la vieja madre en la casa verde y su odio irracional hacia Eeva-Lisa.

Que el contagio del pecado no se extienda.

No, quizá no era así de sencillo. Ese es el problema de toda la biblioteca del capitán Nemo, está llena de parábolas. Y al final lo descubrí.

«Biblioteca». «Señal». Todas las palabras que eran parábolas. Sin duda esa es la razón por la que se atrevía a entregarme sus parábolas, a mí. Alguien que quizá las entendería, pero que nunca jamás se atrevería a revelar el contenido.

Nunca le perdoné a Josefina que me hubiera intercambiado. Ni lo que le hizo a Eeva-Lisa.

Pero quizá lo que hago es eliminar todo lo demás que también suponía Josefina, todo aquello que podría brindar explicaciones. Lo hago desaparecer para que quede simple y blanca e invisible; como cuando se escribe algo en la nieve con el dedo índice para luego borrarlo con la mano.

Uno puede imaginarse que me hubiera escrito las palabras *Querido mío*, en la nieve con el dedo, como si fuera un leñador inmovilizado y muerto por un árbol caído, seguidas de un mensaje que eliminaron los benefactores supervivientes. Así quedó borrado para Josefina, y así fue borrada ella.

¿Qué podía contestar ella entonces, cuando se trataba de una pregunta que yo me negaba a ver?

Se contaba que llegó a casa en el último autobús, la noche de ese día, o sea, el día que murió mi padre: en aquel entonces yo solo tenía seis meses, así que no me acuerdo.

La habían dejado junto al taller de cepillado de madera; era marzo, por la noche, tarde, y todavía había una nieve bastante profunda, y el chófer, era Marklin, se volvió hacia los pasajeros y preguntó si no había nadie que pudiera apiadarse de ella. Pero ella no quiso que nadie lo hiciera. Luego subió atravesando la profunda nieve hacia el lindero del bosque donde se encontraba la casa verde.

La casa estaba a oscuras.

El tremendo primer paso hacia la larga soledad: como el paso vertiginoso hasta un inmenso vacío.

Si ella sabía lo que significaba ser abandonado, ¿cómo pudo abandonarme a mí?

Aunque la verdad es que yo bien podría habérselo preguntado.

Ella les había llamado a la cocina, a Eeva-Lisa y a él, los sentó en el banco-cama, acercó una silla y tomó asiento frente a ellos, y empezó el interrogatorio.

Había llegado a su conocimiento, a través de Selma Lindgren, por cierto, que Eeva-Lisa había sido vista en compañía de un líbero querido por todos de Västra Hjoggböle, del que se decía había marchado del pueblo para comenzar a trabajar en Umeå y que ahora vivía en Teg, y que había habido tocamientos a escondidas, aunque aun así habían sido vistos, y ahora quería saber de boca de Eeva-Lisa si eso era verdad, y si el chico podía añadir algo, y si estaba al tanto. Entre cuatro pares de ojos, y el cuarto par correspondía a Dios, pedía sinceridad en la respuesta. Había acogido, recalca, a Eeva-Lisa en su casa apiadándose de una niña huérfana, de cuya madre se sabía que se trataba de una mujer entregada a la lujuria. Pero que no había tenido ninguna intención de apiadarse de la propia lujuria. A esa no la quería dejar entrar en su casa. Nunca.

Por su parte, él no se atrevía a pronunciar palabra, y Eeva-Lisa se había quedado allí sentada con los labios apretados como si estuviese enfadada o perpleja, y Josefina repitió su pregunta, si entre ella y ese hombre de Västra había habido tocamientos.

A lo que Eeva-Lisa no respondió más que:

—Tocamientos no ha habido.

La mujer repitió una vez más su pregunta, que se hacía ante Dios, si había habido tocamientos. Y Eeva-Lisa repitió su respuesta:

—Tocamientos no ha habido.

Y más que nada parecía enojarse por la palabra usada.

Acto seguido llegó la pregunta de si Eeva-Lisa quizá consideraba que Selma Lindgren era una mujer que acostumbraba a difundir mentiras. En tal caso podría llamarla como testigo. Tras lo cual Eeva-Lisa abrió la boca una vez más, como para insistir en el hecho de que no se habían producido tocamientos, puesto que parecía ser precisamente esa palabra la que no resultaba de su agrado, pero volvió a cerrar la boca sin decir nada en absoluto, ni de Selma Lindgren ni de la cuestión de los tocamientos. Al final, en cualquier caso, reveló:

Sea como sea, ahora se ha acabado.

Se quedaron callados durante mucho tiempo reflexionando sobre lo que ese comentario podría significar. Luego mamá se volvió a Johannes y quiso saber si él había estado al corriente. Por lo visto no necesitaba más información sobre los tocamientos. Tocamientos era lo que había habido, por mucho que a Eeva-Lisa no le gustara la palabra.

Tras esto hubo unos instantes de silencio. Y fue entonces cuando Johannes lo dijo. Lo lanzó a bocajarro, directo al aire en medio del silencio sepulcral que se había instalado en la cocina.

—Aunque a mí me ha dicho que está preñada.

Esta vez el silencio reinó durante mucho tiempo, como después del trompetazo de un ángel. Mamá, prácticamente petrificada, fijó la mirada primero en Johannes luego en Eeva-Lisa. Preñada. O sea, fornicación. Y Eeva-Lisa no intervino tachándolo todo de mentiras y acusaciones falsas. Fue entonces cuando mamá se echó a llorar.

¿Cómo pudo decirlo? ¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo?

Eeva-Lisa seguía allí sentada, sin moverse, pero se mostraba muy rara, como siempre cuando se quedaba perpleja o presa de la desesperación, ¿tal vez no había oído lo que él dijo? Después él podría pensar que quizá no lo había oído. Pero no. La cocina de la casa verde era grande, cierto, como todas las cocinas de pueblo, pero no tanto. La cocina era normal, solo el color de la casa resultaba extraño. Y lo había dicho con una claridad absoluta.

Eeva-Lisa se había vuelto hacia él, al apagarse el trompetazo, como si, ya demasiado tarde, hubiera querido pedir ayuda, o clemencia, o como si aún no lo hubiera comprendido del todo.

Pero ya lo había dicho.

Mirarlo no servía de nada. Ella tenía unos ojos marrones muy bondadosos, y era su hermana mayor, que jugaba con él. Y estoy seguro de que la quería muchísimo. Y aun así lo soltó.

Ojalá se hubiese mordido la lengua, partiéndosela en dos para luego tirarla en una esquina como si fuese un desecho de casquería. Ojalá hubiese cogido el cuchillo para cortarse la miserable lengua.

Ojalá no lo hubiera dicho.

Me imagino que la quería con todas sus fuerzas, y estaba celoso, o la odiaba, ya que lo había abandonado. O algo así.

Es que uno siempre intenta inventarse alguna explicación, cuando ya es demasiado tarde. Y ya se ha dicho.

Pero no se había cortado la lengua. Y, así, sucumbió a su tentación.

Y lo soltó.

Debió de ser por amor. Es la única explicación que se me ocurre. Y Josefina se echó a llorar.

Nadie recuerda haberla visto presa del llanto antes.

Excepto aquella noche en la que bajó del autobús junto al taller de cepillado y el chófer, era Marklin, se había vuelto hacia los pasajeros para preguntar si realmente no había nadie que pudiera apiadarse de la mujer. Aunque ella no quiso.

Pero aparte de aquella vez: nunca.

Y es que no se puede saber lo que ella pensaba. Quizá no pensaba nada. Más bien, quizá, las cosas se sumaban por sí solas. Y para que las cosas se sumen, no siempre hace falta que uno reflexione. Solo se necesita recordar lo que ha pasado. Para eso no hace falta reflexionar.

Debe de haber sumado a papá, que murió aunque era tan joven, y la noche en la

que ella regresaba en el autobús y Marklin se había vuelto pidiendo que alguien se apiadara de ella, aunque ella no quiso. Y sin duda estaba avergonzada por haber llorado tanto en el autobús. Y la nieve tan profunda que tuvo que atravesar al subir hacia la casa verde esa noche. Y luego la casa verde que estaba a oscuras. También contaba la casa verde, tan recientemente construida, y con el serbal que era un árbol de la felicidad, plantado hacía muy poco bajo la escalera de incendios que papá se había asegurado de dejar bien clavada por si acaso. Y después su primer niño, que permaneció en el útero durante dos días, del revés, mientras gritaba como una posesa y la comadrona tenía trabajo en Långviken y no aparecía. Y cuando llegó, lo hizo renegando (ella misma lo ha contado). Y al final resultó que era demasiado tarde; pero se bautizó al cadáver con el mismo nombre que luego me pusieron a mí (por tanto he llevado un nombre de cadáver durante toda mi vida).

Habían sacado una fotografía mortuoria cuando el niño se hallaba en el ataúd, como los restos de una manzana; en realidad, en cierto sentido, quien estaba allí era yo, pero él murió y luego ella me rechazó. Como a un ternero con tres patas.

Todo eso se iba sumando a su balance.

No intento disculparla. Solo digo que así hacía balance, porque así es como los seres humanos vamos sumando. Y el intercambio entre Johannes y yo también se incluía. Así como que se avergonzara ante mí por no haberme querido retener, mísero de mí. Y, por tanto, también contaba el hecho de que, pese a que Johannes era tan bonito, tras el intercambio las cosas no salieron quizá exactamente como ella se había imaginado. Sin duda se esforzaba por pensar todo el tiempo cuánto se iba a alegrar de haber recuperado al hijo pródigo, que había sido condenado, pero recuperado, porque eso estaba escrito en la Biblia. Y por pensar que él era, en realidad, su único y verdadero hijo.

Pero no lo sentía realmente así, a pesar de todo.

A veces creo que me quería en secreto, aunque no fuera tan bonito y fácil de querer como Johannes. ¿Por qué, en realidad, debe uno ser guapo y popular? Ella pensaba sin duda que yo, pese a todo, de alguna manera, me había refugiado en la herida del costado del Hijo del Hombre. Y cada vez que quería ocultarse allí, cuando le pesaba la tristeza por todo lo que había perdido, allí estaba yo.

Seguramente era por eso por lo que se le ponía una cara tan rara, como una pasa, al verme después.

Hoy creo que era así como ella pensaba. Pero en aquella ocasión no se lo pude preguntar.

Así las cosas se le fueron sumando. Todas, en un instante, ese terrible y breve instante en el que Johannes dijo que Eeva-Lisa le había contado que estaba preñada.

Uno se puede congelar. Ella se congeló. Pero ¿por qué?, eso quizá no haya manera de saberlo del todo.

Verla sucumbir al llanto fue terrible.

Aquellos que lloraban todo el tiempo, con ellos resultaba natural. Pero con ella no.

En nuestro pueblo no era muy habitual ver a la gente llorar. Se había vuelto así, no muy habitual. A eso se debía que gustara tanto oír de las lágrimas y la sangre del Esposo en la casa de oración.

Quizá habría sido mejor si hubiera sido al revés. Quiero decir: si Jesús apretara los dientes, y los del pueblo lloraran.

Una vez que había dejado de sollozar y empezado a apretar los dientes como era habitual en ella, les ordenó que se arrodillaran delante del banco.

Johannes a su derecha, Eeva-Lisa a su izquierda.

Y luego los guio en la oración.

Ocurrió exactamente como él más tarde lo describiría en la biblioteca. Solo el tono resulta falso, advierto ahora esta noche al leer el texto de su alegato. A su manera bien descrito, aunque en el tono equivocado. Y el pecado equivocado. Por tanto, mal. Aquel matiz un poco humorístico que hay en el tono, para mechar una traición como la panceta frita en el *palt*.

«Sí, en efecto, lloraba; no falsas lágrimas de cocodrilo sino auténticas lágrimas de tristeza o inquietud o indignación. Y sus lágrimas me afectaron de una manera especial, como si hubiera querido consolarla en su tristeza al tiempo que gritar sordamente mi oposición contra las lágrimas y la oración y el salmo y esa solemnidad que había en la cocina. Y mientras las lágrimas corrían por sus mejillas ella seguía rezando, con mayor entusiasmo, como si, indignada, quisiera explicarle al Dios todopoderoso que nosotros nunca, en esta casa verde, nunca jamás habíamos sido ladrones, nunca habíamos tomado los bienes privados que nos eran ajenos ni habíamos robado monedas. Querido Señor Jesucristo, continuó tras una breve pausa para tomar aliento, tú vigilas sobre todos nosotros en toda tu bondad, tú ves a aquellos que se consumen en este mundo del pecado y que sufren por ello, toma a esta Eeva-Lisa en tus manos y guíala por el camino correcto a fin de que no se convierta en una de esas pobres desgraciadas que entregadas a una vida errante arrastran los pies y viven en pecado. Tú sabes querido Jesús que la semilla del pecado ya está sembrada en su corazón pero no dejes que el pecado de Eeva-Lisa contagie a los niños inocentes. Sí, ella lloraba, en parte por el dolor de Eeva-Lisa y su hurto, en parte por la inquietud y angustia de que la semilla del pecado se transmitiera con el viento desde ese joven aunque ya podrido grano de trigo hasta su propio niño, y así sembrar el mal en él. Y, por tanto, allí fue a por todas y añadió: Y así pues, Señor Jesús, Salvador del mundo entero, ayúdame para que el contagio del pecado no se propague a Johannes, querido Jesús, ruego que vigiles con tu bondad que él no sea igual a la Eeva-Lisa. Por la sangre, amén.»

Pero no fue así. No era una moneda de veinticinco céntimos lo que había hurtado. No había robado nada de nada. Estaba preñada. Y esa noche Johannes la había traicionado. Y mamá lloraba. Pero así no fue.

No pasó así. Ella rezó, eso es correcto. Y cantó un salmo, «Yo soy un huésped y un forastero», quizá por pura desesperación.

Pero fue él quien traicionó a Eeva-Lisa.

Ella rezó, eso es correcto.

Con los ojos fuertemente cerrados, como si hubiera deseado que la oscuridad interior fuera tan profunda que de repente no le quedara más opción que estallar en pedazos. Por el rayo de clemencia que penetra la oscuridad. ¿Podía esa inmensa oscuridad, quizá incluso peor que la que sintió al dar el primer paso hasta la soledad vertiginosa aquella noche en la que el autobús la dejó junto al taller de cepillado, y el chófer, era Marklin, preguntó si no había nadie que pudiera apiadarse de ella, podía esa oscuridad ser penetrada por la clemencia del Hijo del Hombre?

Y redimirla de todas las cosas sumadas, a las que ahora se había unido definitivamente ese niño que ella entendía, aterrada, crecía en el cuerpo de Eeva-Lisa, y que se uniría y se convertiría en un hermano de los otros tres niños que ella misma había perdido.

El primero, que nació muerto, que fue bautizado siendo cadáver pero que nunca vivió. El segundo, Johannes, que tenía un nombre que ella no había podido elegir, pero que debería haber sido el mío. Y yo, que había recibido el nombre del niño muerto. Tres miserables hermanos, y ahora a ellos se uniría el cuarto.

Otro más en la serie de niños perdidos.

Por la noche, a oscuras, él salió hasta la despensa, y cortó un trocito del pan de azúcar. Luego se acercó al banco-cama donde descansaba Eeva-Lisa.

La luna brillaba sobre el lago. La nieve había dejado de caer. Luz de nieve como durante el día. Ella no se había dormido.

Los ojos oscuros. Fijos en él. Respiraba imperceptiblemente, como si durmiera, pero los ojos estaban abiertos. Él extendió la mano, sostuvo el trozo de azúcar delante de su boca. Esperó mucho tiempo. Los labios de ella se veían secos, un poco mordidos. Él esperaba que sus labios al final, casi imperceptiblemente, se separaran: y con la punta de la lengua ella rozara, suavemente, la superficie blanca y fragmentada del pan de azúcar.

Pero ella no la rozó.

Me lo imagino delante de la ventana del dormitorio esa noche, paseando la mirada por el valle.

Claro de luna, inmensamente blanco, el valle envuelto en nieve. Silencio absoluto, ningún arpa celestial cantaba. Delante de la ventana el serbal, que era un árbol de la felicidad, cubierto de nieve y de bayas, pero ni un solo pájaro.

Llegó la Navidad.

No supe nada de ellos. Ella no vino.

Alrededor de la una, la noche entre el 4 y el 5 de enero alguien llamó a la ventana de la cocina en la casa de Sven Hedman: yo estaba acostado justo debajo, por lo que me desperté enseguida, aunque los golpecitos sonaban muy débiles.

Al principio no comprendí nada. Luego los golpecitos se repitieron, y me levanté para mirar fuera.

Era esa noche en que la luz de la luna sucedía a una enorme nevada. En torno a quince grados de frío y claro de luna. Sven Hedman dormía solo en el cuarto pequeño. Podía oír que estaba durmiendo.

Miré por la ventana. Era Eeva-Lisa. Se había puesto la zamarra, pero llevaba la cabeza descubierta. Entreabrí la puerta del zaguán y le pregunté qué pasaba. Sin pronunciar palabra se abrió paso por el hueco y se sentó en el frío zaguán. Cerré esa puerta, y la de la cocina también. Sentada en el suelo me miraba fijamente.

Al entrar había traído consigo un poco de nieve.

—Algo no va bien —dijo—. Me duele la tripa.

Entré sigilosamente para ponerme las botas de lana y el chaquetón de Sven Hedman. De su cuarto salían pesados ronquidos. Me había fijado en que ella no llevaba manoplas, así que cogí un par, eran de las que tenían un agujero para el dedo que aprieta el gatillo. Ella cerró los ojos y se veía que le dolía.

¿Qué iba a hacer yo?

—Tienes que ayudarme —susurró—. No me atrevo a quedarme en casa.

Me había buscado a mí y no a Johannes. Era a mí a quien pedía auxilio.

Una de las noches previas, el capitán Nemo me había preparado contándome la parábola de la visita al último niño.

Había un niño que vivía solo en el mundo. Toda su familia y todos sus amigos ya habían sido llamados al cielo. Nevaba desde hacía muchos días, y la nieve lo había cubierto todo con su edredón blanco. Aparte de ese niño, en la tierra no había ningún otro ser humano. Alfield Hedman estaba muerta, Sven Hedman estaba muerto, el autobús que era conducido por Marklin se había detenido para siempre, no había cartero que entregara las cartas, la casa verde se hallaba vacía. Se los habían llevado a todos. En el mundo no había nadie más que ese niño abandonado. Era yo. Yo era el último.

Entonces llaman al cristal de la ventana en casa del último niño.

De su boca salía vaho, llevaba la cabeza y las manos descubiertas cuando llegó, descolgué del clavo en la pared el gorro de piel de Sven Hedman y se lo calé. Musité

que tuviera cuidado de no enfriarse. En el zaguán no había calefacción. Susurrábamos.

Cuando le dolía, se callaba, y cuando el mal desaparecía susurraba, aunque le había hecho gestos de que no hablara.

No era como me lo había imaginado: que viniera a verme con unos ojos llenos de dulzura y compartiera un pequeño problema conmigo que tras un momento de reflexión yo sabría enmendar. Y es que tenía un plan muy claro sobre todo esto. Ella se habría sentado en el banco-cama de la cocina y le habría dado un vaso de cerveza dulce y un trozo de bollo con un pedacito de pan de azúcar. Y con total naturalidad yo me sentaría a su lado y al principio acariciaría uno de sus brazos cubierto por la tela de los tulipanes, y le hablaría tranquilamente y en voz baja, tal y como debe hacer un benefactor. Le explicaría la situación. Haría balance, por decirlo de alguna manera. Y me escucharía con atención, y de vez en cuando asentiría de modo que unos mechones de su negra melena caerían hacia delante y ella los apartaría pensativamente con la mano. Y su pequeña cabeza de gata estaría ligeramente vuelta hacia mí, aunque con la mirada dirigida hacia el cesto de la leña. Y de vez en cuando me diría alguna cosa. Pero entonces yo, con amabilidad, casi jocosamente, negaría con la cabeza replicando algo que la sumiría en un instante de silencio meditabundo, tras lo cual me haría algún comentario, como con una pequeña sonrisa. Y eso me llevaría a asentir con la cabeza y a reflexionar, porque lo que acababa de decir sería bastante razonable, aunque no del todo libre de reparos, claro, para luego responder algo que no solo sería muy agudo, sino también algo que habría formulado con gracia. Y ella me miraría riéndose un poco.

Y así estaríamos hablando largo y tendido. Creo que era así como me imaginaba el amor.

Pero como le dolía tanto que casi gemía, y estaba sentada en el suelo con el gorro de piel de Sven Hedman en la cabeza, no fue así.

De vez en cuando unos temblores recorrían el cuerpo de Eeva-Lisa y ella abría la boca, pero no llegaba a gritar.

Entre los ataques de dolor susurraba mucho. Me hablaba de cómo había transcurrido la Navidad. No lo había pasado muy bien. En la casa habían estado todos bastante callados. El día antes de Nochebuena sucedió algo, y luego se instaló el silencio. Al parecer ella llevaba un mes entero sin pronunciar una sola palabra. Y los otros dos también.

Johannes había pasado la mayor parte del tiempo en su dormitorio a pesar del frío. Había dicho que quería leer la «Biblia para niños», pero respecto a eso cada uno era libre de pensar lo que quisiera. Seguramente no hizo otra cosa que estar sentado delante de la ventana viendo caer la nieve. Eeva-Lisa no había subido a verlo. No quería hablar con él. Entonces le pregunté por qué quería hablar conmigo. Me contestó que tenía que ver con los tulipanes. Y yo casi ya lo había adivinado, pero

aun así esta vez no me alegré.

Pero lo dijo. Habría sido bonito que se me hubiera ocurrido algo gracioso e ingenioso a modo de respuesta, pero no se me ocurrió nada. Y de pronto volvió a gemir tenuemente, casi como un cerdo. Así que no contesté nada.

Entonces advertimos que Sven Hedman se había despertado.

Ya no roncaba. Se movía allí dentro, y oí como se levantó de la cama con un crujido para atravesar la habitación y abrir la puerta. Luego se hizo el silencio. Eeva-Lisa emitió un ligero gemido, por lo que le puse la mano sobre la boca.

Levantó la vista y me miró, pero seguía gimiendo débilmente a pesar de que yo le tapaba la boca; apreté un poco más fuerte. Y se calló.

Oí que Sven Hedman se movía a tientas por la cocina, estaba oscuro, aparte de un poco de luz de luna que le ayudó a llegar hasta el cubo del pis. Quizá no miraría en el banco de la cocina. Si lo hacía, todo estaría perdido.

Luego le escuchamos hacer pis en el cubo.

Eeva-Lisa me observaba, pero en silencio. No era así como me había imaginado el amor.

Meó durante mucho tiempo, aunque a chorritos, mientras resoplaba un poco. Al final, tras lanzar un suspiro, volvió a su cuarto y cerró la puerta. Nunca encendió la luz.

Después he pensado que si le hubiera pedido ayuda en ese momento todo habría sido diferente. Pero no lo hice. Lo que pasa es que aquella noche yo era el último niño en todo el mundo, a todos los demás se los habían llevado, a Sven Hedman también, los ruidos no eran más que pistas falsas. No había nadie en ningún sitio. Estaba solo, y no existían benefactores, solo me tenía a mí mismo.

Y luego llamaron a la ventana, y era como debía ser, era Eeva-Lisa. Y a los que no existen, a ellos no puedes pedirles ayuda cuando eres el último niño en este mundo y Eeva-Lisa está llamando a la ventana.

Tapándole todavía la boca con la mano, dije:

—Si vas a hacer esos ruidos tenemos que salir al leñero. Si no, nos va a oír.

Asintió con la cabeza, y entonces le quité la mano de la boca. Se levantó un poco, y se echó a llorar, aunque de forma bastante callada. Luego el llanto cesó.

Abrimos la puerta con mucho cuidado.

Yo iba primero. Me acerqué a la boca la mano con la que había tapado la suya. Seguía húmeda. No sabía a nada en particular.

Pero creo que besarla debía de ser así, y eso habría podido ser bastante bonito.

Durante muchos años pensé sobre todo en el hecho de que Johannes la había traicionado.

Es raro. Pero tampoco era para tanto, digo yo. Aunque también es verdad que tranquilizaba pensar de esa manera. Te permitía apartar lo otro de la mente.

Verdugos, víctimas y traidores. Supongo que uno se aferraba a aquello que menos dolor producía. ¿Qué vida es esa?

El camino hasta el leñero estaba todo nevado, sin despejar. La fría nieve se colaba en mis botas de lana, pero iba delante para abrirle el paso.

Nunca guardábamos demasiada leña en casa de Sven Hedman, de modo que sabía que el leñero se hallaría medio vacío y que habría sitio, al menos en torno al tajo. La aldabilla se había congelado y pegado, pero como no llevaba manoplas pude desengancharla. Eeva-Lisa lloraba más ahora.

La cogí del brazo y la senté encima del tajo. Tenía un aspecto realmente raro con la zamarra puesta y las manoplas de guerra que llevaban un agujero para el dedo que aprieta el gatillo, y el gorro de piel de Sven Hedman bien encasquetado. Encima de la puerta del leñero, que cerré, había una ventana que estaba dividida en cuatro partes, pero la luna brillaba con intensidad iluminando todo el leñero casi como si fuese pleno día, aunque era de noche, y la luz se veía aún más azulada allí dentro que fuera en la nieve.

En cuanto volvió a sentir dolor, no quiso estar encima del tajo, sino que se tumbó en el suelo. Las astillas se habían congelado. Esa misma mañana había cortado leña, de abedul, que es una madera fácil de partir cuando hace frío, de modo que puse un trozo bajo su cabeza. Sin duda el leño resultaba duro, pero el gorro de piel de Sven Hedman hacía más mullido el apoyo.

No había manera de que dejara de sollozar. Decía que tenía miedo a morir, pero yo le aseguraba que eso no iba a pasar.

Y es que me había imaginado muchas veces cómo podría haber sido entre Eeva-Lisa y yo. Había pensado en eso bastante a menudo, la verdad, y podía funcionar.

Era seis años mayor que yo, cierto, pero eso no tendría por qué ser un impedimento. Birger Häggmark, sin ir más lejos, se había casado con una mujer mayor, mucho mayor, se llevaban veintidós años, pero esa señora, al parecer, había sido de carácter apacible y Birger había llorado en el entierro, aunque, claro, nunca habían tenido hijos. Evidentemente. Seguro que lo que pasaba es que cuando algo se metía en la cabeza de una persona, como Eeva-Lisa en la mía, entonces todo lo demás dejaba ya de tener importancia.

Sería como aquel día que sentado a su lado me enseñó a hacer punto. Y yo le diría

cosas, no solo de los tulipanes, pero cosas como las que comenté de los tulipanes. Y ella diría que era como si fuéramos dos hermanos, pero seríamos mucho más, claro, y seis años no tienen ninguna importancia. Ella nunca se callaría nada ante mí, y yo nunca tendría miedo de ella.

Porque así fue lo poco que hubo. No fue gran cosa. Nunca tuvimos miedo el uno del otro. Pero lo único que quedó fue un poco de saliva de su boca cuando yo la había tapado con mi mano porque gemía de dolor. Y casi se congeló de camino al leñero.

Ella no había querido probar el trocito de azúcar.

El picaporte de la puerta se había helado.

Una manilla congelada nunca se debía tocar con la lengua, eso nos lo habían enseñado. En tal caso pasaría lo que le sucedió a Göran Sundberg de Innervik, en quien aún hoy en día se podían advertir las consecuencias. Eso le sirvió de lección, se decía.

Que algo sirviera de lección era como recibir un castigo. Entonces uno casi se podía quedar mudo. Tocar el hierro frío con la punta de la lengua representaba casi un acto de soberbia.

Aunque Alfild cantaba en la casa de oración, pese a que era muda.

La luz de la luna brillaba con tanta intensidad que tronaba.

La luna penetraba por la ventana y formaba un dibujo de cuadros en el suelo. Cuatro cuadros que se movían hacia Eeva-Lisa. Al cabo de una hora, una vez que ella se había tranquilizado bastante, casi la alcanzaban. Permanecía tumbada en el suelo negándose a subir al tajo, y cuando intentaba levantarla se defendía agitando los brazos. Luego la luz de la luna le dio alcance. Entonces dijo que había empezado a sangrar.

La sangre le corría por la pierna, lo vi. Resultaba evidente que la zamarra se iba a estropear, pero, por raro que pueda parecer, me daba igual. Y no comenté nada.

Ella me explicó lo que debía hacer.

Salí y me fui a la letrina, que era una caseta sencilla e independiente del leñero, a por periódicos. Eran el *Norran*. Cuando volví —dejé la puerta entornada— se había incorporado, tenía la espalda apoyada en el tajo y las manos entre las piernas. Arriba del todo. Parecía asustada. Lógico. Es que solo tenía dieciséis años. Arranqué unas hojas del *Norran* e hice bolas con ellas, sin preocuparme siquiera por guardar las páginas con Popeye, así de asustado estaba, hasta ese punto. Intentó meterse las bolas de periódico entre las piernas, pero apenas tenía fuerzas, y cayó hacia atrás violentamente dando tal empujón al tajo que casi lo volcó.

Luego se quedó allí tirada, y me dijo que yo tenía que hacerlo, que no quedaba otra opción.

Al principio yo no quería. Pero era necesario, absolutamente necesario, insistía ella.

Intenté limpiar la sangre que se veía a lo largo de sus calzones largos, pero gemía y se quejaba y supongo que yo era medio tímido, pero me dijo que no me preocupara por eso, que tenía que parar la hemorragia. Debía meter el papel en los calzones, explicó. Pero yo seguía limpiando y limpiando e iba tirando las bolas de papel sucias y sanguinolentas al montón de leña sin preocuparme por si los leños recién cortados se echarían a perder. Y de pronto me vi obligado a parar y me senté apoyado en la pared a punto de desmayarme.

Entonces me dijo que tenía que coger más papel, porque si no se moriría, y no quería morir, lo repitió muchas veces. Y fui a por más papel.

Se levantó la parte de arriba de los calzoncillos. La zamarra ya estaba abierta y la falda subida, y tras cerrar los ojos todo lo fuerte que pude metí una gran bola de papel entre sus piernas, pero sin rozar en ningún momento la piel. Entonces ella se quedó como desfallecida y estuvo tirada un instante sin decir ni una sola palabra, aunque yo le rogaba que dijera algo. Apenas respiraba. Pero cuando acerqué el oído me di cuenta de que todavía lo hacía, aunque había que escuchar muy cerca.

Justo en ese momento tuvo dificultades para retener la comida, y manchó la zamarra.

El gorro de piel de Sven Hedman se había caído. Lo aparté a un lado para que no se ensuciara.

Creo que pasó un rato.

No mucho, pero la luna se había desplazado, se veía en los rectángulos del suelo. La ventana no estaba en la puerta, así que, aunque la puerta se hallaba entreabierta, la ventana permanecía perfectamente fija. La luz de la luna había atravesado su cuerpo y ahora avanzaba hacia la leña recién cortada.

En la mano tenía un poco de nieve que había conseguido rascar del suelo, y se limpiaba con ella. Se tiñó de rojo.

Se había levantado un poco de viento. Probablemente se acercaba la mañana, se había vuelto más oscuro, remolinos de nieve entraban por la abertura de la puerta, que daba golpes sacudida por el viento, intenté cerrarla, pero costaba. Tenía las manos como mojadas, y casi me quedé pegado al helado hierro, pero me daba igual, aunque sabía que podía suponer una lección si se congelaban y tenía que despegarlas a la fuerza, pero no era el momento para pensar en esas cosas. La casa se hallaba a oscuras. Sven Hedman seguramente dormía todavía. Ojalá no se levante a mear porque entonces quizá eche un vistazo al banco de la cocina y descubra que he desaparecido. Levantarse para ir al cubo del pis lo hacía todas las noches, varias veces. Me encontraba completamente solo con Eeva-Lisa, y en realidad era culpa del capitán Nemo que no se me ocurriera pedir ayuda, porque él había contado la parábola del niño que estaba solo en el mundo cuando llamaron a la ventana. Así que no podía pedir ni socorro ni auxilio a nadie, y aun así tenía miedo de que Sven Hedman se levantara para hacer pis y descubriera que no dormía en el banco-cama.

Y entonces.

Quiero decir: entonces encendería la lámpara. Y lo descubriría. Y las pisadas hasta el leñero eran fáciles de seguir.

¿Y entonces qué haríamos nosotros? En tal caso no creo que supiéramos qué hacer.

Había dejado de pensar «yo», y pensaba «nosotros». Aunque no se trataba del nosotros bonito y divertido con el que había soñado. Antes era yo el que no sabía qué hacer, ahora éramos nosotros, pero el nosotros equivocado. Aunque, a pesar de todo, algo había pasado, lo sentía.

Eeva-Lisa se incorporó y abrió la cinturilla de los calzones para mirar.

Su aspecto resultaba espantoso.

Empezó a hablar, pero era como si se hubiese vuelto medio orate. Lo que decía no tenía sentido. Empezó a hablar de su madre, o sea, no la de la casa verde a la que ya el segundo día le habían exhortado a llamar mamá, sino su verdadera madre. A la que yo no le había oído mencionar ni nombrar nunca. Decía algo como que su madre había pecado tocando el piano, pero que también había sido una ramera, y que ahora le había contagiado el pecado, en tercera o cuarta generación, y su madre se había visto forzada a marcharse a Sudamérica, donde había cogido Parkinson y la habían comido las ratas mientras yacía en el suelo sin poder moverse. Todo muy confuso, desvariaba. Daba la impresión de que había soñado la mayor parte. O sea, pesadillas. Pero aun así parecía delirar sobre su madre como si la hubiera querido, aunque nunca la hubiese conocido. Y es que era bastante habitual cuando uno se hallaba en desamparo que se empezara a querer a padres o madres a los que nunca se había visto, de modo que yo lo entendía y no prestaba atención a sus desvaríos. Pero luego se puso a hablar de que había cometido un pecado y que ahora Dios la iba a castigar enviándole un pez a su tripa, y ahora el pez la mordía. De que se le había negado el derecho a tener un verdadero niño porque había fornicado. Y que el pez la mordía, y que había que matar al condenado pez golpeándolo contra la borda del barco. Deliraba tanto sobre ese pez que te volvía loco. Pero luego volvió a desvanecerse y cayó de cabeza en medio de las astillas manchadas de sangre junto al tajo, y casi tuve que arrojarme encima de ella una vez más para cogerla y que no se hiciera daño. Y para incorporarla. Y volver a acostarla de espaldas.

Le acaricié la mejilla con la mano, y así se calmó un poco.

—El pez, ya viene —dijo de pronto—. Muerte.

Entonces comprendí.

Y es que tampoco era un niño. Quiero decir, sí que lo era. Pero había asistido al parto de terneros, y cerdos, y había tirado de las vaquillas hasta llevarlas al guardián de los toros, y había participado en la matanza. En los pueblos es normal. No se es solo un niño.

La sangre la había visto, y también los amnios, cualquier niño que se haya criado

en un pueblo como yo ha visto eso. Era natural, no llamaba la atención, nada sobre lo que hablar.

Pero nunca esto. Y encima era Eeva-Lisa.

Comprendí que no terminaría bien. No había salido de cuentas. No sé, quizá estuviera en el sexto mes. Pero no se trataba de un ternero normal y corriente, sino del niño de Eeva-Lisa, y a ella la quería tanto que casi era pecado mortal, y ahora estaba a punto de morir entre mis manos. Y nadie podía saberlo. En eso insistía ella todo el rato. Le preocupaba mucho, aunque hablaba muy confusamente. Y me hizo jurar ante Dios todopoderoso; al principio no quería, pero se puso toda obstinada, así que al final lo hice, juré no llamar a Sven Hedman que dormía en su cuarto en la casa.

Los calzones largos ya estaban echados a perder.

Me fui a buscar un par de números del *Norran*, porque los otros ya los habíamos usado. Se solía decir que cuando los niños vienen al mundo hay que hervir agua. Pero no teníamos agua. Me dije que la nieve también era agua.

¿Pero cómo iba a poder quitar toda esa sangre y limpiar ese desastre antes de que amaneciera y Sven Hedman dejara de roncar y se levantara para preparar el café y tomarse el *snus* matutino?

Y no podía dejar que muriera entre mis manos.

Pensé: Si muere entre mis manos esta noche, entonces yo me iré con ella. La decisión estaba tomada. No permitiría que ella me abandonara. Johannes la había traicionado, pero yo me encontraba a su lado, y abandonarme, eso no iba a dejar que lo hiciera. Y ya estaba decidido.

Cuando vino, estaba muerto. No cabía duda. Si no, ella en su ofuscación seguramente me habría pedido que le ahorrara todo sufrimiento. Pero estaba muerto y bien muerto. Aunque pringoso, como un pez al cogerlo antes de golpearlo contra la borda del barco.

Pero ella no me pidió que lo hiciera. Ante Dios, que cobardemente se mantiene alejado hasta el día del Juicio Final, cuando nos juzgará a nosotros los miserables humanos, y el Hijo del Hombre, que siempre está demasiado ocupado cuando se le necesita, lo juro.

Y después también he hablado mucho de todo aquello con mi benefactor, el capitán Nemo, que nos acompañaba en nuestro profundo desamparo y así será hasta el final de los tiempos.

El día antes de Nochebuena algo había sucedido en la casa verde.

Josefina estaba en la planta de arriba, en el primer escalón de la escalera, y Eeva-Lisa en mitad de la misma. Y Johannes abajo. Josefina empezó tranquilamente anunciando que había organizado las cosas de tal manera que Eeva-Lisa debía mudarse a casa de Erik Öberg, que era primo de Öberg el dentista, y así había quedado decidido. Pero a medida que seguía hablando se puso a gritar que había

perdonado la fornicación en su casa, ante Dios todopoderoso había perdonado la fornicación aunque había sido muy difícil, y su rostro estaba todo desencajado, pero que ese mutismo de Eeva-Lisa no había quien lo soportara. Y el odio. Ella podía tolerar la fornicación y perdonarla, pero no el odio, ni tampoco que nadie hablara con ella, que al fin y al cabo era madre, y luego soltó algo sobre Eeva-Lisa y Johannes que evidentemente era una mentira, y que solo se trataba de una muestra más de hasta qué punto se hallaba presa de la ofuscación.

Y Johannes estaba al pie de la escalera. Pero después lo único que recordaría, única y exclusivamente, no era lo más importante de lo que Josefina dijo, o las mentiras sobre él y Eeva-Lisa. Sino solo que ahora le iban a quitar a Eeva-Lisa, y que el traidor era él.

Ni una sola palabra fue capaz de pronunciar, aunque no le pasaba nada a su lengua. Y Josefina siguió ordenando y llorando, lo cual no hizo más que empeorar las cosas. Y nadie se apiadó de ella.

De ahí que fueran unas Navidades silenciosas.

Ella no debía de haber creído, no de verdad, que Eeva-Lisa estuviera preñada. Esa es la única manera en que me lo explico. Porque entonces a buen seguro no habría...

De eso estoy seguro. Las otras cosas que gritaba no eran más que mentiras lógicas dadas las circunstancias, que yo nunca jamás voy a revelar, ni tampoco lo va a hacer Johannes, ni tan siquiera en forma de parábola.

No me quedaba otra que bajarle los calzones ensangrentados, y ayudarla.

Vino un niño, aunque no muy grande. Y estaba muerto, lo juro.

Ya me daba todo igual. Lo cogí con mis desnudas manos, y me quedé mirándolo. Tenía un aspecto bonito, como Eeva-Lisa más o menos, aunque estaba todo pringoso y muerto. Era un niño muerto. De alguna manera me invadió un sentimiento de solemnidad. Quizá sea normal sentir eso cuando todo se ha acabado.

Eeva-Lisa deliraba y se encontraba muy mal, pero me suplicó encarecidamente que ocultara al niño en lo más profundo del lago. Y eso también se lo prometí. Lo envolví en un par de números del *Norran*, y atravesando la profunda nieve me dirigí hacia el lago.

El día no despuntaría hasta más o menos las once de la mañana. La luna ya había desaparecido. Antes de irme le abotoné la zamarra para abrigarla, y le acaricié la mejilla un momento. Allí fuera estaba tan oscuro que debía de ser ya por la mañana.

#### 4. *El fondo del lago*

La luna brilla, la nieve es bella,  
de todos los niños Dios se ocupa.  
Quizá también de los peces,  
atrapados en la red de la luna.

Costaba mucho atravesar la profunda nieve. En casa de los Nordmark había luz, pero por lo demás en todo el pueblo reinaba la oscuridad. Al principio el paquete goteaba, luego cesó el goteo.

Había ventisca. Me abrí camino chapoteando por la gruesa capa nevada hasta alcanzar el lago con mi hermano envuelto en papel de periódico.

Cuando algo sucede, y aún no se ha entendido que nada es irremediable, uno se queda como un sordo. No se oye nada, y por tanto uno cree que nadie habla. Solo resta confiar en ese oído sordo. Y entonces uno se queda completamente solo, por muchas voces que griten en torno al desamparado.

Silencio total. ¿Y entonces qué se oye?

Pero siempre existe algo mejor que la muerte.

El lago era bastante extenso: se hacía más angosto en el centro, luego se abría, y al fondo, tan lejos que casi no alcanzaba la vista estaba el Islote de los Rusos.

La capa de hielo era gruesa, pero en la desembocadura había corriente y seguía abierta. Permanecía abierta todo el invierno.

Los bordes del hielo amarilleaban y olía a huevos podridos cerca de la abertura. La corriente era tan fuerte que se veía fluir el agua.

Cuando llegué jadeaba como un viejo caballo del cansancio, pese a que lo que llevaba era ligero y que no había tenido que tirar de nada. Me había sobrepuesto, ya no lloraba. El borde helado no solía ser muy resistente al peso y siempre nos habían enseñado que no debíamos acercarnos, y Eeva-Lisa estaba en el leñero esperándome, así que pisar en el borde y hundirse en el agua no daba igual.

Era importante que no me ahogara todavía.

Di los últimos pasos con mucho cuidado, y miré a mi alrededor.

Reinaba la oscuridad, sin luna ni estrellas, aunque la nieve iluminaba un poco. Para mí, el canto de las estrellas se había terminado para siempre, delante tenía el fondo del lago. Desenvolví el paquete hecho con el *Norran* y lo vi. Un niño.

Una visión nada agradable.

Levanté la mirada hacia el pueblo para sentirme mejor, casi no podía retener la comida, igual que Eeva-Lisa hacía un momento cuando manchó la zamarra, pero al cabo de un rato fui capaz de volver a dirigir la mirada al agujero de la desembocadura donde fluía la corriente.

Era preciso calmarse. Sin mirar envolví de nuevo el paquete, mejor así. Ahora solo restaba tirarlo.

Luego tiré al niño. Uno se pregunta cómo se habría llamado.

El paquete flotó un momento, un solo instante. Después comenzó a hundirse lentamente. Las hojas del periódico se desenvolvieron y quedaron flotando en la superficie, y la ligera corriente las llevó hacia el borde helado, hacia el lateral del

lago. Allí permanecieron flotando a la deriva.

Ya no se veía al niño.

No sabía qué hacer. Si alguien pasaba por aquí, se preguntaría seguramente qué hacía el periódico en el agua. Y encima, con las hojas manchadas de sangre. ¿Pero quién iba a pasar por aquí?

No podía acercarme a recogerlo, porque entonces podría acabar en el agua. Y Eeva-Lisa me estaba esperando, así que era importante que no me ahogara.

El niño se había hundido. Ahora seguramente lo arrastraba la corriente debajo del hielo, lentamente, quizá hacia el Islote de los Rusos, donde los Rusos muertos yacían y donde había víboras. Quizá recorrería todo el camino hasta el río Mela, donde una vez Alfild Hedman se convirtió en caballo, aunque luego murió.

Sus ojos habían permanecido abiertos de par en par mientras estuvo envuelto en el Norran. Ahora iba a la deriva debajo del hielo, despacio, y como pensativo, con los ojos muy abiertos, imaginé. Muy despacio.

Uno se pregunta qué estaría viendo.

Quizá el Hijo del Hombre se apiadaría de él. Pues era el amigo de todos los niños, aunque no había tenido tiempo para mí. Ahora bien, uno esperaba que también se apiadara de Eeva-Lisa, y quizá de mí, aunque todavía estuviéramos vivos.

Y emprendí el camino de vuelta.

Sven Hedman me vio desde la ventana de la cocina y salió a la escalera para preguntarme dónde había estado.

No contesté nada, sino que me fui al leñero.

Eeva-Lisa todavía estaba sentada apoyada en el tajo, igual que cuando la dejé. Los ojos abiertos de par en par, pero sin mirarme. Pregunté, pero no contestó nada. Me acerqué y le pasé la mano por la mejilla.

Se hallaba sudorosa, pero muy fría.

—Eeva-Lisa —dije—. Estoy aquí. Por favor, te lo ruego, Sven Hedman está en la escalera y me está llamando. Vendrá enseguida, ya es por la mañana, Eeva-Lisa.

Ella seguía con la mirada perdida en el vacío, sin decir nada.

Se habla mucho de los milagros, pero casi nadie cree en ellos. Se cree que son solo cosas que se dicen. Pero no es solo algo que se dice, *existen*. Y cuando uno cree haber tocado fondo, resulta que todavía hay esperanza.

Y puesto que es así, el milagro existe. Eso hay que entenderlo, aunque a mí me llevó mucho tiempo hacerlo. En realidad, toda mi vida.

Dejé la mano apoyada en su mejilla, y luego la retiré. Entonces Eeva-Lisa dijo:

—No la quites.

Volví a posarla.

Me dijo: Sé que has hecho lo que te pedí, te lo agradezco mucho. Pero ahora tengo que contarte algo. ¿Cómo sabes que he hecho lo que me pediste?, repliqué yo. Lo sé, contestó ella. Sé que tienes miedo, pero no lo tengas, porque yo ya no lo tengo. Se ha acabado. Pero debes confiar en mí. Tienes que confiar en todo lo que te diga, porque si no nos va a ir mal, tanto a ti como a mí. ¿En qué debo confiar, qué vas a decirme, Eeva-Lisa?, repliqué. Voy a partir por un tiempo, anunció ella, pero no te preocupes, porque voy a volver a ti, volveré. ¿Qué estás diciendo?, espeté. No voy a abandonarte, explicó ella. Tengo que morir un rato, pero no es como creen, porque voy a volver. ¿Me vas a abandonar?, pregunté. No, me aseguró, y no es que vaya a volver a ti en el cielo, sino aquí en la tierra. No retires la mano.

El sudor ya no se sentía. Estaba bastante fría. No retiré la mano.

—Crees —continuó ella— que todo lo peor que podía pasar ya ha pasado. Pero falta todo lo que debe pasar, lo más importante. Lo que viene ahora es lo peor y lo mejor, no retires la mano, es ahora cuando debes prestar mucha atención a lo que te voy a decir. Voy a partir un tiempo, pero no te voy a abandonar, y permaneceré fiel a tu lado en esta vida terrenal. No creas que me refiero al cielo. Volveré hasta aquí. Pero qué tonterías dices, repliqué, eso es imposible. No retires la mano y te contaré el secreto, dijo ella. ¿Cuál es el secreto?, pregunté. El secreto es que estoy muerta, pero que voy a resucitar dentro de poco, y en esta vida terrenal. Pero qué dices, protesté y

empecé a llorar de nuevo, pero si eso es imposible. Ahora te he revelado el secreto, siguió ella, ya no digo nada más, porque lo he contado todo exactamente como es. Ahora debes ir a buscar a Sven Hedman.

Era tan bonita... Pero no dijo nada más. Solo se quedó allí sentada, apoyada en el tajo, callada, mirando al vacío con sus ojos marrones. ¿Qué era lo que había dicho? ¿Cómo se podía creer en eso? Pero pensé: Debo confiar en ella y en su promesa de volver a mí.

Y retiré la mano. Y fui a buscar a Sven Hedman.

## IV. LA RESURRECCIÓN

## **1. *La isla misteriosa***

# 1

Las señales y los signos resultan imprecisos.

Los pájaros dormidos se habían dispuesto en extrañas formaciones sobre el lago: acostados sobre la blanca capa de nieve formaban signos, o letras, como si pretendieran componer palabras.

Durante los primeros días tras lo acontecido en el leñero se vio claramente que no eran capaces de hacerlo. Los observé sin decir una palabra a nadie.

Estaban a punto de situarse para formar una señal, pero aún no eran capaces.

Sven Hedman limpiaba en el leñero. A mí me habían enviado a la enfermería, pero como no me pasaba nada pude volver ese mismo día. La mayor parte del tiempo la pasé delante de la ventana de la cocina observando con atención las señales, sin revelar a mis amigos con una sola palabra, o gesto, que el Benefactor quizá tuviera intención de guiarme mandándome una señal.

Creyeron enterrarla en el cementerio de Bureå el sábado 9 de enero de 1945. Mi presencia les pareció innecesaria. Solo unos pocos allegados se habían congregado en torno a la tumba. Nadie iba de luto.

Su hermanastro de Finlandia había llamado por teléfono, pero no vino.

Sven Hedman acudió, y para distraerme me habló de cómo había sido. Resultaba evidente que todo el mundo pensaba que ella se había ido. Nadie podía imaginar que iba a resucitar para volver a mí en esta vida terrenal. Cuando Sven Hedman llevaba un rato hablando del entierro ante el plato de gachas, que eran gachas frías de centeno, servidas en un plato llano con un hueco en el centro relleno de mantequilla del que con una cuchara íbamos comiendo cada uno desde nuestro lado de la mesa, y él, en un gesto de bondad, terminó su parte antes de llegar a la mantequilla para que yo pudiera comerme entera esa dulce delicia y así animarme, consideré por un momento revelar el secreto, pero decidí que era innecesario y guardé silencio.

El párroco, célebre en todo el municipio por ser un hombre de gran solemnidad así como por una cierta lentitud de entendederas, había oficiado la ceremonia de inhumación. Por su parte, Forsberg, que predicaba en la Fundación Evangélica, pero que también excavaba tumbas para alimentar a sus siete hijos, y que no se podía permitir ir en autobús a los pueblos donde oficiaba porque apenas podía dar de comer a los pobres niños con su mísero sueldo de predicador, Forsberg era el sepulturero. En invierno se tardaba lo suyo con la pica. Había costado cavar la tumba para esa pobre niña de Sjön, comentó en la reunión de oración que hubo en Västra la semana siguiente, mientras los guiaba en la oración intercediendo por la pobre niña de Sjön. Todo el mundo pensó que eso de que había costado excavar debía entenderse como una parábola, y Hildur Östman se había echado a llorar.

En Sjön no les había guiado en la oración por ella, algo que les había parecido

muy raro a todos, pero es que el hombre tenía ideas propias sobre cómo hacer las cosas. Había estudiado en la escuela de predicadores que había en Johanneslund, cerca de Estocolmo, y la estancia en la capital, en eso se insistía firmemente, no le había causado ningún daño, ahora bien, tenía ideas propias.

El párroco inhumó, pero fue Forsberg quien cavó.

En el pueblo se hablaba. Era normal.

Supongo que intentaban deducir lo que había pasado. La sangre, evidentemente, se había visto. Al niño muerto no lo habían encontrado, por lo que solo se podía sospechar su existencia. El guardia vino, pero no quiso adentrarse demasiado en la profunda nieve, y además el borde del hielo se veía muy frágil. Por ese motivo, la investigación se había interrumpido.

Por tanto, la gente se calmó. Pero el secreto no lo conocía nadie.

Y yo no dije nada de lo ocurrido, porque aún no había recibido ninguna indicación del capitán Nemo y las señales me habían dado a entender que este aún no estaba preparado.

Sven Hedman había puesto los mapas de Suecia, los que había dibujado Alfield Hedman en papel de horno, en una pila en la letrina, pero estaban sin usar.

Los examiné meticulosamente. En apariencia eran de lo más anodino, solo unos torpes contornos exteriores, pero siempre con Hjoggböle indicado para que ella se sintiera tranquila.

Sin embargo, no había que dejarse embaucar. La humedad había causado daños en varios de tal manera que permitía discernirse un cierto dibujo, formado por los agujeros procedentes del moho y de las manchas de humedad.

Al parecer, el capitán Nemo se disponía a comunicarme una señal indicándome lo que debía hacer. Algo se estaba tramando. Eso era evidente. Pero como el mapa se hallaba en parte estropeado, y había que mirarlo de una determinada manera, el mensaje no resultaba fácil de interpretar.

Transcurrió un tiempo. ¿Qué iba a hacer?

Sven Hedman hacía muchas preguntas, pero como yo no sabía la respuesta, guardaba silencio. No había recibido todavía instrucciones. Un día se presentó el párroco. Lo intentaron durante dos horas. Pero no les quedó más remedio que regresar de esa excursión de pesca con las manos vacías. Llegó el deshielo, la nieve empezó a derretirse y a ser absorbida por la tierra. Había vuelto al colegio, porque afirmaban que era preciso que lo hiciera. Pero yo no decía nada de lo que le había pasado a Eeva-Lisa. Todo el mundo hablaba de ella como si estuviera muerta, y como si yo tuviera la culpa: una vez rezaron por mi redención en la Asociación Juvenil. El párroco, con su aire de solemnidad, volvió a hacernos una visita, esta vez quería entrevistarse conmigo en privado, y se dirigía a mí con un tono severo como para meterme miedo en el cuerpo. A fin de no revelar que estaba esperando instrucciones

del capitán Nemo le conté unas graciosas anécdotas sobre Furtenback. El párroco me observaba como si se hubiera transformado en una estatua de sal, y quería saber por qué le contaba esas historias y no lo que le pasó a Eeva-Lisa. No le respondí. Entonces se me quedó mirando fijamente como si yo estuviera orate, y luego se marchó. Fue la última vez que vino a casa a hacer preguntas.

La noche de Walpurgis no se encendió ninguna hoguera.

El 27 de mayo de 1945 fui por primera vez a la oración. Oficiaba Forsberg. Me miraban bastante. Josefina estaba allí con su joven hijo.

Y fue entonces, por fin, cuando llegó la señal.

El capitán Nemo se me apareció, justo cuando contemplaba al Salvador en el cuadro con una muesca en el marco. El capitán Nemo llevaba prisa y casi sudaba, ocurrió mientras cantábamos «Oh, cabeza ensangrentada», pero tenía un mensaje que comunicarme, breve aunque inequívoco.

Me dijo: Debes buscar al niño muerto para por medio de él establecer contacto con Eeva-Lisa, que se halla a la espera de poder resucitar. ¡Pero estás loco!, exclamé asustado, aunque de forma que nadie lo pudiera oír, ¿cómo voy a encontrar al niño muerto? Entonces me explicó: Llévate a Johannes para que te ayude. Debes encontrar la isla Franklin. Allí está la solución del misterio. ¿Y dónde está la isla Franklin?, pregunté desconcertado.

Pero se había esfumado.

Nadie había advertido lo que había ocurrido mientras alegremente cantábamos «Oh, cabeza». Yo disimulé, como si no hubiera pasado nada. Miré a Johannes de reojo. ¿Me vería obligado a pedirle ayuda a semejante Judas?

En fin.

Al salir de la oración fui detrás de él. Me acerqué y le dije: Debemos encontrar la isla misteriosa, allí sabrás lo que ha sucedido.

Me miró como si yo estuviera orate. Luego asintió con la cabeza. Acto seguido añadió susurrando: ¿Y dónde está la isla? Tiene que estar en el lago, le susurré. Creo que puede ser el Islote de los Rusos, pero debemos explorarlo. ¿Cómo vamos a explorarlo?, preguntó. No tenemos barco.

Cierto, no teníamos barco.

Dije: Hay que construir uno.

Luego de repente Josefina lo alejó de mí asiéndole del brazo con brusquedad.

Por la noche estudié detalladamente los mapas de Alfild. Las manchas de moho se asemejaban a pájaros encima del hielo amarillento. Se podían superponer, unos encima de otros, y así aparecía una nueva imagen. Sabía que me hallaba muy cerca de la respuesta.

Al día siguiente le hice una señal con los brazos a Johannes cuando se encontraba delante del establo de los Sehlstedt, al otro lado del valle. Se quedó como pasmado. Pero sin duda la había entendido, porque al cabo de un rato me hizo una señal de vuelta que supe interpretar enseguida.

Significaba: en el interior del cráter del volcán, en la cueva Franklin.

## 2

Un río atravesaba el lago.

Entraba por la parte norte y salía por el sur. El río nacía muy lejos, en tierras laponas, y en primavera se utilizaba para transportar la maderada. Resultaba emocionante, se podía ver también desde esa parte que se denominaba Sjön, y que no era la misma parte del lago que la que se llamaba Hjoggböleträsket. A finales de mayo se apreciaba cómo el lago se iba llenando lentamente de maderos, trozos y témpanos de hielo a la deriva, y cómo las piezas a veces se enganchaban en las márgenes, sobre todo en el norte a orillas del Islote de los Rusos, pero también en la desembocadura misma. Y cómo luego, al final, en la época del solsticio, todo había desaparecido.

Pero no toda la maderada. Los troncos que se habían quedado enganchados todavía estaban. A menudo esa era la mejor madera, flotaba alto y bien. Los que acababan hundidos absorbían demasiada agua, se empapaban en exceso y se hundían, igual que el hombre con el alcohol, había explicado el predicador Bryggman en una reunión del Ejército de la Esperanza.

Algunos flotaban hasta el mar, otros quedaban atrapados en el camino, y otros se hundían.

Se sabía la suerte que iban a correr los troncos que se habían enganchado. Al cabo de una semana, aparecerían los gancharos, para sacarlos de la orilla, juntarlos en almadía y enviarlos tras los demás. Los gancharos recorrían las orillas en barcas de remo: podían dejar todas las riberas limpias de maderos en un día, luego no quedaba nada.

Lo llamaban «la zaga». Y después de que se hubiera recogido la zaga, el lago volvía a estar vacío.

Yo no tenía barco. Pero el capitán Nemo me había dado instrucciones y fuerza. Construiría uno. Tendría que ser una balsa. Luego Johannes me ayudaría a encontrar lo que buscábamos. Se trataba de un miserable Judas y un traidor. Pero eso era lo que el capitán Nemo había ordenado.

Así me lo había ordenado, mientras cantábamos «Oh, cabeza ensangrentada». Y así lo hice.

Oculté tres troncos antes de que los gancharos pasaran a por la zaga.

El domingo 3 de junio, antes del comienzo de la misa, me acerqué hasta el río Mela. Había elegido la mañana del domingo porque quería estar tranquilo: todos se encontraban en la casa de oración. Además a mí me parecía innecesario ir a misa.

Había empezado a pensar así, ya que veía que el Hijo del Hombre seguía ocupándose de otras cosas sin tener nunca tiempo para mí. Cuando las cosas van mal de verdad, un Hijo del Hombre debe ayudar. Debe ser un benefactor, y debe interceder. Pero no, no tenía tiempo. El capitán Nemo sí estaba, él podía. Pero el Hijo

del Hombre: nones.

Busca, había dicho el capitán Nemo. Y por eso construí una balsa.

Primero se trataba del niño muerto. Luego Eeva-Lisa resucitaría a esta vida terrenal. Al niño muerto seguramente lo había arrastrado la corriente bajo el hielo y se había quedado enganchado en algún lugar, como un pequeño tronco. Varado en alguna orilla. Pues esa era la naturaleza de los que flotaban.

Los gancheros aún no habían pasado a por la zaga. Había troncos de sobra. El agua estaba alta, se adentraba bien lejos en las zanjas.

Estuve trajinando y bregando todo el día. Tiré tres maderos a una de ellas, para que no los descubrieran y se los llevaran con la zaga. Era trabajoso. Le recé unos instantes a Jesucristo, pero no dio señales de vida, no me quedaba más remedio que continuar la labor sin él.

Me sentía como furioso. La hierba vieja abundaba. Cubrí los troncos. Luego solo restaba la espera. Cuando fuera la hora de construir la balsa avisaría a Johannes. No se negaría, puesto que el capitán Nemo ha decidido que su voluntad es mía.

El día que pasó la zaga estuve escondido en lo alto del bosque. No vieron nada. Por lo tanto, había llegado el momento de construir la embarcación que me reuniría con Eeva-Lisa.

De niño pensaba a menudo en cómo era Johannes de verdad.

Es que uno se desconcierta. Es suficientemente difícil pensar en cómo es uno mismo. Y cómo debería ser, eso es incluso peor. De niño yo quería ser como Johannes, pero yo seguía siendo yo. En eso consistía lo difícil.

Johannes era espabilado; y si quería podía hablar muy rápido. Todo le resultaba fácil, y fuera donde fuera por el pueblo todos lo querían. Cuando corría con las zapatillas de lona, era el más rápido de todos. Si cavábamos una trinchera para las metralletas en la mina de arena, nunca tenía miedo de que se nos viniera encima. Cuando el gato de Eriksson saltó a por el anzuelo y se lo clavó en la boca y no paraba de aullar horriblemente, Johannes se arrojó encima de él y consiguió sacárselo. Los demás, yo en especial, nos habíamos quedado paralizados. Un día se durmió en la casa de oración sin que eso ofendiera a nadie. Cuando llegaron cinco kilos de plátanos a Koppra y aunque no tenía dinero, compró tres piezas antes de que a nadie le diera tiempo a reaccionar, y Josefina lo felicitó. Nadie podría haberse imaginado que fuera a llegar un envío de plátanos. No se podía negar que se trataba de un chico espabilado.

Todo lo hacía bien. No le había dicho que era un miserable Judas. Pero después de lo del Enemigo y Eeva-Lisa me tenía miedo. Solo lo sabía yo, y al que sabe, a ese había que mantenerlo cerca, y llevarse bien con él.

Por eso me obedeció cuando le dije que fuéramos a la cueva Franklin. Sin hacer preguntas. Es que cuando te han restituido como a nosotros, entonces se tiene algo en

común. Uno restituido de, y el otro a. Pero restituido. En cierto sentido, empiezas a verlo todo doble.

Le di una orden. Y él obedeció, ese día del mes de junio en el que la zaga desapareció.

Por cada día que pasaba, las señales se hacían más nítidas.

Dejé totalmente de hablar, para hacer acopio de fuerzas. Metí la pierna en el arroyo, la sanguijuela se acercó nadando, se pegó, pero no chupó mi sangre. Solo se me pegó en la pierna, con un movimiento parecido al que se hace al acariciar el hocico de un caballo.

Resultaba muy obvio. La contemplé con una sonrisa de confirmación. Se alejó nadando sin pronunciar palabra.

### 3

Arrastramos los troncos hasta el agua, colocamos el más largo en medio y los otros dos a los lados, y luego los sujetamos con una travesa. En la parte delantera clavamos una tabla que cruzaba los tres troncos, en el centro tres tablas, y atrás otras tres más. Utilizamos clavos de seis pulgadas, a excepción de las tablas en la trasera donde usamos de tres.

Dije, en voz bastante alta:

—Cuando ya no necesitemos la balsa, hay que quitar las tablas y sacar los clavos. Si los dejamos, puede dañarse la sierra del aserradero, y eso puede arruinar el trabajo a destajo de los hombres. No hay que olvidar el destajo.

Johannes no contestaba, como si no hubiese oído mis palabras.

Sentí que había hecho bien en avisarle. No creo que él hubiera tenido en cuenta el daño que podrían hacer los clavos en el aserradero.

Ya que se me daba tan bien explicar, empecé a explicar más cosas. Expliqué que era importante que la balsa nos aguantara a los dos. Yo sabía que pesaba cincuenta y dos kilos. Supongo que Johannes pesaba más o menos lo mismo. O sea, la balsa debería soportar algo más de cien kilos, pero la madera de los troncos estaba bien seca y no se hundía.

No hubo ninguna objeción por su parte.

También había pensado en el equipamiento. En la fiambreira de Sven Hedman, que me había llevado, guardamos las provisiones. Consistían en: 1 botella de agua, 1 trozo de chorizo (de 10 centímetros de largo),  $\frac{1}{2}$  barra de pan, 8 galletas marineras, 1 cuchillo, 100 gramos de margarina, 20 terrones de azúcar, 1 tarro pequeño de melaza (una especie de sirope más oscuro que se daba a las vacas, pero que era igual de bueno y más barato que el sirope, según Sven Hedman), 4 tortas de pan fino. Esas eran las provisiones. Lo había anotado todo en el cuaderno, organizado de arriba abajo, como una lista de objetos salvados del naufragio.

Lo había organizado todo yo. Johannes no había hecho nada. Seguramente por eso estaba tan callado.

Partimos alrededor de las siete de la tarde.

Era como si se hubiese vuelto raro en los últimos tiempos.

Antes siempre quería decidirlo todo; el chico espabilado y guapo, al que todo el mundo quería.

Pero ahora. Todo parecía al revés. Cada vez era más como yo. Como si hubiese empezado a fundirse conmigo. Algo terrible, mirándolo bien.

Pensé que debía decírselo.

Hacía viento y habíamos desplegado una vela en la balsa. Entre dos palos, sujetos

con cuerdas, habíamos extendido una sábana. Cuando arreciaba el viento, que ocurría a veces, agarrábamos los palos con las manos.

El viento venía de tierra, desde el sur, o sea, se originaba en el bosque con el claro donde Alfiled se había transformado en caballo y daba vueltas en torno a la estaca; donde al final habían venido a llevársela. Desde allí soplaban el viento. A menudo me pregunto si yo, quiero decir nosotros, hubiéramos podido hacerlo de otra manera. Nos la podríamos haber llevado de Brattbygård, haberla alejado del hombre cocodrilo y del hombre de dos cabezas y de esa peste que era peor que la de la porqueriza. Pero no lo habíamos hecho.

No se puede estar todo el tiempo cavilando sobre ese tipo de cosas.

Desde allí soplaban el viento, y después he pensado mucho en eso. Se cree que no significa nada, pero muchas veces sí que tiene importancia. Solo que tardamos en darnos cuenta. «Señal», como solía escribir Johannes en la biblioteca. Siempre insistía en que es preciso estar atento a las señales.

El sol pendía cerca del horizonte y era bastante bonito. Partimos con el viento.

Durante toda esa primavera había pensado mucho en el niño muerto.

O sea, el de Eeva-Lisa. Justo cuando estaba en la cama a punto de dormir, y antes de que llegara la medianoche de cielos claros y viniera el capitán Nemo para intentar hacerme entrar en razón, entonces a veces era como si el niño muerto al que había llevado hasta el lago envuelto en papel de periódico hubiera estado conectado con la vida de los otros niños muertos. Como si hubiera sido él quien nació estrangulado por el cordón umbilical y quien recibió mi nombre, o yo el suyo. Como si en realidad fuera el mismo niño muerto.

Aquella noche cuando todo sucedió, no pensaba así. Solo hice lo que me pidió Eeva-Lisa. Pero en el entierro, al que Johannes no se atrevió a asistir pero yo sí, allí tuve que cambiar de idea, puesto que sabía que Eeva-Lisa iba a volver a mí durante esta vida terrenal, entonces Josefina Marklund, en la que pensaba como «mamá» aunque el párroco después del intercambio me hubiese advertido que no lo hiciera, entonces mamá me había mirado. Por encima de la tumba que, por cierto, había excavado el predicador Forsberg.

Y no desviaba la mirada de mí. Y entonces se me ocurrió que el niño muerto, Dios mío, aunque no lo dije, claro. ¡Pero, Dios mío, el niño muerto! ¿Y si en realidad ella hubiera querido quedarse con el niño muerto de Eeva-Lisa? Quizá los bastardos también le gustaban. Si no, ¿por qué había traído a Eeva-Lisa a nuestra casa?

Pero es verdad que desde aquella noche en la que regresó de la enfermería, y el autobús se detuvo y el chófer, era Marklin, se dio la vuelta para preguntar si no había nadie que pudiera apiadarse de la mujer, desde esa noche no le había sido posible tener otros niños que los bastardos y los intercambiados. Más o menos.

Y entonces, en el entierro, me miraba por encima del agujero excavado. Como si quisiera decirme: Habría podido encargarme del pobre niño, si lo hubiera sabido.

El pobre niño. Aunque nadie más que yo sabía que era un chico a quien había llevado envuelto en papel de periódico hasta el lago. ¿Y si ella hubiese querido al niño muerto envuelto en el *Norran*, de haber tenido la posibilidad?

Cuando pensaba en eso, me parecía casi solemne. Como cuando desenvolví el paquete de periódicos y lo miré. Ese instante se me antojó casi solemne.

El propio capitán Nemo me dijo, una noche cuando vino a verme y yo le pregunté que si ella quería a Eeva-Lisa, por qué le había gritado desde lo alto de la escalera que se marchara de su casa, me dijo con su semblante calmado y algo pensativo que entendía perfectamente que ella lo hubiera hecho.

No se trataba de maldad, sino de amor.

Y me dijo que aunque no entendía del todo cada una de mis dudas sí podía entender que a veces soñara dolorosamente con el niño muerto envuelto en el *Norran*. Y con cómo flotaba bajo el hielo con los ojos abiertos de par en par. Él mismo lo había experimentado una vez. Cuando le pregunté al respecto me explicó con mucho detalle una situación que yo recordaba del libro. Pero lo cierto es que nunca había llegado a comprender hasta qué punto todo aquello había afectado al capitán Nemo.

Había estado delante de la ventana de cristal del *Nautilus* viendo cómo la mujer y el niño de la fragata inglesa que acababa de hundir descendían deslizándose por el agua. Le pareció que casi sonreían mientras se ahogaban. El capitán Nemo dijo que sabía lo mal que uno lo pasaba. Encima, era él quien había ordenado el ataque. El niño, de unos seis meses, atravesaba el agua flotando, arrastrado por una profunda corriente submarina.

¿Ocurrió lo mismo con el niño muerto envuelto en el *Norran*?, pregunté. Sí, replicó tranquilamente el capitán Nemo. Lo más probable es que la corriente bajo el hielo arrastrara al niño de la misma manera. Muy muy lejos, hacia el Islote de los Rusos. Subía y bajaba mientras a través del agua contemplaba el hielo que visto desde abajo era gris. Y cuando ascendía chocaba contra la superficie helada, como el *Nautilus* en el Polo Norte, una situación que el capitán Nemo, dicho sea de paso, solo a duras penas fue capaz de superar.

El capitán Nemo sabía lo que se sentía, había dicho.

Eso es lo que ocurre con los verdaderos benefactores. Tienen experiencia.

¿Qué estamos buscando?, preguntaba Johannes una y otra vez.

No contesté, porque me pareció innecesario.

Esa primera noche rastreamos la orilla oeste. Cuando el viento amainó hice avanzar la balsa con la ayuda de una estaca sacada del vallado de los prados que oportunamente había traído.

No le dije lo que buscábamos. En general reinaba el silencio en la balsa.

Hacia la mañana —nunca había llegado a oscurecer del todo, el viento había desaparecido a eso de las once— empecé a pasar frío. No había casas en esta orilla norte del lago, estaban por el lado de la desembocadura y en Forsen y en Östra y en Västra, pero aquí no. Me sentía bastante tranquilo, no me daba miedo que alguien nos descubriera, y Sven Hedman debía de pensar que íbamos a pasar la noche en el río Mela. Sentí frío, pero había graneros un poco por todas partes.

Atracamos. Cogí la fiambarrera, pero después Johannes no quiso nada, y yo tampoco tenía intención de insistirle para que tomara algo.

Entramos en el granero. La balsa quedó amarrada.

El heno se hallaba amontonado al fondo. Ya se habían llevado la mayor parte. Ninguno de los dos podíamos dormir. Y aproveché el momento para poner a Johannes en su sitio.

Nunca, le dije, se había apiadado de nadie. Ni de una sola persona aparte de sí mismo. Había visto a mamá en lo alto de la escalera gritando, cierto, ¿pero vio la expresión de su rostro? ¿Había escuchado al conductor, era Marklin, cuando preguntó si no había nadie que pudiera apiadarse de ella? Había advertido cómo ella se endurecía, pero no había hecho nada para ablandarla. ¿Alguna vez había pensado en algo que no fuera correr rápido con las zapatillas de lona en verano y con las botas de lana sobre la costra dura de la nieve en invierno y ser el chico guapo y querido por todos?

¿Y Eeva-Lisa?

Y le hablé de la noche en el leñero.

Johannes se había refugiado entre el heno. Siempre he querido tener un hermano a quien contárselo todo, o alguien como Eeva-Lisa a la que querer tanto, y que ella me quisiera tanto a mí también, con quien se pudiera estar una noche entera departiendo. Pero lo único que tenía era a uno que se ocultaba entre el heno y que guardaba silencio. Y Eeva-Lisa se había ido, para volver en esta vida, cierto, pero cuánto tardaba, y al único a quien podía pedir consejo era al Benefactor, pero no sé, a veces era como si eso no bastara.

Sentí rabia. Johannes se refugiaba entre el heno y callaba.

¿Qué vida es esta cuando uno ha de sentir rabia?

Creo que se durmió.

Escuché sus respiraciones tranquilas y pensé en lo bonito que habría sido si se hubiera tratado de Eeva-Lisa. Si hubiera podido tener al crío, y si este hubiera vivido. Entonces ella habría estado sentada con el niño apretado contra el vestido de los tulipanes, los que crecían hacia abajo y que eran tan suaves como la piel, y el niño muerto habría dormido haciendo pequeños ruidos al respirar y se habría encontrado bien, y yo simplemente habría estado a su lado contemplándolos con tranquilidad. Es así como me imagino el amor.

Hacia la madrugada el viento se levantó desde el este, ocurrió súbitamente y con fuerza y en la superficie del agua casi se formaban cabrillas.

Y yo había tomado una decisión.

Desperté a Johannes con un movimiento de la mano. Se despertó enseguida, como si hubiese estado esperando atento. Me sonrió un poco, como si supiera lo que yo había decidido, y asintió con la cabeza, como si lo entendiera.

De pronto todo fue muy bonito. Uno toma una decisión, y entonces la decisión está tomada. Y luego se lleva a cabo lo que se ha decidido, y Johannes y yo estábamos de acuerdo, aunque en realidad resultaba muy difícil.

Bajamos hasta la orilla. Soltamos el amarre. Y partimos.

Johannes se sentó en la parte delantera, y yo me situé en la trasera para impulsar la balsa con la estaca que me había llevado del vallado de los prados. La sábana estaba desplegada. El viento soplaba con bastante fuerza, pero como el lago no tenía mucha profundidad pude alcanzar el fondo con la estaca, nos alejamos de la ribera rápidamente, el sol había salido aunque era de noche, pero así fue, aunque es difícil recordar exactamente lo que pasó. No es verdad que hubiera tomado una decisión, porque entonces ¿cómo era posible que no recordara los detalles de lo que sucedió? Recuerdo lo que sucedió. El islote de los Rusos se hallaba justo delante de nosotros. Estaba descalzo y se puso de pie. Yo no le dije que se levantara. El agua golpeaba por encima de los troncos a pesar de que la balsa flotaba alta, yo tenía un pie apoyado en la fiambarrera, que era de Sven Hedman, para que no cayera al agua.

Él no llevaba zapatos. La madera debía de estar resbaladiza. No hice un movimiento brusco con la estaca en absoluto, además me acuerdo perfectamente que habíamos entrado en una parte del lago que era tan profunda que no alcanzaba a tocar el fondo. Y de pronto hice un brusco movimiento con el palo, los troncos estaban resbaladizos, él no llevaba zapatos, hizo aspavientos con los brazos, y luego cayó.

Y me acuerdo claramente de su rostro en el agua, advertí que no solo tenía miedo, sino también que sentía vergüenza por haber sido tan torpe, como si hubiera querido pedir perdón. Las olas eran ya bastante altas. Vi su rostro en el agua, justo antes de que desapareciera bajo la balsa, y me acuerdo nítidamente de que le tendí la mano a mi mejor amigo, Johannes, como para salvarle de esa situación de extremo desamparo, en el preciso instante en el que fue arrollado por el torbellino acuático, tan grande como aquel del diluvio que arrastró a las mujeres casi desnudas al

gigantesco agujero de agua.

Lo siguiente que recuerdo debió de ocurrir varias horas más tarde.

Estaba sentado en la parte de atrás de la balsa, que el viento había hecho encallar en la ribera.

En el Islote de los Rusos.

Sabía exactamente cómo era, aunque nunca había puesto un pie en él. La mayoría de la gente pensaba que se trataba de un islote de unos cien metros de diámetro, cubierto por un denso bosque de abetos antiguos, con ramas increíblemente largas y sólidas, lleno de víboras y rusos muertos. Pero nadie había estado allí, nadie en todo el pueblo.

Y era aquí donde debía buscar. Aquí estaba.

Johannes yacía acurrucado en la parte delantera de la balsa. Había conseguido subirse. Pero no decía nada y yo sabía que algo había ocurrido.

—Johannes —dije—. No te habrás enfadado porque no te he sacado del agua, ¿verdad?

Debía de estar nublado, recuerdo la abundante bruma, no había caído la noche, pero había una tiniebla que ciertas noches nubosas podían provocar. Se había subido a la balsa aunque yo no quería.

—No te has ahogado —dije en voz baja.

No contestó. Pero al cabo de un rato se levantó, se fue saltando por las piedras, atravesando los juncos de la orilla, y llegó a tierra. Lo raro era que llevaba botas de lana. Durante unos instantes creí que estaba soñando, pero oí los ruidos con mucha claridad cuando chapoteaba entre los juncos, y en los sueños no se oyen ruidos.

Se adentró en el islote. El Islote de los Rusos es muy pequeño, eso ya lo sabíamos. Quizá unos cien metros de diámetro. No sería difícil encontrarlo.

Lo raro eran las botas de lana. Chapoteaban ruidosamente cuando se adentró en el bosque de los abetos y desapareció.

Entonces yo aún no sabía que el Islote de los Rusos era más grande de lo que había pensado, que ocultaba algo, y que esta sería la última vez en más de cuarenta y cinco años que vería a Johannes. Desapareció en el interior de esta isla que llevaba toda mi vida temiendo, sin conocer su verdadero nombre, y sin saber que el Benefactor, un día, me conduciría hasta el corazón de esta isla misteriosa, donde Johannes, mi único amigo, me esperaba. Ahora solo me había liberado temporalmente. Me había liberado de Johannes, sin saber que me había convertido en su cautivo para siempre; y no sería hasta mucho más tarde cuando volvería a encontrarme con él, en la biblioteca del capitán Nemo, en la embarcación que se hallaba en el cráter interior de la isla volcánica, lleno de agua, a las afueras de la costa de Nyland, donde únicamente Hjoggböle estaba indicado en el mapa del enmohecido papel de horno que había sido la guía que utilizaba mi benefactor.

Cuando se hizo de día del todo emprendí su búsqueda.

Antes de iniciar la exploración repetí meticulosamente todos los datos aprendidos acerca del territorio que ahora pisaba. El Islote de los Rusos era muy pequeño. Allí había abetos que tenían más de cien años. Los soldados rusos aquí enterrados llevaban más de ciento cincuenta años descansando en la isla. Estaba llena de víboras. Una vez considerado todo eso, datos bien conocidos, no sentí ni una pizca de angustia.

Empecé cruzando el islote de un extremo a otro, para luego regresar, después caminé en círculos, y al final anduve a lo largo de la orilla. Por debajo de los abetos no crecía la hierba. Las viejas agujas teñían la tierra de negro o marrón. Di vueltas y vueltas llamándolo por su nombre, Johannes. Lo llamé y le supliqué que revelara su paradero.

No estaba en todo el islote.

Volví a la balsa. Me di cuenta que tenía hambre, cogí la fiambarrera de Sven Hedman donde guardaba las provisiones, y la abrí. La melaza la había guardado en un tarro. Quité la tapa, y comí con los dedos.

Me manché la cara. No me molesté en limpiarme. Por unos breves instantes me sentí un poco alterado, pero me controlé. No tenía frío. Sabía que Johannes había desaparecido, me había abandonado en la isla, él también. Comí melaza. Estaba abandonado.

Después del mediodía el viento amainó y el lago permanecía cristalino. Me encontraba muy tranquilo, pero me preguntaba por qué el capitán Nemo no acudía cuando lo convocaba.

¿Se habría vuelto como el Hijo del Hombre? Pero no, rechacé ese pensamiento.

En el espejo del agua podía ver que era yo quien se reflejaba. Definitivamente era yo, aunque la melaza había dejado manchas negras en torno a la boca y las mejillas. No quise lavarme.

De nuevo llamé al capitán Nemo, ahora en voz alta, casi como si me hubiese vuelto impaciente o furioso, pero entendí que una tarde de verano no era el mejor momento. Supongo que dormía durante el día. Por la noche, en cambio, se convertía en mi benefactor; pero aun así me habría gustado que hubiera podido aconsejarme.

Resultaba fácil trepar por los abetos. Las ramas bajaban mucho y eran enormemente gruesas, casi como troncos de árboles, como los dedos de Dios, gordos y extendidos en todas las direcciones de forma castigadora. Trepé y salí por una de las ramas. El dedo de Dios no temblaba. Me sujeté en el dedo de arriba, para no resbalar, mientras escuchaba, asombrado, el murmullo de fondo. Pude avanzar unos tres o cuatro metros por la rama, y mi vista alcanzó muy lejos.

Se veían dos barcas que remaban hacia el norte. Débilmente se oían gritos.

Me senté en la rama hasta que desaparecieron de mi campo de visión. Buscaban a lo largo de las orillas, todavía.

¿Qué debía hacer con la balsa? Quizá la descubrieran.

Me bajé del abeto, y me acerqué a ella para quitar la sábana que había hecho de vela. Atravesé el agua caminando, sin acusar ningún cansancio. La fuerza de los dedos de Dios me colmaba.

Escondí la balsa entre los juncos. No desembarcarían. Y no la encontrarían.

Las nubes desaparecían en una bruma luminosa, el sol se hallaba bajo. Cogí tres de las galletas marineras y las mojé en el agua. Tras dar cuenta de mis provisiones me tumbé de espaldas encima de las agujas de abeto y levanté la vista al cielo.

Intenté sumar las cosas para hacer balance de lo que había sucedido, pero no lo conseguí. Me resultaba imposible entender que mamá fuera capaz de soltar esa mentira sobre Eeva-Lisa y Johannes en la escalera. Si hubiese estado a mi lado lo habría consolado. Pero me había abandonado. De pronto el capitán Nemo, al que llamé una vez más, se personó en una apresurada visita. Me comunicó que se acercaba la hora, quedaba poco. ¿La hora de qué?, pregunté casi con impaciencia. La hora de sobreponerse, contestó. Pero para eso primero debes encontrar al niño muerto.

Luego desapareció. Ni una palabra sobre Johannes: como si no hubiera existido nunca.

Volví a trepar a mi punto de observación encima del dedo de Dios en el abeto. Ahora el dedo temblaba, como si Dios se avergonzara de que el capitán Nemo tuviera tiempo para aconsejarme y su hijo no. El sol se acercaba al horizonte. Se veían cuatro barcas, todas de camino al interior del lago.

Se comportaban como las vacas. Todas juntas de vuelta al establo. Vi cómo desaparecían en dirección al estrecho, después ya no estaban.

Entonces el dedo de Dios dejó de temblar. Medité sobre lo que me había dicho el capitán Nemo. Me senté debajo del árbol. Así tenía que ser.

Debía de ser casi medianoche cuando lo encontré.

El sol se había puesto, la húmeda neblina pendía sobre el lago. Yo estaba tranquilo y concentrado.

Tres veces recorrí la orilla antes de hallar al niño muerto. Llevaba razón desde el principio. La corriente bajo el hielo lo había arrastrado y quedó atrapado en la orilla del Islote de los Rusos. El capitán Nemo había guiado mis pensamientos. Pero, aun así, quien más había pensado era yo mismo.

Lo reconocí. Al principio uno podría haber pensado que se trataba del esqueleto limpio de un lucio. Pero cuando te acercabas quedaba claro quién era. Colgaba apesado entre dos piedras, casi imposible de descubrir, entrando un poco en la orilla. Supongo que el deshielo lo había empujado a tierra. Solo restaban los huesos blancos,

y la cabeza había sido hermosamente roída hasta quedar perfectamente limpia. Piensas que una cosa así va a presentar un aspecto espeluznante. Pero estaba limpio y bonito y hermoso, como un pequeño muñeco blanco. Llamé al capitán Nemo, pero no me contestó. Entonces me incliné y con mis manos cogí al niño muerto de Eeva-Lisa.

Lo lavé con el agua de la orilla.

Fui a buscar la fiambarrera. Aparté el chorizo a un lado, después la media barra de pan, las galletas marineras, el pan fino, luego la botella de agua y la margarina envuelta en papel. Quedaban doce terrones de azúcar. Luego el cuchillo. Después el tarro con lo que sobraba de la melaza. Acto seguido, cogí al niño muerto y lo coloqué con mucho cuidado en el espacio vacío que había en la otra mitad de la fiambarrera.

Aparté la comida a fin de que el niño muerto estuviera cómodo. Cerré la tapa, y la sujeté con la correa.

Ya estaba todo listo.

Busqué la balsa y la saqué de entre los juncos que la cubrían. Coloqué la fiambarrera delante del todo, donde había estado Johannes. Zarpé. La estaca de la valla era mi único remo.

Me pareció solemne, penetré en la húmeda neblina haciendo avanzar la balsa con mi palo a modo de botador, me sentía muy tranquilo. Johannes me había abandonado, y yo había encontrado al niño muerto, y todo había ido como debía.

Desembarqué en la bahía de Tunnudden, donde Sanfrid Renström una vez colocó los cubos de las letrinas tan cerca de la orilla que cuando el agua subió se los llevó, y se vio obligado a salir con la barca para buscarlos, convirtiéndose así en el hazmerreír de todos. Ahora estaba muerto. Me llevé la fiambarrera a tierra conmigo y empujé la balsa al lago.

Me quedé un rato viendo cómo se alejaba deslizándose más y más lejos de la orilla para al final desvanecerse entre la neblina. Sin duda la encontrarían. Luego se pondrían a buscar, pero sin hallar nada. Después romperían la balsa, sacarían los clavos y enviarían los troncos al agua para que flotaran hacia el sur.

Y nadie se enteraría.

Cogí la fiambarrera con las provisiones y el niño muerto, la así por la correa y me encaminé hacia el bosque. No reparé en el hecho de que iba descalzo. No dolía. El sendero resultaba blando. Los pinos eran amables y susurraban amarillos y agradables. Estaba contento y agradecido para con mi benefactor, que me había guiado y aconsejado.

La melaza se había secado y tiraba de la piel de mi cara. Con la fiambarrera en la mano emprendí la subida hasta la cueva de los gatos muertos.

## ***2. La cueva de los gatos muertos***

# 1

Esta noche he estado organizando los mensajes de Johannes de la biblioteca del capitán Nemo.

Juega con mis nombres, como si eso sirviera de algo. Ha tachado el mío, ahora me llama otra cosa. Es la tercera vez que me lo cambia.

Supongo que se avergüenza.

Esta noche ha caído nieve, pero la lluvia la derritió enseguida. Echo de menos las luminosas noches invernales allí arriba. Y es que la luz de las noches invernales no se olvida.

Y la aurora boreal. ¿Adónde se ha ido todo?

He vuelto a visitar la cueva de los gatos muertos una vez más, este mes de mayo de 1990.

El monte Bensberget sigue allí, el bosque también, pero todo ha cambiado de una manera equivocada. Luego volví al aeropuerto. Hice una breve anotación: «Todo es diferente».

La cueva era más pequeña, me resultaba como encogida. El monte más bajo. En la cueva ya no había nada, ni siquiera el esqueleto de un gato una vez perfectamente limpio.

Todo se encoge en torno a mí.

¿Por qué se encoge? Al final quizá se desvanecerá, si no me doy prisa.

Quizá hace falta darse prisa antes de que todo desaparezca. Seguramente en eso consiste sumar las cosas.

## 2

Subí andando, con la fiambarrera en la mano, todo el camino hasta la cueva de los gatos muertos sin que me viera nadie.

La noche tocaba a su fin, el sol se filtraba por la entrada a la cueva en un ángulo bastante plano iluminando el interior.

Me senté al lado del esqueleto del gato, que era de una niña gata. Estaba sentada con toda tranquilidad apoyada en la pared cavernaria, la del fondo, como si se apoyara en un tajo.

Pensamos que los esqueletos son feos, pero en realidad son bastante bonitos.

Se hallaba allí sentada tranquilamente contemplando el valle, que se veía por la boca de la cueva. Si ella hubiera podido hablar, podría haberle dicho algo, pero, claro, no se podía conversar con los esqueletos. Además, ella sin duda no habría tenido gran cosa que contar. ¿Y qué le hubiera preguntado?

Bien mirado, muchas cosas.

En mis pensamientos convoqué al capitán Nemo, pero hizo caso omiso de mi llamada, supongo que no tenía tiempo. Esperé un poco, solo unos breves instantes. El sol se desplazaba por el suelo de la cueva, luego lo volví a llamar, pero comprendí que había que esperar.

El valle estaba como siempre. Lloré un poco, pero luego me calmé. Se podía ver una parte del lago, pero no el Islote de los Rusos, y el volcán en el centro de la isla, del que luego encontraría la entrada y donde se hallaba el *Nautilus*, estaba en calma. Ningún humo a la vista. También fue por ese motivo por lo que nadie del pueblo se había dado cuenta. Si hubiera salido humo del cráter, todo el mundo se habría acercado a verlo, solemnemente, incluida la prensa local, y se habría podido leer sobre eso en el *Norran*.

Me senté al lado de la niña gata. De ese modo yo también me apoyaba en la pared rocosa. La niña gata llevaba años descansando en esa posición. En eso seguramente consistía la muerte. No había nada más sencillo.

Lo difícil, más bien, era resucitar. Para eso hacía falta pedir consejo.

Me dormí un rato.

Nadie vino a verme en sueños. Llamé a Nadie de nuevo, pero seguramente estaba ocupado. Pensé que se puede recibir un golpe, pero nada es irremediable, solía pensar eso, para dormir más calmado y porque entonces resultaba más fácil sobreponerse.

Aún no había abierto la fiambarrera.

Cuando me desperté, el sol se había desplazado por el suelo de la cueva. Era como un reloj, casi como el brillo de la luna en el leñero que me recordaba que el tiempo pasaba. Ya no me preocupaba mucho por la hora. Era Algo. Como siempre. Todos los días a la misma hora se imitaba a sí mismo. Hacía falta poner mucha

atención para recordar que de todas formas algo había ocurrido, a pesar de que la hora era la misma.

Menos mal que tenía la fiambarrera. Allí guardaba la comida, o sea, las provisiones que me iban a salvar en mi desamparo. Y allí guardaba lo otro también.

Había que sacarlo.

Me desperté y en mi cabeza oía un canto malvado, y durante unos instantes no supe qué hacer, por lo que inmediatamente empecé a repasar las características de la casa verde.

La examiné en detalle, por decirlo de alguna manera, para que no se desvaneciera si la necesitaba en una situación de emergencia. Me imaginé cómo se podía atravesar la casa, cómo estaba construida y decorada, sobre todo el dormitorio de la planta de arriba. Encontré un palito y dibujé la distribución, como un plano, e indiqué también la posición de la escalera de incendios, instalada debajo de la ventana del dormitorio, el de la fachada lateral, pero delante del serbal, que era un árbol de la felicidad, donde en invierno había nieve y pájaros. Luego alrededor tracé, a rasgos generales, un mapa de Suecia, pero asegurándome de que la casa estuviera en su sitio correcto.

Así, al cabo de un breve momento, ya me sentí mejor. Eso pasa a menudo, nada es irremediable. Hay que saber qué hacer en espera del Benefactor.

Después de terminar de dibujar y de sentirme mejor, todo se tornó desagradable, aunque solo durante un instante.

Decidí no esperar más y abrí la fiambarrera.

La correa no era nada difícil de aflojar, pasaba por una hebilla que se desenganchaba, de lo más fácil.

Quitó la tapa. Ahora se trataba de colocar lo rescatado del naufragio de la manera más adecuada. En una situación de extrema emergencia, me había enseñado el capitán Nemo en una conversación anterior, una sabia y adecuada planificación podía salvar vidas. Por eso quitó las galletas marineras y las depositó encima de una rama seca, para que no se mojaran. Quedaban cinco. El cuchillo lo puse al lado. La margarina a la izquierda, mirando desde la niña gata, luego saqué el pan fino que, tras un momento de duda, elegí apoyar también en la rama, junto a las galletas. La botella de agua. El chorizo. La barra. Los terrones de azúcar. La margarina al lado.

Con el tarro de melaza, que para mí se encontraba entre lo más valioso de todas las cosas salvadas, se terminaba la serie de provisiones.

Luego volví a sentir ese malestar, pero me sobrepuse y dejé de llorar enseguida. Es que es preciso sobreponerse siempre.

La cuestión era dónde iba a situar al niño muerto.

Una vez más me repetí los motivos por los que el capitán Nemo era diferente a, por ejemplo, el Hijo del Hombre.

El Hijo del Hombre tenía su herida en el costado, de donde salía sangre y agua, y

en la que uno podía refugiarse. Pero por otra parte, nunca, a diferencia del capitán Nemo, había mostrado más allá de toda duda que fuera alguien en quien pudieras confiar, por ejemplo cuando el desamparo llamaba a tu puerta.

Eso era lo que yo le reprochaba al Hijo del Hombre. Daba reparo decirlo así con toda franqueza, pero la verdad es que no podías fiarte de él.

Tenía simplemente demasiada gente de la que ocuparse. Todo el tiempo te daba la sensación de que por muy mal que lo pasaras siempre había otra persona que quizá lo estuviera pasando aún peor.

Y entonces te abandonaba.

De ese modo, el Hijo del Hombre no daba realmente la talla. Si abandonas a alguien, por ejemplo a una persona realmente miserable, cómo iban a poder mantener la esperanza todos los demás miserables. Entonces, esos seres miserables eran iguales que las ranas cuando las sacaban de la fuente en el cubo, y no contaban con nadie que las pudiera proteger.

Esa era la diferencia más importante. En el caso del capitán Nemo, yo había empezado a confiar cada vez más en él en esos momentos de desamparo en los que el Hijo del Hombre estaba ocupado con otras cosas y no podía proteger a los seres miserables sacados de la fuente como las ranas del cubo.

Esas eran las razones. Me acuerdo de todas ellas, y al ponerlas a prueba concluí que eran justas.

Naturalmente, se podía dejar al niño muerto en la fiambrrera de Sven Hedman.

Había sacado las provisiones. Se le podía permitir descansar allí, como en las fotografías mortuorias que había encima de la cómoda en el cuarto pequeño, y consentir que conservara ese lindo aspecto que, a su manera, tenía. Aunque por otra parte, puesto que la estancia en la cueva de los gatos muertos podría alargarse, tal vez no sería justo.

Pues había una diferencia entre ser justo y no serlo. La misma diferencia que había entre los que eran bonitos y los que no.

Por eso cogí al niño muerto con mucho cuidado entre mis manos desnudas y lo saqué de la fiambrrera de Sven Hedman. Estaba bastante seco y hermoso. Había pasado toda una primavera en el lago, y ahora había secado.

Me acerqué hasta la pared del fondo, y lo senté al lado de la niña gata. Era casi más pequeño que ella. Los dos tenían un aspecto muy lindo, oteando con sus ojos vacíos el valle, donde se podía ver el agua del lago pero no el Islote de los Rusos, donde se alzaban los grandes abetos que tenían ramas tan gordas como los dedos de Dios, los que al principio no habían temblado pero que luego, cuando escuché los gritos procedentes de las barcas buscadoras, se agitaron como si Dios se hubiese asustado.

Cabía reflexionar sobre ello un momento. No me había podido imaginar que Dios pudiera tener miedo, pero en aquella ocasión sus dedos se habían estremecido, como

los de Elma Markström, quien sufría de temblores en las manos.

En realidad, que Dios tuviera miedo era algo que a uno le podía gustar.

El niño no decía nada, la niña gata tampoco. ¿Qué podían decir? Primero, siempre resultaba difícil dar con algo que decir. Segundo, los dos estaban muertos. Pero ninguno daba la impresión de ser taimado.

Cogí una galleta, la partí, la mojé en la melaza y de broma la acerqué a la boca de la niña gata. No se movió. No retiré la mano. No la probó.

Al niño, en cambio, no me atreví a ofrecerle la galleta mojada en melaza. Me la comí yo. Ahora me sentía bien. Un ligero malestar me asaltaba de vez en cuando, pero solo unos instantes. Luego desaparecía.

Me sentí mejor después de haberme comido la galleta. Ahora solo quedaban cuatro.

Si hubiera tenido un cuaderno y un lápiz habría podido redactar una lista de objetos salvados del naufragio, o un poema, pero no tenía ni lo uno ni lo otro.

El sol ya no se desplazaba por el suelo de la cueva.

Me senté en la entrada y contemplé el valle.

Se podían oír gritos desde el lago. Luego dejaron de oírse.

Alrededor de medianoche me buscó el capitán Nemo.

Me había quedado traspuesto cuando escuché un susurro que me despertó de golpe. Alguien susurraba mi nombre. Del asombro abrí los ojos como platos, pero no había nadie en la cueva. Entonces escruté a la niña gata y al niño muerto junto a ella; este se había torcido un poco hacia un lado, como si hubiera querido apoyarse en ella. Tenía un aspecto bastante raro.

No había nadie más en la cueva que ellos dos y yo. En cierto sentido, el niño muerto era de la familia, por así decirlo, pero en la niña gata nunca había pensado en esos términos. Hasta ese momento. Pero cuando el niño muerto se apoyó un poco en ella fue fácil empezar a pensar así. Daban la impresión de estar cuchicheando entre ellos.

Justo en ese instante advertí un nuevo susurro, y esta vez más alto. No había equivocación posible. Venía del niño muerto. Me dijo:

—Anda, venga, tira. Que lo tie's ahí fuera y tó.

—¡Quia! ¿Pero a'nde quie's que tire? —repliqué.

—¡No te quedes ahí para'o! ¡Tira, tira! —insistió entonces el niño muerto con voz bastante severa.

Te quedabas de piedra. De alguna manera te dejaba sin habla, casi turbado, como cuando Egon Bäckström se había dormido en la casa de oración y eructaba mientras dormía y el viernes siguiente en la reunión de la Asociación Juvenil no tuvo la decencia de pedirle perdón a Dios. Yo sabía, evidentemente, que el niño muerto no podía hablar, en parte porque llevaba mucho tiempo muerto, y en parte porque nunca

había aprendido a hablar, ya que nunca llegó a nacer.

Por tanto debía de haberme vuelto orate.

No obstante, no fue solo eso lo que me alteró por completo. Lo que más me desconcertó no fue quién hablaba, aunque no podía porque estaba muerto, sino el hecho de que se dirigiera a mí hablando tan mal, de una forma tan maleducada. En el colegio no se nos permitía hablar así, ni tampoco hablar en dialecto, porque allí habíamos aprendido el sueco fino, pero el niño muerto, claro, nunca había ido al colegio.

Al darme cuenta de eso me calmé. No había motivos para enfadarse. Pues la verdad es que por mi parte, yo también le había contestado durante un instante de la misma forma, sin pensar.

Durante mucho tiempo los contemplé allí sentados contra la pared rocosa.

Estaban completamente callados. Poco a poco mi agitación se fue apaciguando. Pero mucho tiempo después de haberme sosegado, sentí que el corazón no dejaba de palpar a toda velocidad. Entendí que había soñado, que me había hablado en sueños, con un tono maleducado; así que yo había tenido un sueño malvado, pero aún no estaba loco.

De broma le tiré una pequeña piedrecita al niño muerto, quien al ser alcanzado dio un respingo, como reprochándomelo, pero enseguida me arrepentí de haberlo hecho.

No fue hasta ese momento cuando me di cuenta de lo que había dicho. Que alguien me estaba esperando delante de la entrada de la cueva.

Al lado de la cueva, a la derecha, estaba sentado el capitán Nemo, y probablemente llevaba mucho tiempo allí, porque cuando se levantó me percaté de que la humedad nocturna de la hierba le había mojado el trasero.

Enseguida le pedí perdón por haberme retrasado tanto, pero me silenció con un gesto de la mano.

Ya era por la mañana y la niebla llenaba el valle e impedía que se pudiera ver el lago. La niebla también cubría su cara, que tenía el mismo color. Observarlo le hacía sentirse solemne a uno.

Sostenía algo en la mano.

—Entra, por favor —le pedí, pero él negó con la cabeza. Solo quería informarme de algo.

Nos sentamos en el suelo.

Había estado preocupado por mí, me explicó. La ayuda tardaría en llegar; en circunstancias normales él quizá hubiera podido tender una línea de señalización cuyo hilo yo podría haber seguido hasta el próximo mensaje, pero el tiempo apremiaba y no lo permitía. Me buscaban en el pueblo, pero en los sitios equivocados. Y es que nadie conocía la cueva de los gatos muertos más que nosotros tres, o sea, Johannes, el capitán Nemo y yo. Y como yo no podía revelar mi paradero

era importante proporcionarme ropa, y provisiones. Aún hacía buen tiempo, constató, pero el verano no duraría para siempre, llegaría septiembre y el frío calaría los huesos.

Debía equiparme.

¿Para cuánto tiempo debo equiparme?, pregunté. No contestó directamente la pregunta, pero me dio un trozo de tela que había traído. Era tela de un vestido. Le pregunté cómo pensaba que la tela de un vestido podría protegerme del frío las noches en las que este me calaría hasta los huesos, pero él se echó a reír, el comentario parecía hacerle gracia, para luego volver a adoptar un gesto serio, y me dijo que le diera la vuelta a la tela a fin de poder ver el dibujo.

Lo hice.

Para mi gran asombro reconocí la tela de los tulipanes con la que Eeva-Lisa un día se hizo un vestido. Le pregunté dónde la había conseguido. Me la ha dado Eeva-Lisa, contestó el capitán Nemo. ¿Sabe dónde estoy?, quise saber. Sí, replicó él. ¿Y dónde está?, continué. Eso no te lo puedo decir, respondió, pero te manda recuerdos, y te pide que no pierdas la esperanza.

Me envolví en la tela. El capitán Nemo me ayudó. Tuvimos mucho cuidado en ponerla sobre mis hombros de tal manera que las flores, eran tulipanes, crecieran hacia abajo.

Informé al capitán Nemo de la situación respecto a los objetos salvados y de las provisiones de las que disponía.

La barra de pan. Las galletas marineras (ahora 4). La botella de agua, la margarina, el cuchillo, nueve terrones de azúcar y un tarro de melaza, lleno hasta un tercio aproximadamente. Fui enumerando las provisiones, y le pedí consejo. Tras unos instantes de reflexión, me dijo que era preciso echarme una mano. Las nuevas provisiones, explicó, me las traería la noche siguiente. Hasta entonces debía apañarme con lo que tenía.

En los bolsillos del chaquetón llevaba unos terrones de azúcar y dos trozos de *palt* de patata.

Le pregunté dónde había encontrado el *palt*; nunca había visto al capitán Nemo con *palt*. No contestó la pregunta, pero comentó que el moho que había en uno de los trozos se podía quitar fácilmente con el cuchillo, que entonces resultaría útil. Quise saber dónde iba a buscar las nuevas provisiones. Explicó que en el cobertizo de Alfred Sjögren había tortas de pan fino, y como ese cobertizo se hallaba junto al lindero del bosque, tenía previsto acercarse sigilosamente la noche siguiente y, sin que nadie lo viera, entrar y coger las tortas.

¿Vas a robar?, exclamé horrorizado. No, aclaró, pero tú eres una persona que se encuentra en una situación de extremo desamparo, y yo soy tu benefactor, por consiguiente me corresponde actuar así.

Hay que apiadarse de ti, explicó. Asentí con la cabeza.

Y añadió: En una de las noches venideras te voy a traer un amigo. Uno que te va a poder ayudar. ¿Quién es?, inquirí, ¿es Eeva-Lisa?

No, contestó. Otro amigo. Pero no me hagas más preguntas.

Se levantó, pero de repente se acordó de algo, y metió la mano en el bolsillo. Me entregó un cuaderno y un lápiz.

Me los regaló, y se marchó. Su trasero seguía mojado.

Entré en la cueva aún envuelto en la tela de los tulipanes. El niño muerto y la niña gata estaban durmiendo tranquilamente.

Me acosté en el suelo, envuelto en tulipanes. Soñé con el Benefactor, y con el amigo que la noche siguiente, o alguna de las noches venideras, según mi benefactor, vendría a visitarme.

### 3

La mañana siguiente, muy pronto, dejé la cueva y me acerqué a la derribada torre de caza.

El suelo que había constituido la propia plataforma y la barandilla que la rodeaba se hallaban tirados en el suelo y en parte destrozados: nadie había pasado por allí para repararla, o para recuperar la madera. Con los sentidos alerta, paseé la mirada por el valle que se extendía debajo. Podía ver a alguien, muy negro y muy pequeño, cruzar el patio delantero hasta la casa de los Sehlstedt. Pero no había barcas en el lago, ni nadie que gritara.

El que acababa de cruzar el patio de los Sehlstedt debía de ser Yngve, pensé. Luego me pregunté si eso significaba algo. Pero carecía de significado. Comprendí que en esa situación de desamparo en la que me encontraba, como náufrago, lo que antes significaba algo ya no lo hacía. Comprendí que debía borrar de mi mente lo que antes tenía importancia, ya que ahora la situación era otra.

Empecé a arrancar las tablas que medían una pulgada de ancho. La construcción era sólida, por lo que tuve que emplearme a fondo.

No tardó en pasar por mi mente que aquí, arriba en la torre, habían estado Eeva-Lisa y el Enemigo. Este era el lugar en el que empezó la desgracia. Pero luego llegué a la conclusión de que no se puede saber dónde empieza realmente una desgracia. Podría haber sido mucho antes, por ejemplo cuando fuimos intercambiados, o cuando mamá intentaba sacar las ranas de la fuente con el cubo, o algún otro momento así. Por eso la torre de caza no tenía más culpa que cualquier otra cosa.

Tras arrancar una decena de tablas hincé los clavos con una piedra. Después las llevé todas, en dos viajes, a la cueva de los gatos muertos.

Construí un suelo sobre el que dormir.

Era como una cama de tablas. Estaba formado por los tablones de la derribada torre de caza.

El niño muerto observaba mi trabajo con una sonrisa muy pequeña dibujada en su rostro de color hueso. Ojalá hubiera sido capaz de leer sus pensamientos. No podía saber la procedencia de los tablones, ni la importancia que habían tenido no solo para mi vida, sino también para la suya.

Ojalá el niño hubiera tenido un nombre.

Lo incorporé, y a él no le importó.

En una de las piernas, que eran como las patas de un pájaro, todavía tenía algas, por lo que a diferencia del resto del esqueleto no estaba blanca. Por la noche se me antojó más inquieto que durante el día.

Una vez parecía haber desaparecido, o sea, como si hubiese abandonado su lugar al lado de la niña gata. Entonces salí de la cueva y lo llamé. No contestó. Cuando volví había vuelto a ocupar su sitio junto a ella, pero con una pequeña y extraña

sonrisa en sus labios.

Hasta ese momento no le había dedicado ni un solo pensamiento al cuaderno, el último regalo del capitán Nemo.

Lo abrí, y para mi gran asombro descubrí que allí había unos versos, redactados con una letra de trazos gruesos, probablemente con un lápiz de leñador. Se podría decir: un poema.

Rezaba así:

*Un encendedor con acero y pedernal*

*Un barril de galletas marineras*

*Algunos libros, papel, bolígrafos y pluma*

*Dos hachas, dos sierras, dos garlopas, un par de barras de hierro, un martillo, clavos y otras muchas herramientas*

*Dos trajes completos*

*Dos docenas de camisas*

*Dos escopetas, dos sables, dos cuchillos de caza y un par de pistolas*

*Un barril pequeño de pólvora y una caja de perdigones*

*Unos prismáticos así como*

*Un rollo de lona*

Me quedé mirando el poema como petrificado. No reconocía la letra, pero enseguida me di cuenta de lo que me había dado el capitán Nemo.

Era el cuaderno en el que mi padre había anotado sus últimos versos antes de morir.

Los había escrito con lápiz de leñador. Luego murió, cuando yo solo tenía seis meses, y mi madre en la casa verde regresó de la enfermería una noche muy tarde y el conductor, era Marklin, se dio la vuelta para preguntar eso de la piedad.

Y yo siempre había creído que el cuaderno se había quemado. Pero no. Mi padre había escrito una lista de objetos salvados del naufragio. Y le había pedido al capitán Nemo que me entregara el cuaderno.

Lo comprendí. Aunque no podía entender que mi padre ya en aquel entonces, cuando yo era tan pequeño, y ni siquiera había sido restituido, hubiera sabido lo que me iba a pasar. Y los consejos que iba a necesitar. Pero es que había tantas cosas que resultaban incomprensibles cuando uno se encontraba desamparado.

Había escrito el poema con la lista de los objetos salvados del naufragio para mí, su propio hijo. Ahora el capitán Nemo me lo había traído. Y cuando descubrí que mi padre no me había abandonado, me sentí como muy raro, y me eché a llorar.

Comprendí exactamente lo que significaba. Eran los poemas de mi padre. Los había escrito para mí.

A la mañana siguiente, un grito me despertó muy temprano.

El capitán Nemo estaba en la entrada de la cueva haciéndome señas para que saliera. Había traído las tortas de pan fino, y una piel de oveja. Deduje que había podido entrar en el cobertizo sin ser descubierto y que había logrado su propósito.

Le expresé mi agradecimiento fervorosamente, pero él me silenció con un gesto de la mano, y de repente había desaparecido.

Volví a dormirme. Sin embargo, antes de conciliar el sueño de nuevo, me pareció que el niño muerto —o la niña gata— gemía débilmente. Pero no daba la impresión de que les pasara nada, continuaban mirando hacia delante como antes.

Les mojé los labios con un poco de melaza, pero no los movieron, ni tampoco dijeron nada.

Ya no había más ruidos. Las tablas protegían del frío. Había extendido la piel de oveja encima de la cama de madera.

Nada de sueños.

Desde la copa del pino pude ver que habían empezado a segar los prados de los Sehlstedt.

Durante varias noches, el capitán Nemo no hizo acto de presencia. El niño muerto permanecía completamente quieto y con una actitud de rechazo, me pareció.

¿Qué te he hecho yo?, le pregunté varias veces. Tenemos que estar unidos.

No me contestó.

Había pasado por alto uno de los poemas en el cuaderno, escrito con el lápiz de leñador. Estaba en la última página.

Lo leí bastante rápido, sin entender nada. Después he podido constatar que Johannes incluyó precisamente esa hoja, arrancada del cuaderno, en la biblioteca del capitán Nemo.

Era un poema bastante malo. Hablaba sobre todo del amor. Cuatro versos, con rima.

Leerlo resultaba muy doloroso. La lista de los objetos salvados del naufragio me la había escrito a mí, para regalarme un poema que me pudiera auxiliar en una situación de gran desamparo. Pero el poema de la última página, que por cierto era bastante malo, lo había escrito para mamá en la casa verde.

Por su parte, ella había dejado claro que escribir poesía constituía un pecado, y que había quemado el cuaderno. Sin duda pensó que resultaba innecesario que mi padre ardiera en el infierno por culpa de unos pocos poemas.

Lo que dolía era que le había escrito a ella. Y pese a que se trataba de un poema bastante malo, aunque con rima, comprendí que en ella habíamos visto a dos personas diferentes.

Ahora ya es demasiado tarde para comprobarlo de nuevo. A menudo uno empieza a sumar las cosas demasiado tarde. ¿Por qué me tenía que traer el capitán Nemo el cuaderno con la última página todavía sin arrancar, cuando dolía tanto? Solo pensarlo es como para ponerse furioso.

El niño muerto de Eeva-Lisa miraba hacia delante y se negaba a contestarme cuando le leía el poema en voz alta.

«Ahora estamos acostados quietos, el uno al lado del otro.» ¿El uno al lado del otro? Si hubiera que imaginarse una cosa así, uno se volvería como orate.

Las listas de los objetos salvados del cuaderno las podía entender. Pero este poema me costaba más. Debía de haberlo escrito para mamá en la casa verde.

Porque no había otra persona a la que pudiera habérselo dedicado. Intenté imaginármelos, tal y como él los describía en aquel entonces, con unos veinticinco años de edad quizá, pero no pude.

En mi cabeza empezó a resonar un canto malvado. Cuando suena un canto así uno casi se desespera. La persona de la que hablaba en el poema tenía que ser la misma que gritaba a Eeva-Lisa desde lo alto de la escalera. Y suponer eso quería decir que ni yo, ni Johannes, ni Eeva-Lisa habíamos comprendido nunca cómo era ella, en realidad.

Quiero decir: la habíamos abandonado. Y no habíamos prestado atención a lo que dijo Marklin en el autobús cuando se dio la vuelta. Era de ella de la que se debían apiadar. No de mí.

El capitán Nemo me había dado el cuaderno con los poemas. Venían de mi padre, y estaban escritos como una ayuda en mi situación de desamparo. Entonces, ¿por qué se había incluido ese último, ese que hacía que resonara un canto malvado en mi cabeza?

El niño muerto sonrió. Me puse como furioso y le eché un poco de melaza en los ojos.

Podía ver qué hora del día era, pero se me olvidaba contar los días.

Desde lo alto del pino se veía que los Sehlstedt habían apilado unos veintiséis almiares.

Cada vez me resultaba más difícil soportar las palabras y los cuchicheos entre el niño muerto y la niña gata.

Disimulaban como si nada, pero se decían muchas cosas, el uno al otro. Se lo comenté al capitán Nemo cuando apareció la noche siguiente.

Hizo como si no entendiera, pero me dejó cuatro nuevos trozos de *palt* que había cogido del sótano de la casa de Hugo Hedman, así como un litro de leche que había ordeñado a escondidas la noche anterior. Le pregunté por qué resultaba tan fácil dormir y tan difícil mantenerse despierto, pero no me dio ninguna explicación.

Durante el día era cuando peor lo pasaba. Por las noches soñaba muchas veces que era un pájaro que estaba encerrado en la ventana entre el cristal de invierno y el de verano, y cuando me despertaba tenía frío.

Tienes fiebre, dijo el capitán Nemo preocupado.

Le di leche al niño muerto. Abrió la boca un poco, y tragó algo, pero la mayor parte se derramó. Comprendí que me lo agradecía, porque durante el resto de la noche no cuchicheó nada.

¿Qué tienes en mi contra?, le pregunté con voz severa. Lo he hecho todo, todo, por Eeva-Lisa. Y ella me abandonó prometiéndome que iba a resucitar a este mundo, pero aún no ha venido. ¿Qué tipo de madre tienes?

Le hablaba, como una Biblia, con severidad. Pero él simplemente permanecía allí, quieto, con sus vacíos ojos llenos de melaza. Entonces intenté susurrar con voz dulce. Querido mío, dije, fue horrible bajar al lago contigo envuelto en el periódico y tu madre sangraba terriblemente, debería haber ido a buscar a Sven Hedman, y en el

entierro muchos me miraban como si yo le hubiese quitado la vida a la pobre chica, o sea, a tu madre, pero querido mío, fue ella quien me ordenó que te llevara envuelto en el *Norran*.

No hizo más que sonreír. Me imagino que intentaba, ante sí mismo y ante mí, disculpar lo que había sucedido. Ante mí, o ante ella, o ante la mamá en la casa verde.

Pero ni una sola palabra acerca de la persona que la traicionó.

Le limpié la melaza de las cuencas de los ojos con la ayuda de la tela de los tulipanes.

Cuando el niño muerto y la niña gata se quedaban callados, y el capitán Nemo estaba ocupado siendo un benefactor para otros, se instalaba un silencio tan intenso que se podía oír cómo resonaba el canto malvado.

Eeva-Lisa había prometido resucitar. Cuando reinaba un silencio especial, o sea, no el silencio habitual, sino más bien uno especial, me quedé sentado aguardando la resurrección de Eeva-Lisa.

Me desperté porque alguien me tocó el brazo.

Era el capitán Nemo. A su lado tenía a mamá, la de la casa verde.

¡Pero si estás hecho un desastre!, exclamó ella amablemente. Es la melaza, le dije. Coge el jabón y lávate, replicó ella. ¿Cómo me has encontrado?, pregunté, pero ella no se molestó en explicármelo.

Sus ojos presentaban un aspecto muy raro, eran todo dulzura. He venido a confesar ante ti un pecado que me ha causado una gran angustia, y por el que deseo obtener el perdón, dijo. ¿Es por Eeva-Lisa?, pregunté. ¿Cómo? ¿Pero te has vuelto orate?, replicó ella, casi con severidad. No, lo que quería decirte es que me arrepiento de no haberte dejado tener un gato. Pero es que el primero que tuvimos se cagó en la cocina económica y eso me enojó mucho. Ahora te he traído uno para que lo tengas, mientras te hallas en esta situación de extremo desamparo. ¿Has traído un gato?, exclamé atónito, y añadí presuroso: Sí, lo de la cocina económica es comprensible, claro.

Me arrepiento de haberte cambiado por otro, un poco, comentó ella como de paso. Es que Johannes en realidad nunca ha existido, continuó ella, con un tono casi solemne. No, si no pasa nada, respondí, es normal. Sí, asintió ella, pero lo que más me pesa es que nunca pudiste tener un gato. ¿Podrás perdonarme?

Asentí con la cabeza. Teniendo en cuenta que el primer gato se cagó sobre la cocina económica, es muy comprensible, contesté. Querido mío, qué bueno eres, dijo ella entonces, ahora he confesado mi pecado.

Llevaba el vestido de tulipanes de Eeva-Lisa. Era muy raro porque yo estaba envuelto en la misma tela, pero a ninguno de los dos nos pareció que hubiera que darle demasiada importancia a ese detalle.

Aquí tienes el maldito gato, dijo. Es Eeva-Lisa. Ha resucitado. ¿Por qué te enfadaste tanto con Eeva-Lisa?, pregunté con cuidado. Pero si os confabulasteis todos los críos en mi contra, y me abandonasteis, espetó ella con tono severo. Aún más que antes, y no había nadie que se apiadara de una mujer sola. Sí, es cierto, reconocí yo. ¿Esta gata es Eeva-Lisa?

Sí, contestó, de pronto con voz amable. Y ahora ha resucitado.

Paseó la mirada por la cueva, echó un vistazo al niño muerto y a la niña gata, observó las provisiones, y al final asintió con la cabeza a modo de confirmación.

Y se marcharon. El capitán Nemo no había pronunciado ni una sola palabra. Pero a la gata la dejaron.

Se veía claramente que se trataba de Eeva-Lisa, aunque también, en cierto sentido, es verdad que había que acostumbrarse a la idea.

Tenía los mismos ojos hermosos, oscuros y achinados, que antes, y el pelaje era negro, pero estaba bastante flaca. ¿Cómo lo has pasado, Eeva-Lisa?, le pregunté.

Bueno..., contestó. Has tardado mucho, continué. Es que he estado muy lejos, explicó. Aquella fue una noche terrible, dije, pero bajé con el niño enrollado en el papel de periódico y ahora lo he traído aquí. Ya lo sé, respondió ella, siempre hemos de recuperar a los nuestros.

¡Qué sabia era!

Me quité la tela con el dibujo de los tulipanes que crecían hacia abajo, y la envolví en ella con mucho cuidado. Ahora debes descansar, anuncié, luego ya me contarás todo lo que te ha pasado. Y tú también, contestó ella y luego añadió, ¿realmente quieres que duerma ahora? Claro que sí, insistí. Qué suerte que el zorro no te haya cogido. Sí, aunque a veces ha sido duro, comentó. Tengo leche, dije, te la daré mañana. Ahora debes descansar.

La coloqué en el pliegue del codo con el hocico metido hacia dentro. Era muy bella y bonita. ¡Qué bien que al final hayas podido resucitar a pesar de todo! Mmm, asintió.

Se durmió casi enseguida. La acaricié sobre la tela de los tulipanes. Era exactamente como me lo había imaginado, aquella vez que no me atreví a hacerlo.

Durante dieciséis días vivimos y conversamos juntos. Era como debía ser. Exactamente como siempre me había imaginado el amor. Estaríamos así juntos hablando, y a veces le acariciaría la tela de los tulipanes, y entonces ella me sonreiría.

Durante dieciséis días pudimos estar juntos, y yo tuve oportunidad de decirle todo lo que quería. Lo raro era que aun así las cosas no se me aclaraban, no sumaban. Lo dices todo tal y como es, y eso es bueno. Pero aun así el balance no sale. La verdad es que no se puede hacer balance hasta que no se repase la biblioteca del capitán Nemo, y se vea cómo eso se puede *decirtambién*. Primero lo *dicestambién*. Después pasa una larga vida, viajas lejos, haces daño a la gente y ellos también te hacen bastante daño. Y luego puedes empezar a sumar las cosas.

Pero dieciséis días con Eeva-Lisa en la cueva de los gatos muertos era, pese a todo, un comienzo. Creo que fue por eso por lo que ella resucitó, y volvió a mí.

Y la última noche —en ese momento no sabía que se trataba de la última, pero así fue— me dijo algo en lo que luego iba a pensar mucho. He estado fuera, susurró mientras descansaba con el hocico en el pliegue de mi codo envuelta en la tela de los tulipanes, como estábamos siempre, pero he vuelto. Después volveré a dejarte. Y es preciso que guardes silencio ahora, durante unos años, y que reflexiones. Al principio no creías que fuera posible morir para luego resucitar en esta vida terrenal. Pero ya has visto que se puede. Lo peor viene ahora. Es ahora cuando debes convertirte en adulto. Pero tienes que sumar las cosas. Si no lo haces, entonces mi vida, mi muerte y mi resurrección no habrán valido para nada.

¿Qué es lo que debo sumar?, pregunté. Ya lo comprenderás, dijo ella. Recibes un golpe, pero nada es irremediable. He vuelto para decirte esto. ¿Y qué es lo que debo sumar?, repetí.

Tenía ojos negros y achinados y un pelaje precioso. Tendrían que transcurrir

muchos años antes de que comprendiera lo que ella me había dicho. Eso es lo que pasa con los que han resucitado; lleva su tiempo entender lo que dicen, y por qué han vuelto.

Así que ella contó las cosas tal y como eran. Y yo no entendí nada. Entonces volvió a refugiarse en el pliegue de mi codo, y se durmió con el hocico levantado.

Y por mucho que busque en la biblioteca del capitán Nemo nunca, nunca encontraré nada que explique lo que la resucitada Eeva-Lisa me dijo aquella noche. He entendido que aquello no se puede recoger por escrito. Lo único que se puede hacer es sumar las cosas y hacer balance.

Me encontraron el 21 de agosto de 1945.

Supongo que habían visto al capitán Nemo en alguna ocasión cuando me buscaba provisiones a escondidas, y comprendieron. Eran tres los hombres que me encontraron y me llevaron con ellos, y no hubo mucho que decir. No opuse casi nada de resistencia, pero les expliqué que quería coger la melaza y el resto de las provisiones, y el niño muerto, pero que podían dejar a la niña gata.

Me abrigaron con un jersey grueso, recogieron las provisiones, el niño muerto quizá les dejó algo asombrados, pero lo envolvieron en papel de periódico, era el *Norran* de nuevo, y se lo llevaron.

Luego salimos de la cueva de los gatos muertos.

Las tablas de madera de la torre de caza se quedaron allí.

Eeva-Lisa se había escapado mientras ellos entraban por la abertura de la cueva. No intentaron cogerla, y yo no dije nada. Se adentró en el bosque, había vuelto cumpliendo su promesa, pero ahora desaparecía en el bosque de mi infancia.

Sé que el zorro es peligroso, y que será duro para ella, pero también sé que se las arreglará muy bien.

Me llevaron a la casa verde, antes de conducirme al internamiento.

Mamá me recibió en la puerta, me cogió la mano derecha, de nuevo tenía una expresión dulce en los ojos. Me cogió la mano y me acompañó al dormitorio donde me acostó en la cama. Allí, dijo, debía descansar un rato. Cuando se habían marchado, vi que se quedaba delante de la ventana, intentaba no hacer ruido pero podía oír que lloraba.

Me levanté y le agarré la mano. Así estuvimos un rato mirando el valle: por encima del serbal, y el escaramujo y la fuente con las ranas. La asía fuerte de la mano, para que no estuviera triste. Y no la retiró, sino que así permanecimos, hasta que me condujo a la cama y se sentó a mi lado mirándome mientras esperábamos a que me durmiera.

No dije nada, y ella tampoco. Pero es que ya no hacía falta que dijéramos nada más, porque todo había quedado dicho en su visita a la cueva. Yo la había perdonado por lo del gato, y ella a mí por no haberme apiadado de ella, y lo comprendimos todo.

Y era como debía ser.

# EPÍLOGO

*(Puntos de partida)*

Si el enemigo no ha existido, hay que reinventarlo.

Guardé silencio durante cuatro años y dos meses, mientras me observaban, e intenté hacer que las cosas tuvieran sentido. No es que no tuviera nada que decir, como pensaban ellos. Sino que me dediqué a reflexionar.

Luego me curé, tal y como anunciaron un día. Pero aunque creían que había estado enfermo, cosa que no era verdad, tampoco entonces me curé, ya que aún no había conseguido sumar las cosas.

Fueron las listas de objetos salvados del naufragio que había en el cuaderno las que me ayudaron a entender cómo debía comenzar. Las volví a encontrar, tras todos esos años, en la biblioteca del capitán Nemo.

Dentro de poco habré repasado la biblioteca.

Toda no, para eso probablemente no hay tiempo. Pero he hecho balance, y he intentado llegar a una conclusión.

Eso no lo conseguiré nunca, ya lo sé. Pero a veces sueño con ello, ya que han pasado tantos años desde que sucedió, sueño sueños secretos y felices de que realmente es posible: no solo intentar sumar las cosas, porque intentarlo, lo intento, sino lograrlo al final. Para finalmente poder escribir: así fue, eso fue lo que pasó, esta es toda la historia.

Me desperté a las 3.45, con el sueño de la cueva de los gatos muertos todavía muy vivo. Sin querer me pasé el dedo por la cara, rozando la piel de la mejilla.

Había estado muy cerca de la respuesta.

Me levanté.

Allí fuera sobre el agua pendía una extraña bruma matinal, la oscuridad se había levantado, pero aún quedaba suspendida una capa gris, no blanca, sino con una especie de resplandor de la oscuridad; flotaba a unos pocos metros de la superficie del agua que permanecía perfectamente lisa e inmóvil, como el mercurio. Los pájaros dormían, refugiados en sí mismos, y en sus sueños. ¿Los pájaros podían soñar? La niebla era tan baja que no dejaba ver más que el agua y los pájaros, solo una superficie líquida negra e inmóvil, un mar infinito. Yo podía imaginarme que me encontraba en una playa final, y delante de mí no había nada.

Una frontera final. Y los pájaros, refugiados en sus sueños.

De pronto un movimiento: un pájaro levantaba el vuelo. No oía nada, solo vi cómo batía las puntas de las alas contra la superficie, se liberaba, alzaba el vuelo en diagonal: ocurrió repentinamente, y tan leve, tan ingrávito. Vi cómo levantaba el vuelo, y se elevaba y se elevaba hacia el techo gris de la niebla, y se desvaneció. Y yo

no había oído nada.

Esperé, pero nada más, absolutamente nada. Quizá fue así para ella aquella noche en el leñero, apoyada en el tajo. Creo que sí. En absoluto tan terrible como cuando me abandonó.

Solo como un pájaro que alza el vuelo, se eleva y de pronto se desvanece, y vuelve, como las manecillas del reloj, pero distinto, aunque no exteriormente.

En el margen anota las palabras codificadas, ahora puedo interpretar la mayoría de ellas con facilidad.

«La fotografía mortuoria. De repente se descubre a sí mismo.»

«Señal.»

He acabado por aceptar los conjuros, o sea, el hecho de que existan. Cuando uno ve que son conjuros, resultan más fáciles de llevar.

«Después de su muerte, se encontró en su bolsillo un cuaderno con poemas que había escrito, a mano, con lápiz. Era extraño, los leñadores allí arriba no acostumbraban a escribir poesía.

Se quemó el cuaderno inmediatamente.

No sé por qué. Pero quizá lo que pasaba era que la poesía se consideraba pecado, que el arte era algo pecaminoso, que él había caído, y entonces lo mejor era quemarlo todo. Pero a veces me pregunto lo que allí pondría.

O sea: se quemaba, y de pronto ya no estaba. Un mensaje que nunca llegó a enviarse. A veces creo que parte de lo que yo mismo he tratado de hacer debe considerarse como un intento de reconstrucción de un cuaderno quemado.»

Reconstrucción no: conjuros.

Puede que no guardara silencio todo el tiempo mientras me tuvieron internado.

Pero no dije nada.

Durante los años que pasé internado, encontraron muchas maneras de explicarme.

Al final creo que empezaron a quererme. Había muchas explicaciones, y yo las aceptaba de buen grado a fin de caerles simpático.

Guardaba silencio, pero hablaba vivamente. Nunca mencionaba el incendio. Pero era una cosa de lo más lógica. Es que uno llega a desesperarse totalmente por los que no entienden que a las ranas hay que protegerlas, que el Benefactor canta a través del arpa celestial cuando el Hijo del Hombre finge no tener tiempo, que una persona puede resucitar a esta vida terrenal, y que el serbal es un árbol de la felicidad, en el que hay nieve y pájaros en invierno.

En realidad todo es muy sencillo. Aunque ha hecho falta mucho tiempo para hacer que resulte sencillo.

Johannes, de hecho, no resucitó nunca.

Lo que pasa es que si alguien no ha existido, entonces no puede morir, y por tanto tampoco puede resucitar. Era mi mejor amigo. Él era como yo hubiera querido ser, aunque fue él quien acabó siendo el traidor.

Eso se lo intenté explicar a los que me tenían internado. Pero no entendieron nada.

Me dieron un gato, porque pensaban que los gatos me gustaban mucho: debía responsabilizarme de él, eso fortalecería mi carácter durante el internamiento.

¡Qué ridículo! Aunque por otra parte, ya era hora, la verdad. Y no entendían, claro, que Eeva-Lisa hubiera huido adentrándose en el bosque de mi infancia, donde se las arreglaba muy bien, y donde me estaba esperando.

Abrí las compuertas de los depósitos de agua y entré en la embarcación. Todas las luces del *Nautilus* estaban encendidas. En la biblioteca yacía Johannes encima del banco-cama de la cocina con un aspecto entrañable, y estaba muerto.

Resucitar, eso es algo que solo puede hacer uno mismo, y en esta vida terrenal. Eso era, supongo, lo que al final comprendí. Más sencillo imposible. ¿Pero quién ha dicho que debe ser sencillo?

Las paredes rocosas de la cueva Franklin empalidecían lentamente a medida que la nave se hundía. Yo estaba sentado en la embarcación de aluminio completamente tranquilo. El *Nautilus* se hundía lentamente a través de la negra agua, las luces se tornaban cada vez más pálidas, y al final aquello se reducía a una suerte de mortecina aurora boreal que parpadeaba, para luego desaparecer del todo.

Partí remando, y estaba libre. Era hasta allí fuera donde debía regresar, aunque libre.

Sven Hedman me visitó una vez en el cuarto de internamiento.

Creo que me quería. Comentó que deberíamos haber cuidado mejor de Alfield cuando se convirtió en caballo. No dije nada, pero al final resultó que estábamos de acuerdo.

Cuando se marchaba, me acarició el hocico, como si yo también fuera un caballo. También debería haber cuidado mejor de Sven Hedman.

Josefina, mamá en la casa verde, vino de visita una sola vez antes de morir.

Le costaba hablar, pero quería volver, dijo, había algo que no había entendido. Estaba como desesperada. Pero yo pensaba que no había motivo alguno para sentirse desesperado. Pues Eeva-Lisa había regresado a mí. Y aunque creían que se había escapado por la abertura de la cueva aquella vez, para desaparecer en el bosque, la verdad era que se había quedado conmigo.

Todo resultaba muy sencillo, no había más que reflexionar.

Josefina se me antojó vieja cuando se marchó. Aun así todavía se mostraba bella, de alguna manera, aunque era vieja y estaba triste.

No entendía, había dicho. ¿Pero quién ha dicho que entender es posible? No se puede, claro, ¿pero quiénes seríamos si no lo intentáramos?

Cielos despejados esta noche. Se ven las estrellas, pero no hay aurora boreal.  
¿Adónde se ha ido?

Así fue, eso fue lo que pasó, esta es toda la historia.

# Notas

[1] Carl Olof Rosenius (1816-1868). Predicador y escritor. Figura central de la Fundación Evangélica de la Patria. (*Nota de los T.*) <<